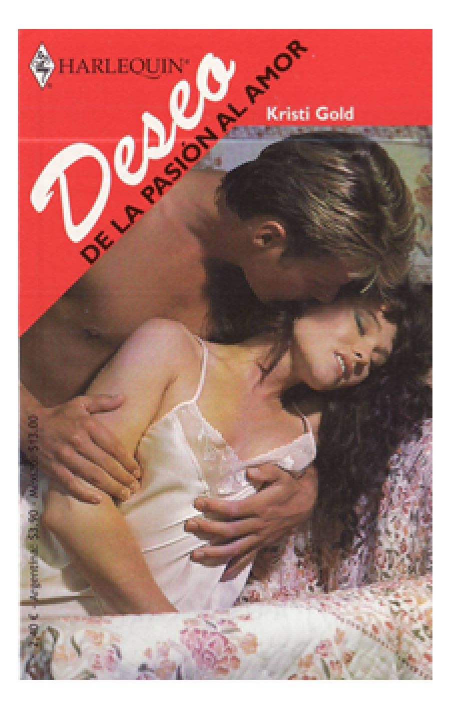

HARLEQUIN
Deseo
DE LA PASIÓN AL AMOR
Kristi Gold

De la pasión al amor

Kristi Gold

3º Casarse con un médico



De la pasión al amor (2002)
Título Original: Dr. Destiny (2002)
Serie: **3º Casarse con un médico**
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: **Deseo 1158**
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Brendan O'Connor y Cassie Allen

Argumento:

Cassie Allen llevaba años luchando contra la atracción que sentía hacia el doctor Brendan O'Connor. Se suponía que los amigos no debían sentir eso, ¿no? Fue entonces cuando la pasión se desató en una noche de desenfreno. Después de aquello, Cassie se quedó estupefacta al descubrir que su amigo y ella estaban a punto de ser padres… ¡de gemelos!

Brendan quería casarse con ella, por el bien de los niños, y Cassie aceptó a regañadientes. Pero, ¿cómo iba a conformarse con tener un matrimonio de conveniencia con un hombre como él… un hombre con el que deseaba compartir mucho más?

Capítulo 1

Era Adonis disfrazado de médico, y estaba de pie junto a la puerta del despacho de Cassandra Allen.

Cassie centró toda su atención en Brendan O'Connor cuando él entró en la habitación y se sentó en una silla. Su alborotado cabello castaño indicaba que había tenido un día movido. Igual que sus ojos verde azulados que hacían juego con su bata. Le cambiaban de color como a un camaleón para combinar con su atuendo y, a veces, en función de su humor. El era un camaleón, aunque la mayor parte de la gente no pensaría eso de un hombre tan sereno y tranquilo. Pero Cassie lo conocía.

Consideraba que Brendan era un buen amigo y un experto neonatólogo, y no podía evitar sentirse atraída por él. La mayor parte de las mujeres que lo conocían se enamoraban un poco de él. Y ella no era una excepción.

Cassie cerró el archivador y, tras dar un golpecito con el bolígrafo sobre el escritorio, dijo:

—Bueno, ¿y qué he hecho yo para que hayas venido hasta aquí?

—Nada malo —dijo él con una pequeña sonrisa que hizo que a Cassie se le acelerara el corazón—. Solo quería decirte que creo que has tratado muy bien a los Kinsey.

Cassie restó importancia al cumplido.

—Así es el trabajo social. Además, son buenos chicos.

Brendan dejó de sonreír.

—Niños teniendo niños. Les das unas cervezas, se les activan las hormonas y mira lo que pasa. Gemelos prematuros.

Ella bebió un trago de café frío e hizo una mueca. Estaba malísimo, pero era lo único que tenía para humedecer la garganta.

—Al menos, los Kinsey tienen un buen apoyo —y al menos los bebés tenían unos padres que los querían, algo que Cassie nunca había tenido—. No tienen dinero, pero estoy tratando de solucionarlo.

—Tampoco tienen el título de bachiller —Brendan retiró la silla y puso los pies sobre la mesa—. Haré que esos bebés se pongan bien y después los mandaré a casa.

Cassie conocía a Brendan desde hacía más de seis meses y, puesto que era una de los trabajadores sociales del hospital San Antonio Memorial, había trabajado con él en varias ocasiones. Sin

embargo, nunca lo había visto criticar a los padres de sus pacientes.

Aunque a veces era muy difícil saber qué era lo que estaba pensando, Cassie había aprendido a notar si algo lo molestaba. Y esa tarde había algo que lo molestaba.

—¿Cuál es el problema, Brendan?

—¿Qué quieres decir? —preguntó él mirándola.

—Vamos. Estás hablando conmigo. Cassie la clarividente, ¿recuerdas? —sonrió al pronunciar el apodo que ella misma se había puesto después de acertar lo que él estaba pensando en más de una ocasión. El ya no intentaba ocultarle sus pensamientos, quizá porque se sentía cómodo con ella. Así era la amistad, y cada día que pasaba, Cassie valoraba más la amistad que tenía con él.

Permitió que se quedara unos minutos en silencio. Había aprendido que era mejor no presionar a Brendan. Tarde o temprano, él hablaría.

El suspiró y una nube de tristeza empañó su mirada.

—Creo que el bebé de los Neely no sobrevivirá. Cassie trató de buscar unas palabras de consuelo.

—La señora Neely dio a luz tras qué, ¿veintinueve semanas?

—Veintisiete. El bebé pesa poco más de dos libras, y tiene muchos problemas —se quedó en silencio unos instantes—. A veces me pregunto por qué hago esto.

Y Cassie también se lo preguntaba, pero Brendan nunca le había dado esa información. No era la primera vez que lo veía preocupado por uno de sus pacientes. E incluso a veces le parecía que se preocupaba demasiado.

Aparte del estrés, había algo que hacía que se preocupara. Algo personal. Ella nunca se lo había preguntado, y él nunca le había dado ninguna pista acerca de cuáles eran los motivos de su preocupación.

—Haces esto porque eres muy bueno en el área —dijo ella con optimismo—. Lo haces porque eres el mejor.

—Si tú lo dices.

—Lo sé.

—Tengo buenas noticias —dijo él. Cassie le preguntó con interés.

—¿Has encontrado la chica de tus sueños?

El esbozó otra sonrisa.

—Matthew Granger se irá mañana a casa con sus padres.

Cassie quería gritar con alivio, no solo porque el bebé de los Granger hubiera sobrevivido a su nacimiento prematuro, sino también porque Brendan no hubiera encontrado su media naranja. Eso no debía de preocuparla. Desde el momento en que se conocieron seis meses atrás, ella supo que estaban destinados a ser solo amigos, aunque a veces ella deseara algo más. Pero Brendan le había dejado claro que él no buscaba nada más que la amistad, y ella no quería complicar la relación que mantenían al confesarle sus sentimientos.

—Bien, Brendan, eso es estupendo —le dijo—. El doctor Granger y el doctor Brooke deben de estar contentísimos. Tienes que pensar en eso. Eres el responsable de ese pequeño milagro, y de muchos otros.

—No podría perder ni uno solo —quitó los pies de la mesa y se puso en pie—. Voy a largarme de aquí. Ya he soportado todo lo que puedo soportar en este sitio.

Lo que Cassie sabía con seguridad era que él no podía quedarse solo esa noche. ¿Y qué tenía ella en casa? Una casa vacía y un gato arisco. Nada muy atractivo. Y nada comparado con pasar la noche con Brendan O'Connor en un partido amistoso.

Lo único que podía hacer era proponérselo y esperar que él aceptara.

—Así que, ¿ya has terminado por hoy?

Brendan se detuvo en la puerta.

—Sí. Mi turno ha terminado. Ahora entra Segovia.

—Bien. Reúnete conmigo en las pistas de tenis dentro de una hora.

El miró el reloj.

—Es tarde.

—Otras veces hemos jugado más tarde.

—No estoy seguro de si seré buena compañía.

Había llegado el momento de sacar la artillería pesada. A Brendan le gustaba el deporte tanto como a Cassie, así que ella decidió aprovecharse de ello.

—No hay nada como un partido amistoso para mitigar el estrés.

—Gracias por la invitación, pero no estoy de humor.

—Vamos, Brendan. Sé justo. Me toca darte una patada en el trasero.

—Crees que puedes darme una patada, ¿eh?

—Sí.

—Si tú lo dices.

—Estoy segura —ella se puso en pie y sonrió—. ¿Y qué contestas?

Brendan suspiró y dijo:

—Supongo que si estás decidida a darle una patada en el trasero a alguien, será mejor que sea a mí.

—Estupendo —se acercó a él y le dio una palmadita en la barbilla—. Quizá quieras llevar una almohadilla para protegerte el trasero.

—No es necesario. No vas a ganar.

—Lo que usted diga, Doctor.

Brendan sonrió y un hoyuelo apareció en su mejilla. Cassie adoraba su sonrisa. Adoraba cuando él bajaba la guardia y dejaba de ser un médico para convertirse en hombre. Adoraba cuando él se reía, algo que no ocurría muy a menudo en los últimos tiempos.

Ese era el objetivo que Cassie tenía para aquella tarde. Hacer que Brendan O'Connor se riera… y, por supuesto, ganar.

—¡He ganado! ¡He ganado!

Brendan se rió al ver a Cassie corriendo por la pista, sujetando la raqueta sobre su cabeza como si fuera una copa de Wimbledon. Su falda blanca y corta subía y bajaba con cada movimiento, y dejaba al descubierto sus muslos bronceados. La brisa fresca del mes de octubre agitaba el par de mechones rubios que se habían escapado de la cola de caballo que llevaba Cassie. Su sonrisa, la pícara mirada de sus ojos oscuros y su cuerpo de atleta podían desintegrar la entereza de cualquier hombre. Incluso la de Brendan.

Pero él no estaba dispuesto a estropear la relación al intentar buscar algo más que una amistad, daba igual lo tentadora que ella fuera. Tampoco estaba dispuesto a estropear el momento de su victoria diciéndole que la había dejado ganar. De acuerdo, no la había dejado ganar, pero tampoco se había concentrado en el juego.

Teniendo en cuenta que al siguiente día se cumplía el aniversario de un acontecimiento que preferiría olvidar lo antes posible, no podía pensar en otra cosa. A pesar de intentarlo durante años, no había conseguido olvidarlo.

Cassie se acercó a él y le dijo:

—Te dije que te daría una paliza, ¿no?

—¿No puedes dejarme en paz? —intentó hablar con seriedad, pero no pudo contener una carcajada.

—¡Ajá! Es la segunda vez que lo haces hoy.

—¿El qué?

—Reír.

El se encogió de hombros.

—¿Y? ¿Lo estás anotando?

—Sí, y como prometí, he conseguido alcanzar mi objetivo —se acercó a él y le dio una palmadita en el trasero.

—Ahora verás, Cassandra Allen.

Brendan salió detrás de Cassie, pero ella fue más rápida. La alcanzó cuando llegaron a la entrada trasera del club. La agarró por la cintura, la volteó varias veces y después la abrazó.

—Suéltame, Brendan O'Connor.

—No hasta que me pidas disculpas por aprovecharte de mi agotamiento, y de mi vulnerable trasero.

Cassie alzó la barbilla con decisión.

—Eres un chulo.

Brendan la agarró con más fuerza.

—¿Yo soy el chulo?

—Lo digo en serio. Suéltame —dijo, y se retorció entre sus brazos.

El deseaba que dejara de moverse. Había partes de su cuerpo que no podía ignorar. El roce de sus senos contra su pecho, el tacto de sus muslos… Lo único que tenía que hacer era soltarla, pero, por algún motivo, no podía hacerlo. O quizá no quería hacerlo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Ella lo miró un instante y puso una sonrisa malvada.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Vale. Tú me lo has preguntado.

Le sujetó el rostro con las manos y lo besó en la boca.

Brendan la soltó asombrado.

Ella dio un paso atrás y sonrió.

—Siempre funciona.

Brendan no se movió, ni pronunció palabra. No podía hacerlo. Sus pies estaban anclados al suelo por una extraña fuerza que provenía de los labios de Cassie.

Cassie se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta de cristal. Brendan consiguió moverse y la siguió.

Ella se detuvo con la mano en el picaporte y lo miró.

—Voy a ducharme. Quedamos en la puerta dentro de veinte minutos. Puedes invitarme a una cerveza.

Brendan tenía que irse a casa y dormir un poco, en seguida serían las cinco de la madrugada. Pero después del beso que le había dado Cassie, dudaba de que pudiera dormir. Así que sería mejor aceptar su oferta.

—Vale, pero date prisa.

—Tú eres el que se tiene que dar prisa —dijo ella, y se marchó.

Brendan se dirigió a los vestuarios. Se dio una ducha más larga de lo normal para intentar no pensar en el beso que le había dado Cassie. No conseguía quitarse a Cassie de la cabeza. ¿Por qué lo había hecho? Si de verdad quería que la soltara, podía haberle dado un puñetazo. Quizá quería impresionarlo. Si ese era su objetivo, lo había conseguido.

A Brendan le gustaba mucho Cassie. Le gustaba que lo escuchara como una buena amiga. No tenía intención de estropear algo tan bueno haciendo algo tan estúpido como besarla. Besarla de verdad.

El no necesitaba más complicaciones. Ya tenía bastante con su trabajo. Y con su vida.

Brendan se puso unos vaqueros y una camiseta y salió a reunirse con Cassie. Ella estaba impaciente junto a la puerta principal.

—Llegas cinco minutos tarde —le dijo.

—Las duchas estaban ocupadas —mintió él. Solo había un chico

duchándose y había terminado mucho antes que Brendan, pero no estaba dispuesto a admitir que se había quedado más tiempo debajo de la ducha para tratar de borrar los efectos del beso que le había dado Cassie. Era mejor ignorar el hecho. Quizá una cerveza lo ayudaría a olvidar.

Caminaron hasta un pequeño bar de los alrededores y se sentaron en su mesa favorita, una que había en la esquina. El local estaba casi vacío y solo había un par de hombres de negocios sentados en la barra.

Brendan pidió una cerveza para Cassie y otra para él, una rutina habitual que se había convertido en algo tan agradable como su sonrisa. A Brendan le gustaba la cerveza de importación, a ella la del país. El normalmente se tomaba dos, ella rara vez se terminaba una. El sonrió al pensar en cómo había memorizado cuáles eran las costumbres de Cassie… cómo se retiraba el pelo de la cara con una mano, cómo siempre estaba rebosante de energía y cómo tenía que jugar con cualquier cosa que tuviera a su alcance, bien fuera una pajita o un papel. Aquella noche no era una excepción, y ella ya estaba jugando con una servilleta.

Brendan inició la conversación con una disculpa tardía:

—Siento haber sido tan duro con los Kinsey.

Cassie soltó la servilleta y agarró la mano de Brendan.

—Está bien, Brendan. De veras.

—No, no está bien. No tengo derecho a juzgar a nadie —su comentario era más sincero de lo que Cassie imaginaba.

Brendan retiró la mano, agarró la jarra de cerveza y quitó una gota que caía por el cristal, deseando poder ignorar el efecto de la caricia de Cassie. Nunca le había afectado estar tan cerca de ella, sin embargo sentía que su compañía afectaba sus instintos básicos.

Nunca había deseado nada más que conversar con ella. Nunca había sentido la necesidad de tocarla, aunque a veces le habría gustado hacerlo.

En ese momento, tenía que contener la necesidad de acariciar el contorno de su boca con un dedo, o con sus propios labios.

Cassie continuó jugando con la servilleta.

—Estás preocupado por las dificultades que conlleva ser padre en la adolescencia, Brendan. Nadie puede culparte por ello.

No, Cassie no iba a culparlo por ello en ese momento, pero si se

enterase de que Brendan reaccionaba de esa manera frente a los jóvenes padres debido a un error que había cometido años atrás, quizá cambiara de opinión.

—Al menos parece que lo están intentando —era más de lo que él había hecho.

Cassie dio un sorbo de cerveza y miró a Brendan con preocupación.

—Cierto. Los dos parecían comprometidos con sacar adelante a los niños. Ya sabemos que no siempre es así.

Brendan suponía que ella veía la situación desde el punto de vista de una trabajadora social. Lo bueno y lo malo. El admiraba su convicción, y su fuerza. Si él hubiera tenido esa fuerza… Durante un momento pensó en confesarle sus pecados a Cassie, pero se lo pensó mejor. Ella no tenía por qué saber los errores que él había cometido en el pasado. Eso podría hacer que ella cambiara su opinión sobre él, y arruinar la mejor amistad que había tenido nunca.

Miró el reloj. Eran las once de la noche, más tarde de lo que esperaba. Tenía que irse a casa. Aunque no le gustaba tener que separarse de Cassie, tenía la responsabilidad de estar en buena forma por la mañana para tratar a sus pacientes.

—¿Has terminado?

Cassie estaba abstraída, como si estuviera en otro mundo en el que él no estaba incluido. No era su estilo. Normalmente ella siempre estaba muy atenta. Quizá también estaba preocupada por algo.

Brendan movió la mano delante de sus ojos.

—¿Estás ahí?

Cassie dio un respingo y dijo:

—Lo siento. Supongo que estaba soñando despierta —sonrió, pero sus ojos oscuros parecían turbados—. ¿Estás listo para marcharte?

—No hasta que me digas qué te ocurre.

—No ocurre nada. Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—En bebés.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—¿Como qué?

—¿Estás embarazada?

Cassie abrió mucho los ojos.

—¿Estás loco?

El se encogió de hombros.

—Eres una mujer muy guapa, Cassie. Todo es posible.

—Estás muy equivocado, doctor O'Connor. Uno tiene que… ¿cómo te lo diría?… uno tiene que exponerse al peligro para quedarse embarazada. Y a menos que yo estuviera dormida, eso no me ha pasado hace mucho tiempo.

—¿No hay posibilidades?

—De ninguna manera.

—¿Y cómo es eso? —preguntó él con curiosidad.

—¿Cómo es qué?

—¿Cómo es que no te has asentado? Desde que te conozco, no recuerdo que hayas salido con nadie.

—No tengo tiempo para esas cosas. Tengo demasiado trabajo. Además, no tengo intención de asentarme ni de tener hijos hasta que tenga todo el tiempo del mundo para dedicárselo. Brendan se sintió aliviado, sobre todo al enterarse de que ella no tenía intención de tener hijos. Aunque él no tenía nada que opinar acerca de lo que ella hacía, o de con quién lo hacía, no le gustaba la idea de ver a Cassie con un hombre a quien él no conocía.

—Bueno, Cassie, es una lástima que no tengas oportunidades de exponerte al peligro. ¿Hay algo que yo pueda hacer al respecto?

Cassie le tiró la servilleta.

—Qué gracioso.

La verdad era que no trataba de ser gracioso. El tampoco quería tener hijos, pero practicar con Cassie tampoco le disgustaría. Era más, le parecía una idea agradable.

Retiró la silla y se puso en pie.

—Es la hora de acostarse —dijo, y se arrepintió. No quería decir eso.

Si Cassie se había sorprendido, no lo mostró. Sonrió y dijo:

—Brendan, por mucho que me apetezca irme a la cama contigo creo que deberíamos elegir un momento en el que no estemos tan cansados de trabajar y de jugar al tenis.

¿Estaba bromeando? ¿De verdad quería irse a la cama con él? No. Como siempre, solo intentaba molestarlo con su descarado sarcasmo. Hacían falta dos para que continuara el juego.

Brendan se inclinó hacia delante y colocó las manos sobre los brazos de la silla de Cassie.

—Tienes razón, Cassie. Para enseñarte todas las jugadas de O'Connor, necesitaría toda la noche. Y tal y como están las cosas, tengo la unidad de cuidados intensivos de neonatología llena de bebés prematuros que necesitan mi atención, y tengo que estar bien lúcido por la mañana.

Cassie se colgó el bolso y se retiró el pelo de la cara con la mano.

—Toda la noche, ¿eh? Yo solo necesitaría diez minutos para hacer que te arrodilles ante mí.

Brendan sintió cómo se le aceleraba el corazón. Dio un paso atrás y permitió que Cassie se levantara. Pero sus palabras sensuales retumbaban en su cabeza. ¿Diez minutos? No podía ser. Pero quizá ella estuviera en lo cierto una vez más. En ese momento, Brendan sintió que le flojeaban las rodillas, y no era el resultado del partido de tenis ni el efecto de la cerveza.

Brendan acompañó a Cassie hasta el coche, con la idea de separarse de ella antes de cometer un gran error. Antes de sugerirle que tenía diez minutos más antes de marcharse. Asumió que el repentino deseo que sentía por ella se debía a que no había mantenido relaciones sexuales en algún tiempo. Quizá, incluso a la necesidad de escapar de la vida real y a la necesidad de olvidar los errores del pasado.

Cuando llegaron al coche de Cassie, ella se volvió y le dijo a Brendan:

—Un buen partido, O'Connor. Te prometo que la próxima vez seré más blanda contigo, en deferencia a tu exigente trabajo y a tu cuerpo cansado.

Brendan no quería que fuera más blanda con él. Ni tampoco quería que se marchara.

—Lo he pasado muy bien, excepto por una cosa.

—¿Porque me regodeara de mi triunfo?

Sin pensar en lo que estaba haciendo, Brendan le sujetó el rostro y le acarició la barbilla con el pulgar.

—Tiene que ver con algo que empezaste pero que no terminaste.

—Cielos, Brendan, te pagaré la cerveza. Además, fuiste tú quien me metió prisa…

El silenció sus palabras con un beso. Y no con un simple beso en los labios. No había nada de inocencia en su modo de actuar, y cuando Cassie separó los labios, él introdujo la lengua y sintió el calor de su boca y la manera perfecta en que ella encajaba contra su cuerpo.

Pero la perfección tenía un precio, y él cuerpo de Brendan pagaba por ello. Estaba a punto de perder el control. No podía permitírselo, igual que no podía permitir que el beso continuara. Y menos a expensas de su amistad.

Se separó de ella y le pidió disculpas con la respiración entrecortada.

—No sé por qué lo he hecho.

Cassie se apoyó en el coche y se cruzó de brazos. Tenía las mejillas coloradas y los ojos oscuros y turbios.

—No estoy segura de qué impulso es el que actúa en momentos como este, pero si sé que no hay que darle demasiada importancia.

—Sí la tiene.

—¿Crees que de verdad la tiene? Quiero decir, no me has tirado al suelo para violarme ni nada de eso.

—Tenemos una buena amistad. O la teníamos, si es que no lo he estropeado todo hace un momento.

—La única razón por la que lo estropearías todo es si me dijeras que beso muy mal. Entonces, tendría que pegarte en la cabeza con la raqueta.

«Eso es lo que tenía que haberme hecho hace un momento», pensó Brendan.

—En cuanto a tu manera de besar, en una escala del uno al diez te daría… —frunció el ceño y la miró fijamente.

—Estoy esperando.

—Un veinte.

Cassie sonrió y contestó:

—Tienes suerte, te has salvado. De momento.

Brendan se preguntó qué le depararía el destino la siguiente vez que estuviera con Cassie. Si no se controlaba, quizá esa vez no pudiera



conformarse solo con un beso.

Capítulo 2

Cassie se despertó sobresaltada al sentir que una lengua áspera le acariciaba la mejilla. Abrió los ojos y vio que su gato estaba sobre su pecho, mirándola.

De pronto tuvo la sensación de que algo no iba bien. Y entonces lo recordó. El beso de Brendan. El beso sin importancia. Aunque lo había dicho ella, sí que había sido algo importante. Y todavía lo era.

Con una mano acarició la cabeza del gato y con la otra se tapó los ojos. Revivió cada instante del beso que había compartido con Brendan, la suavidad de sus labios, el roce de su lengua, y la fuerza con que la había sujetado. No debería sorprenderse porque la hubiera besado con la misma delicadeza con la que él trataba a sus pequeños pacientes. Debería sorprenderse de que ella hubiera participado tan activamente y hubiera disfrutado tanto del momento.

Por mucho que lo intentaba, no conseguía comprender lo que había sucedido entre Brendan y ella. ¿Un momento de locura? ¿Un efecto de la química? ¿Un deseo mutuo?

¿Todo lo anterior?

No podía permitir que eso sucediera. Mucho tiempo atrás había aprendido que las relaciones íntimas no conducían al amor. Ya había cometido ese error una vez y solo había aprendido que ceder ante el deseo físico solo servía para que se le rompiera el corazón. Entregarse a una persona no significaba que esa persona se fuera a entregar de la misma manera.

Cassie se descubrió los ojos y miró el reloj que había en la mesilla. Aunque aún no era su hora de levantarse decidió hacerlo puesto que el gato y el recuerdo del beso de Brendan no le permitirían volverse a dormir.

—De acuerdo, Mister, llegó la hora de comer atún.

Agarró al gato y el animal maulló y le hizo un pequeño arañazo en el cuello. Lo llevó a la cocina para darle de comer. Después de servirle la comida para gatos, Cassie se tomó un refresco en lugar de un café y se dirigió al baño para arreglarse. No conseguía concentrarse en lo que estaba haciendo y se metió el rímel en el ojo.

Estaba horrible, tenía los ojos rojos, un arañazo del gato, y como tenía el cabello muy fino, no conseguía darle forma.

Se puso unas gotas en los ojos antes de colocarse las lentillas, intentó ocultar el arañazo con un jersey de cuello alto y se recogió el cabello en lo alto de la cabeza con una horquilla de plástico de forma

que varios mechones salían hacia los lados de manera desordenada.

Cassie sospechaba que aquello era solo el comienzo de una larga batalla para intentar que el recuerdo de Brendan no invadiera su cabeza. ¿Cómo iba a enfrentarse a él? Como una persona adulta y madura, por supuesto. El beso solo estropearía la relación que mantenía si ella lo permitía. Y no lo haría. La amistad que mantenía con Brendan significaba mucho para ella. Ninguno de los dos quería llevar la relación a otro nivel. ¿O sí?

Cuando se subió al coche para dirigirse al hospital se preguntó si ese beso era el principio de algo más. Algo inesperado y quizá bienvenido. A lo mejor, algo maravilloso.

—Cassie, ¡tienes que ir a verlo!

Cassie se giró y miró a la inesperada visita. Michelle Lewis Kempner estaba sonriente en la puerta del despacho. Iba peinada y maquillada a la perfección.

Cassie se sentía como un adefesio en presencia de Michelle.

—Ya he visto a tu marido. Me he cruzado con él dos veces esta mañana.

—A él no, tonta. A mi nuevo sobrino. Está vestido y listo para irse a casa. Date prisa antes de que Jared y Brooke se marchen.

Cassie recordó que Brendan le había dicho que el bebé de los Granger se podría ir a casa. No era de extrañar que se hubiera olvidado de esa buena noticia teniendo en cuenta lo que había sucedido la noche anterior. Por supuesto que quería despedirse de la familia Granger, pero si subía con Michelle a la planta de Neonatología corría el riesgo de encontrarse con Brendan. Quizá no fuera algo tan malo. Después de todo, el clan de los Lewis estaría pendiente del bebé de los Granger, y sería fácil perderse entre el bullicio. Además, a Cassie le gustaba estar con esa familia, incluso aunque la matriarca, Jeanie Lewis, ya no estuviera en plena forma. Al menos, Michelle y Brooke tenían una madre, a pesar de sus defectos.

Cassie quería ver al pequeño Matthew Granger sin la vía intravenosa que lo había ayudado a sobrevivir, así que si Brendan estaba allí ella ya se las arreglaría.

—De acuerdo, dame un segundo —por algún motivo Cassie sintió la necesidad de retocarse el maquillaje y sacó un espejo y un lápiz de labios del cajón del escritorio. Por desgracia, no había nada que pudiera hacer con su peinado.

—Date prisa, Cassie.

Cassie cerró el cajón y salió del despacho tras Michelle. En el ascensor, se encontraron con el doctor Kempner, el marido de Michelle, y con dos chicas jóvenes.

—Eh, ¿dónde te has escondido todos estos años, preciosa? —Nick sonrió y le dio un beso a Michelle. Las chicas se rieron y Cassie sonrió. No podía evitarlo. La alegría que mostraba la pareja era contagiosa y a Cassie le hacía imaginar que algún día tendría tanta suerte como Michelle.

El ascensor era demasiado pequeño para contener todo el entusiasmo que mostraba Michelle.

Sin dejar de balancearse sobre los talones, murmuró:

—Este ascensor va tan despacio…

—Te esperarán, tía Michelle —bromeó Nick.

—Lo sé. Pero no puedo esperar a tomarlo en brazos.

Cuando las chicas se bajaron en la segunda planta y Cassie se quedó a solas con los Kempner, miró a Michelle y le preguntó:

—¿Tienes deseos maternales, Michelle?

Michelle y Nick se miraron.

—Yo sí que tengo algún deseo —dijo Nick—. Cassie, ¿te importa bajarte en la tercera planta y subir caminando hasta la quinta? Estoy pensando en aprovecharme de mi mujer en este ascensor.

Michelle lo miró con expresión juguetona.

—Nick, llegamos ayer de nuestra luna de miel —dijo, y sonrió a Cassie—. Este hombre es insaciable. Cassie se sonrojó al sentir una mezcla de envidia y vergüenza. Se sentía como un intrusa entrometiéndose en la intimidad de dos amantes.

—Dejadlo ya, chicos —dijo Cassie cuando vio que Nick besaba a su esposa en el cuello—. No está bien hacer eso delante de una mujer soltera y sin perspectivas.

Pensó en Brendan de forma inmediata y sintió una ola de nerviosismo y emoción ante la idea de verlo de nuevo.

Nick la miró sorprendido.

—Eh, Cassie, yo conozco algunos chicos que…

El ascensor se detuvo y se abrieron las puertas de forma que Cassie se libró de responder a la oferta que Nick Kempner le había hecho para ayudarla a encontrar un hombre. Caminaron por el pasillo

hasta llegar al área de Neonatología.

En la sala de espera encontraron al doctor Jared Granger de pie junto a su esposa, Brooke, que estaba sentada sujetando un bulto envuelto en una mantilla azul. Al lado de Jared estaban Jeanie y Howard Lewis, sonriendo con orgullo por ser abuelos.

Cassie suspiró aliviada al ver que Brendan no estaba por allí, pero a la vez se sintió un poco decepcionada.

Michelle estaba observando al bebé. Cassie se acercó a Brooke y esta retiró la mantilla dejando al descubierto a una criatura con el cabello rubio y una mano junto a la mejilla.

Cassie sintió que la nostalgia se apoderaba de ella.

—Es precioso, Brooke. Sé que estás encantada de que al fin os lo podéis llevar a casa.

Brooke miró a Cassie con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—Dos meses es mucho tiempo para esperar, pero ha merecido la pena —miró a su marido y le dijo—: Lo hemos hecho bien, ¿verdad, Papá?

—No, lo hemos hecho fenomenal —Jared se agachó y besó a Brooke en la mejilla. Después hizo lo mismo con su hijo.

Algunas personas se saturarían al presenciar todo el amor que irradiaba esa familia, pero Cassie no. A ella le encantaba formar parte de algo tan especial. Mientras observaba cómo el grupo rodeaba al bebé y hablaba sobre a quién se parecía, pensó en la madre que ella nunca había conocido y se preguntó por qué su madre se había marchado tres días después de que ella naciera. ¿Sabría que su gesto despreocupado había convertido al que entonces era su marido en un hombre amargado que nunca había sido capaz de ofrecerle su amor a su único hijo? Y que, a cambio, Cassie había intentado encontrar ese amor en los lugares equivocados, un error por el que todavía pagaba, incluso después de tratar durante años de ganarse el respeto de su padre, aunque no pudiera conseguir su amor. Nunca lo había conseguido, y sabía que nunca lo conseguiría.

También había aceptado que nunca conocería a su madre, ya que a través de unos parientes se había enterado de que la mujer que la había traído al mundo, y que después la había abandonado, había fallecido dos años atrás.

Al menos, el hijo de los Granger no tendría que sufrir ese dolor.

—¿Estás lista para marchar, Brooke? —preguntó Jared, sacando a Cassie de su melancolía.

—Sí, pero primero quiero darle las gracias al doctor O’Connor.

—No tienes que darme las gracias. Solo mándame una foto de vez en cuando para que la añada a mi colección.

Cassie vio a Brendan y sintió que le daba un vuelco el corazón. Todos los días se encontraba con él de manera rutinaria, pero aquel día era diferente. Él tenía el mismo aspecto de siempre, estaba muy atractivo y mostraba el buen carácter que todo el mundo admiraba y respetaba. Su equipo lo adoraba, igual que los padres de sus pacientes.

Brendan estrechó la mano de Nick y Jared y después miró a Cassie con una sonrisa que dejaba entrever que él también recordaba lo que había sucedido la noche anterior.

Después de darle a Jared una caja de plástico, Brendan dijo:

—Aquí está el monitor de apnea. ¿Alguna pregunta?

—Millie nos lo ha explicado todo —dijo Jared—. Te consultaremos si nos surge alguna duda.

Jeanie Lewis dio un paso adelante.

—Doctor, ¿cree que está lo bastante bien para irse a casa? Como tiene los pulmones…

—El está bien, señora Lewis. El monitor es solo una medida de precaución. Solo lo tendrá un tiempo, hasta que nos aseguremos de que todo va bien. Intente no preocuparse.

Howard Lewis se rió.

—Eso es como pedirle a un político que no haga promesas.

Todos se rieron, pero la risa se desvaneció cuando entró una enfermera desde la sala de cuidados intensivos.

—Doctor O’Connor. El bebé de los Neely ha entrado en crisis.

Brendan dijo antes de marcharse:

—Buena suerte —y entró en la sala de cuidados intensivos.

El silencio se apoderó del grupo, hasta que Jared dijo:

—Vámonos de aquí.

Cassie acompañó al grupo hasta la planta baja y tras despedirse regresó a su despacho en la primera. Mientras hacía algunas llamadas telefónicas no dejó de pensar en el bebé de los Neely y en Brendan.

Una hora más tarde le dieron la noticia de que Brendan había conseguido que el bebé superara la crisis y que los Neely estaban en la quinta planta esperando que alguien les dijera unas palabras de apoyo.

Cassie regresó a la quinta planta y habló con la pareja. Les dijo que su hija estaba en muy buenas manos y que recibía el excelente cuidado del doctor O'Connor. Los animó a ir a la cafetería para tomar un café y les dijo que los avisarían si pasaba algo. Cuando ellos insistieron en que preferían quedarse allí cerca, Cassie se marchó a buscar a Brendan.

Se puso una bata de papel y entró en la unidad de cuidados intensivos. Una vez dentro se encontró con que la sala tenía la actividad habitual. El sonido periódico de alarmas y el silbido de los ventiladores. Las incubadoras contenían bebés de todos los tamaños, algunos tan pequeños que apenas se veían entre los tubos. Algunos padres estaban sentados cerca de las cunas, junto a los hijos que no podían tomar en brazos debido a que su estado de salud era muy delicado.

En aquel lugar, el ambiente era una mezcla de dolor y esperanza. Cassie lo había visto todo, la tristeza, la alegría, la lucha por la vida de los pequeños guerreros… Había tratado con padres desesperados y les había ofrecido su apoyo, pero no sabía si podría soportar el estrés de cuidar a niños enfermos de manera continua. ¿Cómo lo hacía Brendan día sí día no?

Al no ver a Brendan nada más entrar, Cassie se acercó a una enfermera que estaba agachada frente a un armario.

—Disculpa, Millie.

La mujer se volvió y, al verla, sonrió.

—Hola, Cassie. ¿En qué puedo ayudarte?

—Acabo de hablar con los Neely. ¿Cómo evoluciona la pequeña?

Millie miró hacia la cuna en la que otra enfermera y un especialista monitorizaban a la pequeña.

—De momento está bien. El doctor O'Connor se ha esforzado muchísimo para reanimarla. Ese hombre es estupendo.

Cassie no podía estar más de acuerdo.

—¿Sabes dónde está?

—Se marchó hace un rato, después de hablar con los padres —señaló hacia un hombre que estaba al final del pasillo—. El doctor Segovia lo ha relevado.

—¿Ha dicho dónde iba el doctor O'Connor? Millie se encogió de hombros.

—A casa, supongo. Quería quedarse por aquí pero el doctor

Segovia le dijo que se marchara.

Cassie se quedó preocupada.

—¿Estaba bien?

—Probablemente no debería de mencionar esto, pero sin duda tenía que marcharse. Suele estar muy tranquilo aunque haya mucha tensión, pero hoy estaba nervioso, dando órdenes a todo el mundo. Ha alborotado a todo el departamento. En el año que lleva aquí, yo nunca lo había visto así.

—Por algún motivo esto le está afectando mucho.

—Quizá todo el ambiente lo sobrepase. Este lugar puede agotar a cualquiera.

Cassie pretendía averiguar qué era lo que le pasaba a Brendan y cómo podía ayudarlo.

—Ya nos veremos, Millie. Si ocurre algo con el bebé de los Neely, haz que alguien me llame a casa o al móvil. Regresaré.

—Por supuesto, Cassie.

Cassie regresó a su despacho y recogió algunos papeles para poder trabajar en casa. Llamó a Brendan por teléfono. No obtuvo respuesta. Aunque ella nunca había estado en su casa, él le había dicho que vivía a diez minutos de allí. Quizá se había parado a tomar algo o a cenar. A Cassie no le gustaba imaginárselo haciendo cualquiera de las dos cosas solo.

Después, lo llamó al teléfono móvil, pero tenía el buzón de voz. Cassie decidió no dejarle mensaje. Iría a casa y volvería a intentarlo. Una y otra vez, hasta que lo localizara, aunque le llevara toda la noche.

Brendan dio dos patadas al contenedor para intentar liberar su ira. Al no sentirse nada aliviado, se volvió hacia su coche y pegó un puñetazo en la puerta. El intenso dolor que experimentó en los nudillos tampoco sirvió para aliviar su frustración, ni su furia.

Apoyó las manos sobre el techo del vehículo y agachó la cabeza. Se alegraba de que no hubiera nadie en el aparcamiento del hospital para ser testigo de su estupidez.

Esos sentimientos no eran nuevos. Los experimentaba año tras año, por la misma época. Pero ese día, había sido peor, ya que también había tenido que realizar grandes esfuerzos para salvar a un bebé que luchaba entre la vida y la muerte, y él sabía que, quizá, el hecho de que el bebé perdiera la batalla solo era cuestión de tiempo.

A pesar de que Brendan luchaba contra los malos recuerdos, estos aparecían todo el rato en su memoria, con tanta claridad como si todo hubiera sucedido el día anterior.

Hacía trece años que había perdido a su hijo.

Esa pérdida lo había llevado a elegir su profesión, guiado por el poderoso deseo de no permitir que nadie sufriera la angustia de ver morir a su hijo. Pero él no era Dios, y aunque había tenido muchos momentos de éxito, los fracasos todavía corroían su alma.

—¿Brendan? —la voz de Cassie invadió el ambiente.

De pronto, él quería decirle que se marchara y que lo dejara solo, pero a la vez sentía el intenso deseo de que se quedara. Necesitaba su fuerza y su apoyo, pero no se atrevía a pedírselo. No después de la noche anterior.

Despacio, se volvió para mirarla. La luz del atardecer bruñía su cabello rubio y lo tornaba en dorado. Cassie estaba preciosa, y parecía preocupada.

—¡Estás sangrando!

Brendan ni siquiera se había percatado de que un hilo de sangre le caía por el brazo.

—Estoy bien, solo es un arañazo.

—No, no estás bien. ¿Qué haces aquí todavía? Millie me dijo que te habías ido a casa.

El se apoyó en el coche y frotó su brazo contra el pantalón, dejando una mancha de sangre.

—Me he dejado las llaves dentro del coche.

Ella se acercó y le tomó la mano con delicadeza para examinar su herida.

—¿Y has decidido tirar la puerta abajo?

—Algo así.

—Deja el coche aquí y ven a mi casa. Yo te curaré la herida.

El retiró la mano con brusquedad, y al ver el dolor reflejado en los ojos de Cassie se arrepintió.

—Yo me ocuparé de ello. Llamaré a seguridad para que abran el coche.

—No me preocupa tu coche. Me preocupas tú. Parece que hayas perdido a tu mejor amigo.

No, no lo había perdido. Al menos, aún no. Estaba justo enfrente de él.

—He tenido un día muy duro, Cassie.

—Lo sé —dijo ella con suavidad—. Por eso tienes que venir a mi casa. Prepararé algo para cenar y después podemos ver uno de esos horribles programas de la televisión.

—Nada parecido al trabajo que te llevas a casa.

Ella se encogió de hombros y sonrió.

—Podemos buscar algún canal de la televisión por cable y ver películas pomo. O dibujos animados. A mí me da igual.

Ver películas pomo con Cassie no era algo que le apeteciera hacer a Brendan. Tal y como se sentía, frustrado y buscando la manera de airear su frustración, el sexo no era una opción, y menos con Cassie. No era que no le apeteciera hacer el amor con ella toda la noche. Pero no correría el riesgo. Ya había cometido muchos errores. Errores cuyas consecuencias duraban toda una vida.

Pero tampoco quería estar solo. Cassie tenía algo que lo hacía olvidar. En esos momentos, él necesitaba olvidar. Aunque solo fuera durante un rato.

—Vale, iré a cenar contigo. Después de que llame a seguridad y me abran el coche. Si no, tendrás que traerme otra vez.

—Como quieras —Cassie buscó una tarjeta de visita en el bolso y escribió algo en el dorso. Después se la dio a Brendan—. Aquí tienes mi dirección. Es fácil de encontrar, solo tienes que buscar la casa más pequeña.

El miró la tarjeta.

—¿Vives en una casa?

—Sí, ¿por qué?

—No lo sé. Suponía que vivías en un apartamento pequeño.

—Suponías mal.

—¿Compartes la casa con alguien?

—No, vivo sola.

Brendan se sintió aliviado y preocupado a la vez. Una casa vacía y Cassie podía ser una combinación mortal, sobre todo tal y como se sentía en esos momentos. Tendría que mantenerse alerta. Eso era lo que tendría que hacer.

—Entonces, te veré dentro de un rato —dijo ella, y se volvió. Después de alejarse unos pasos, añadió—: Ah, tengo un gato, por si eres alérgico.

—No, no soy alérgico. Pero odio los gatos.

Ella sonrió.

—No te preocupes. El odia a todo el mundo menos a mí.

Capítulo 3

El gato adoraba a Brendan. Cassie no se sorprendió. Todo el mundo adoraba a Brendan, ¿así que por qué no iba a hacerlo un gato loco?

Aun así, ella nunca había visto a Mister arrimándose a un hombre. Claro que los hombres que habían formado parte de la vida de Cassie habían sido pocos, al menos desde la época del instituto. Aparte de la visita ocasional de su padre, ningún hombre se había sentado en su sofá desde el día en que el gato apareció en la puerta de su casa. Y a Mister no lo preocupaba el padre de Cassie. Quizá, el animal notaba que al padre no lo preocupaba Cassie. Un gato listo.

Cassie estaba de pie junto a la puerta de la cocina observando cómo Mister se restregaba contra Brendan. No podía culparlo. A ella también le hubiera gustado hacerlo. Sin duda habría sido lo mejor de la tarde. Pero no lo haría. Simplemente fantasearía sobre ello más tarde. Sería más seguro así.

Brendan estaba sentado en el sofá, mirando al cariñoso felino con cierto disgusto. Al menos, parecía más relajado que durante la cena. Había hablado muy poco mientras comían pasta y ensalada. No había sido una cena romántica. Por supuesto, la invitación de Cassie no tenía nada que ver con el romanticismo. Ella solo trataba de ofrecerle a Brendan su apoyo y su compañía.

Cassie guardó el paño de cocina y se dirigió al salón. Se sentó frente a Brendan y Mister.

Brendan acarició la cabeza del gato con su mano vendada.

—¿Y esta bola de pelo tiene nombre?

—Mister Ree.

—¿Mistery?

—No. Son dos palabras, Mister Ree.

—Es un nombre extraño.

—En realidad no. Su pasado es un misterio. No sé de dónde ha venido. Apareció hace dos años y se quedó aquí.

—¿Siempre acoges a los vagabundos?

—Solo a los gatos. Y de vez en cuando a algún hombre que se ha dejado las llaves dentro del coche.

Brendan frunció el ceño.

—¿Traes hombres a menudo?

—Estoy bromeando. Si lo recuerdas, ya hemos hablado sobre mi vida amorosa, o sobre mi falta de ella.

Cassie se agachó y retiró a Mister del regazo de Brendan. El doctor parecía aliviado.

—Es la hora de salir —dijo ella, se puso en pie y abrió la puerta para que saliera el gato.

—Tenía prisa —dijo Brendan—. Debe de haber alguna gatita en celo esperándolo.

Cassie se sentó en el sofá.

—Está castrado.

Brendan sonrió.

—¿Haces eso con todos tus invitados?

Ella se rió y después lo miró a los ojos.

—Ayuda a reducir la población de hijos no deseados.

Brendan se puso serio. El brillo desapareció de sus ojos.

—Puede que no sea una mala idea.

Cassie se giró en el sofá y cruzó las piernas. Estaba decidida a quitarle la expresión de frustración que tenía en el rostro.

—Esta tarde he estado hablando con los Neely.

Te están muy agradecidos por haber reanimado a su hija.

—Reanimarla, ¿para qué? ¿Para que a lo mejor quede ciega para siempre? ¿Para que tenga problemas pulmonares el resto de su vida a causa del respirador artificial?

Cassie no soportaba la tristeza que reflejaban sus ojos, y el tono de su voz.

—¿Quieres saber lo que la señora Neely me ha dicho hoy? —como él no contestó, ella continuó—. Me dijo que había tenido tres abortos. Este embarazo ha sido el único que ha completado. También me dijo que pase lo que pase con la pequeña, se enfrentará a todos los problemas que surjan cuando llegue el momento, siempre que pueda llevársela a casa.

Brendan suspiró.

—Saber lo que puede pasar no hace que las cosas sean más fáciles.

—Ya lo sé, y ella también lo sabe —Cassie respiró hondo y

contuvo las lágrimas—. También me dijo: Dios me ha dado una hija que me necesita tanto como yo a ella.

Brendan se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas. Después se cubrió la cara con las manos. El silencio era insoportable, y Cassie se preguntaba qué podía hacer para que se sintiera mejor.

Al ver que no levantaba la cabeza, ella se puso de rodillas detrás de él y le masajeó los hombros para ayudarlo a liberar la tensión.

—No me gusta verte así, Brendan. Háblame.

—No pude ayudarlo… —interrumpió sus palabras con un suspiro.

—¿Ayudarlo? Quieres decir ayudarla, ¿no? ¿A la hija de los Neely?

—No, quiero decir… —suspiró de nuevo y después se puso derecho como intentando recomponerse—. Ocurrió hace muchos años, y no tiene importancia. Ya ha terminado.

No, no había terminado, al menos no para él. Ella sospechaba que él se refería a otro bebé, a uno que no había podido salvar. A un error o a una situación que seguía recordando a pesar del paso de los años.

Cassie tenía práctica en manejar ese tipo de situaciones con los pacientes, en su mayoría desconocidos, pero Brendan no era un desconocido. Aun así, no lo presionaría para que le contara cosas. Le daría tiempo y, al final, se lo contaría todo. En esos momentos, solo quería ayudarlo a superar esa crisis aguda.

Cassie lo abrazó con fuerza.

—Dime qué necesitas, Brendan. Dime qué puedo hacer para ayudarte.

El la miró y le agarró la mano.

—Te necesito, Cassie. Solo a ti.

Ella se sentó en su regazo y lo abrazó. Lo miró, y aceptó su inesperado beso. No fue un beso igual que el de la noche anterior. Este estaba lleno de frustración y desesperación. Brendan la abrazó con más fuerza, como si tuviera miedo de que pudiera escapar. Ella no tenía intención de hacerlo.

¿Pero podía arriesgarlo todo y permitir que ese momento de intimidad continuara? ¿Qué pasaría en el futuro si lo hacía? ¿Sería el fin de su relación, o el principio de algo más intenso? Si se arriesgaba,

¿terminaría encontrando el amor verdadero? ¿O ya era demasiado tarde?

Brendan se echó a un lado y se levantó del sofá. Después le tendió la mano a Cassie.

—Ven conmigo.

—¿Dónde vamos?

—A tu habitación.

—Brendan, no estoy segura de que…

—Solo es un momento, Cassie. Necesito abrazarte.

Cassie se puso en pie, le tomó la mano y lo guió en silencio hasta el dormitorio. Una vez allí, Brendan la tomó entre sus brazos y la besó de nuevo. Esta vez con más delicadeza, pero Cassie todavía sentía su desesperación.

Se tumbaron en la cama frente a frente, con los cuerpos entrelazados y los sentimientos entremezclados. Rodeados de oscuridad y silencio. Pronto se perdieron en besos apasionados.

En el fondo, Cassie sabía que debía detener aquello antes de llegar demasiado lejos. Antes de que cometiera el mismo error que cometió en el pasado, entregarse a Brendan sabiendo que podía estropear la relación de amistad que mantenían, y sabiendo que él no podría ofrecerle mucho más.

Por fortuna, él parecía conformarse con abrazarla, pero continuó besándola. Le acarició la espalda, el trasero y la entrepierna. Sus caricias eran cada vez más intensas y consiguieron evadirla de la realidad, y de los errores del pasado. Era Brendan el que la acariciaba, el que la abrazaba, algo con lo que ella había fantaseado en la intimidad.

Por la respiración acelerada de Brendan y sus besos apasionados, ella supo que estaba llegando al límite y que trataba de contenerse. Lo mismo le pasaba a ella y, de pronto, no pudieron contenerse más. Se desvistieron con desenfreno, hasta que no quedó nada de ropa entre ellos y cada uno sentía el calor de la piel del otro.

Gimiendo, Brendan se colocó sobre ella, le separó las piernas con el muslo y la penetró. Al principio Cassie sintió una ligera molestia, pero cuando él la abrazó y susurró su nombre, ella experimentó un enorme placer, algo que nunca había sentido antes.

—Te necesito, Cassie —dijo él con una agonía que Cassie sintió en lo más profundo de su alma.

—Estoy aquí, Brendan —le dijo una y otra vez, tratando de absorber parte de su dolor.

El le besó el cuello y bajó hasta llegar a uno de sus pechos. Cassie se rindió ante la felicidad del momento, dejándose llevar por el ritmo y disfrutando del enérgico movimiento del cuerpo de Brendan. Lo abrazó con fuerza, sin pararse a examinar los sentimientos que bullían en su interior, una profunda nostalgia, y amor. Un amor que había ocultado durante meses, hasta ese momento.

Cassie estaba llegando al clímax, y deseaba que esa sensación durara para siempre, pero terminó demasiado pronto. Con un último movimiento y un gemido, Brendan se derrumbó sobre ella.

Ninguno de los dos se movió durante algunos segundos. Cassie notaba que su corazón latía con fuerza, y de pronto se percató de lo que acababan de hacer.

Ella solo había pensado en consolarlo, y no en el futuro. Tampoco había pensado en las consecuencias. ¿Qué debía hacer? ¿Qué haría Brendan?

Cassie notó el momento en que Brendan se percató de lo que ocurría. Sintió cómo se ponía tenso y lo oyó murmurar:

—Maldita sea —se separó de ella y se sentó en la cama. Después se pasó las manos entre el cabello—. ¿Qué diablos he hecho?

Cassie se sentó en el borde de la cama y le puso la mano en el hombro.

—No lo has hecho tú solo, Brendan.

El se encogió de hombros para retirarle la mano.

—Pero tenía que haberlo evitado.

Ella encendió la lámpara de la mesilla y suspiró.

—¿Y yo no? Los dos somos responsables de lo que ha sucedido.

—¿Te tomas la píldora?

—La tomaba. Una dosis muy baja para regular mis períodos. Pero llevo tres meses sin tomarla.

—Eso es lo que me temía.

—No solo deben preocuparnos los embarazos.

El continuó sin mirarla.

—No te preocupes por ello. Estoy sano.

—Yo también.

A Cassie la preocupaba la reacción de Brendan tanto como el riesgo de quedarse embarazada. Deberían de estar abrazándose, y no debatiendo las posibles consecuencias. Quizá en otro momento, en otro lugar, pero no en ese instante.

Ella pretendía consolarlo, no causarle más dolor. Pero eso era lo que había hecho.

—Mira, Brendan, hay muy pocas probabilidades de que ocurra.

—¿Y si resulta que te quedas embarazada?

—Me las arreglaré.

—Nos las arreglaremos. Tienes que prometerme que, si te quedas embarazada, me lo dirás.

—Claro que te lo diré. Pero no tenemos que preocuparnos de eso ahora. No hay necesidad de crearnos más problemas.

—Estoy preocupado. Muy preocupado.

Cassie también lo estaba, por muchas cosas, entre otras por la posibilidad de que se estropeara la amistad que tenía con él. ¿Cómo unos momentos de felicidad podían terminar tan mal?

—Cada cosa a su tiempo, ¿vale?

El la miró de arriba abajo con preocupación.

—¿Te he hecho daño? He sido muy brusco.

De pronto, Cassie se percató de que él la examinaba con detenimiento y se tapó con el edredón.

—Claro que no me has hecho daño.

—Pero tampoco me he esforzado demasiado.

—Estoy bien, Brendan. De veras.

El se sentó junto a ella y le tomó la mano.

—Soy un idiota, Cassie. No te culparé si me odias a partir de ahora.

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

—No te odiaré nunca, pase lo que pase.

—Pero ni siquiera has…

—No importa.

—Maldita sea, claro que importa. Te mereces algo mejor.

Normalmente, ella habría estado de acuerdo. Prefería que la

sedujeran lentamente, con largos besos y muchas caricias, algo que nunca le habían hecho antes. Pero esa no había sido una situación normal. Brendan no se percataba de que hacer el amor con él significaba mucho para ella, una unión que tenía poco que ver con lo físico, pero mucho que ver con lo emocional. El nunca lo comprendería. La mayor parte de los hombres nunca lo comprenderían.

—No voy a enfadarme por esto, Brendan.

—¿No tiene mucha importancia, verdad? —preguntó con ironía.

Ella no podía admitir eso porque no era del todo verdad.

—Mejor digamos que es una de esas cosas que pasan.

El la tomó entre sus brazos y le acarició el cabello con ternura. Volvía a ser el Brendan que ella conocía, y amaba, al menos por un momento.

—No puedo soportar la idea de perder nuestra amistad por esto.

Amistad. Ella no podía soportar la idea de perderlo a él, aunque tuviera que fingir que solo lo consideraba un amigo. Después de aquella noche, lo consideraba algo más. Mucho más.

—Todo va a salir bien, Brendan —le aseguró ella—. Todo va a salir bien.

Nada había salido bien.

Cassie estaba sentada en su despacho mirando el resultado de los análisis y recordando las palabras de Brendan. «Tienes que prometerme que, si te quedas embarazada, me lo dirás».

La duda había rondado entre ellos durante los dos últimos meses, aunque ninguno de los dos la había expresado. Ambos habían intentado actuar con normalidad, en el trabajo y durante los partidos de tenis. Cassie incluso creía que podrían superar lo que había pasado aquella noche. Brendan no la había vuelto a besar, y mucho menos la había acariciado, por mucho que ella deseara que lo hiciera. Habían vuelto a la normalidad, o al menos en apariencia. Cassie nunca volvería a sentirse normal a su lado.

Saber que llevaba al hijo de Brendan en el vientre le causaba un profundo dolor en el corazón. ¿Qué haría él cuando se lo dijera? ¿La abandonaría igual que había hecho su madre? ¿La dejaría de lado como había hecho su padre? ¿Se encerraría en sí mismo?

Pronto lo averiguaría. Hacía quince minutos que lo había llamado para que fuera a su despacho. Y lo esperaba con un nudo en la garganta, las manos sudorosas y con la intención de mantener la entereza para enfrentarse a Brendan. Ya se derrumbaría más tarde.

Cassie oyó cómo el doctor saludaba a la recepcionista. Se agarró al borde de la silla y respiró hondo.

Aun así, se sobresaltó cuando él entró. Al menos estaba sonriente. Se preguntaba cuánto tiempo le duraría la sonrisa una vez le soltara la noticia.

—¿Qué pasa? —preguntó él, y se sentó frente a ella.

—Pareces contento. ¿Qué te pasa?

Puso una amplia sonrisa.

—Mónica Neely, parece que está fuera de peligro.

—Eso es estupendo, Brendan —aunque intentó hablar con alegría, sus palabras carecían de entusiasmo.

Brendan la miró durante largo rato.

—¿Qué ocurre?

—Estoy embarazada.

Su sonrisa se desvaneció y él se quedó de piedra, como si alguien le hubiera dado un bofetón.

—¿Estás segura?

Cassie colocó la hoja del análisis delante de él.

—Completamente segura. Primero me hice una prueba de farmacia y esta mañana lo he confirmado con unos análisis.

—Pero han pasado dos meses, Cassie. ¿Por qué has esperado tanto tiempo?

Ella se encogió de hombros.

—Nunca he sido muy regular. Supongo que pensaba que… No sé lo que pensaba. Quizá no quería aceptarlo.

Brendan se levantó y se dirigió a la ventana.

—Debí de suponer que esto pasaría.

La rabia que reflejaba su tono de voz hirió el corazón de Cassie.

—Lo siento, Brendan —era lo único que se le ocurrió decir en esos momentos.

—No, soy yo el que lo siente. Lo he estropeado todo.

Cassie no pudo contener las lágrimas por más tiempo. Se había prometido que no iba a llorar. Tenía que ser fuerte y no mostrarle que se estaba derrumbando por dentro. Pero se estaba derrumbando, por dentro y por fuera.

Él se volvió hacia ella y comenzó a hablar, pero de pronto se quedó callado. Se acercó al escritorio y le tendió la mano a Cassie.

—Ven aquí.

Ella se puso en pie y dejó que la abrazara. El le acarició la espalda y la apretó con fuerza hasta que se tranquilizó un poco.

Mirándolo, Cassie le preguntó:

—¿Qué quieres hacer?

—Ojalá lo supiera.

No era la respuesta que ella esperaba.

Cassie se retiró de sus brazos y regresó a su silla. Temía que las piernas no la sujetaran mucho tiempo.

—Tenemos tiempo para pensarlo. Solo estoy de dos meses.

El la miró alarmado.

—No estarás pensando en interrumpir el embarazo, ¿verdad?

—¡No! Quiero tener al bebé, Brendan —y era cierto, lo deseaba de todo corazón.

El la miró como si no la creyera.

—¿Y qué pasará con tu trabajo? Me dijiste que no tenías pensado tener hijos hasta dentro de mucho tiempo.

Cassie se secó las lágrimas.

—Eso era antes —antes de que le entregara gran parte de su corazón a Brendan. Antes de que llevara a su hijo en el vientre—. Haré todo lo que tenga que hacer para que las cosas me vayan bien.

—¿Estoy incluido en tus planes?

—Eso depende de ti.

Brendan se apoyó sobre el escritorio y dijo:

—Necesito tiempo para pensar, Cassie. Ahora no puedo hacerlo, tengo que regresar al trabajo.

Por un lado ella se arrepentía de no haber esperado al final del

día para darle la noticia. Pero, teniendo en cuenta que se había hecho el análisis en el laboratorio del hospital, alguien podría contarlo antes de que lo hiciera ella. No quería arriesgarse a que Brendan se enterara por otra persona.

—¿Podemos vernos después del trabajo? —preguntó ella.

—Sí. Te llamaré cuando salga de la unidad.

Ella se puso en pie y lo acompañó hasta la puerta.

—Decidas lo que decidas, Brendan, lo aceptaré. Si decides retirarte de mi vida, no tendrás que preocuparte porque no intentaré arruinarte la tuya.

Brendan hizo un gesto de incertidumbre.

—La cosa es, Cassie, que probablemente sería al revés.

Brendan pasó el resto del día intentando no pensar en la noticia que le había dado Cassie. Tratando de olvidar sus lágrimas, y su preocupación, pero no tuvo mucho éxito. Por suerte, aquella tarde, la unidad de cuidados intensivos estaba bastante tranquila. Ni siquiera habían hecho ninguna admisión.

Pero cuando terminó su turno, comenzaron las preocupaciones. Se dirigió a la terraza del hospital y se sentó en un banco. Necesitaba pensar antes de volver a ver a Cassie.

La terraza estaba vacía, probablemente porque había niebla. El ambiente conjuntaba con su humor. Durante un instante, pensó en llamar a sus padres. Ellos lo habían apoyado en el momento que él más los necesitaba. Desechó la idea enseguida. Sus padres estaban en el extranjero y él no quería estropearles el viaje. Aunque sus padres no lo juzgarían, él no soportaba la idea de decepcionarlos una vez más. Igual que no soportaba la idea de decepcionar a Cassie.

El recuerdo de aquel día de trece años atrás invadió sus pensamientos una vez más. Su hijo había vivido unas horas, había nacido demasiado pequeño, demasiado débil para sobrevivir.

Al principio él le había echado la culpa a Jill por no haber recibido asistencia médica durante el embarazo. Después, se dio cuenta de que él era igual de culpable que ella. Aunque él no se había enterado de que ella estaba embarazada, a menudo se había preguntado cómo habría manejado la situación si lo hubiera sabido. No le había dado a Jill ningún motivo para que se lo contara. El había roto la relación y toda comunicación con ella después de una noche en la que ella intentó convencerlo de que no podría vivir sin él… la noche en que habían engendrado a un hijo debido a su imprudencia.

Por aquel entonces, él había huido. Solo quería centrarse en su carrera de medicina, era un universitario de diecinueve años que no tenía medios para sacar adelante una esposa y un hijo. Años más tarde, la situación no era la misma, a pesar de que seguía teniendo poco tiempo y de que su dinero era limitado puesto que todavía estaba pagando los créditos de la universidad y su puesto de trabajo era temporal. Pero ganaba lo suficiente como para mantener a una familia, incluso si eso significaba trabajar horas extra.

Levantó la cara y miró el cielo, amonestándose a sí mismo por haber cometido el mismo error por segunda vez. Solo que esta vez ya no era un niño, sino un adulto. Y Cassie no era como Jill. Ella había tratado de consolarlo, y no de atarlo a su vida para siempre. Ella necesitaba que él la apoyara, a ella y al hijo de ambos.

A pesar de todo, la idea de tener otro hijo hacía que se le formara un nudo en la garganta. ¿Podría ser un buen padre? ¿Sobreviviría si le sucediese algo a su hijo? ¿Podría superar sus temores ofrecerle a Cassie lo que necesitaba?

Todos los días corría grandes riesgos cuando trataba a sus pacientes. Eso era diferente. Hacía lo que tenía que hacer porque no podía hacer nada más. No quería hacer nada más. Pero el bebé que Cassie llevaba en el vientre era hijo suyo. —

La respuesta a todas sus dudas estaba clara. El podría enmendar los errores del pasado haciendo lo correcto. Podría reparar parte de sus fallos al intentar no fallar de nuevo. No tenía más elección que asumir su responsabilidad.

Se puso en marcha con resolución. Decidió no esperar al ascensor y bajó las escaleras hasta la primera planta. Cuando llegó al despacho de Cassie, el corazón le latía con fuerza y le costaba respirar debido al cansancio físico y al miedo por cómo iba a reaccionar Cassie ante lo que él le iba a proponer.

Saludó a la recepcionista y entró en el despacho. Cuando cerró la puerta tras de sí, Cassie levantó la vista sorprendida.

—Pensé que ibas a llamarme.

—Tenía que hacer esto en persona.

Cassie bajó la cara, como si sobre ella llevara todo el peso del mundo.

—Vale. Pues hazlo.

El le agarró las manos y la puso en pie. Con valentía, observó el bonito rostro de su mejor amiga y madre de su futuro hijo.

—Cásate conmigo, Cassie.

Capítulo 4

Cassie sintió que un nudo en la garganta le impedía cualquier tipo de respuesta verbal.

No era eso lo que esperaba cuando lo vio entrar en el despacho. Ella se había preparado para un adiós. Quizá no para un «ya nos veremos», porque no creía que Brendan fuera capaz de dejarla sola y embarazada, pero lo que no se había imaginado era que iba a pedirle que se casara con él.

El le alzó el rostro sujetándola por la barbilla para que lo mirara.

—¿Y?

Por fin recuperó el habla, y se dio cuenta de que él esperaba una respuesta que ella no podía darle. Todavía tenía dudas. Muchas dudas.

—¿Por qué quieres casarte conmigo, aparte de porque estoy embarazada?

—Porque es lo correcto para nuestro hijo.

Cassie se soltó y preguntó:

—¿Y para nosotros?

—No tengo todas las respuestas, Cassie. Solo sé que es el comienzo.

—¿El comienzo de qué? ¿Una unión obligada por el bien de nuestro hijo?

—Otro paso en nuestra relación.

—Un gran paso.

—No lo niego, pero creo que tenemos que darlo —la agarró por los hombros—. Me importas mucho, Cassie. Quiero estar contigo durante todo el embarazo.

—¿Y después?

—Ya lo veremos. Cada cosa a su tiempo.

¿No era eso lo que le había dicho ella? Nada más hacer el amor, y de paso, engendrar un hijo.

—Necesito tiempo, Brendan. Quiero saber que, si decidimos seguir adelante con esto, estaremos juntos todo el camino. No aceptaría que tú te marcharas una vez que haya nacido el bebé.

El parecía dolido, confuso.

—¿Por qué crees que haría eso?

—Porque no tendrías motivos para quedarte.

De pronto parecía enfadado.

—Eres mi mejor amiga. No se me ocurre nadie más con quien quisiera estar.

—Todo será diferente entre nosotros, Brendan. Nadie se conoce bien hasta que no se convive.

—Exacto. Por eso tenemos que casarnos.

—¿De verdad necesitamos un papel? Quizá podríamos vivir juntos durante algún tiempo. Ver cómo funciona.

—De ninguna manera. Tenemos que mantener nuestra reputación en el hospital.

Cassie comenzaba a comprender la verdadera razón del asunto. Brendan quería conservar su maravillosa reputación dentro de la comunidad médica. Irse a vivir con una mujer y tener un hijo fuera del matrimonio podía arruinarle la vida, incluso a pesar de los tiempos que corrían.

—Claro, no queremos ensuciar tu nombre, ¿verdad?

—Cassie, no seas injusta.

Brendan tenía razón. Aquello no era justo. Ella solo necesitaba oír una cosa, y él no se lo había dicho. ¿Pero qué podía esperar? Sí, ella le importaba, y eran buenos amigos, ¿pero era suficiente? ¿Se conformaría con eso si no conseguía el amor de Brendan?

Cassie necesitaba tiempo para considerar su propuesta… un matrimonio y un padre para su hijo. Un matrimonio que no contendría la promesa de «para toda una vida». Basaría su decisión en lo que fuera mejor para su hijo. Después de todo, a ella no le ofrecieron esa oportunidad cuando nació.

—De acuerdo, Brendan —dijo con resignación—. Lo pensaré.

El parecía esperanzado.

—Estupendo. Quiero invitarte a cenar esta noche. Podremos hablar más, después.

Ella apoyó la mano sobre el pecho de él.

—Bueno, doctor O’Connor, ¿se refiere a una cita de verdad?

El sonrió.

—Eso es exactamente lo que propongo. Podemos ir a ese restaurante de Carnes Street.

—«Un sitio muy romántico», pensó Cassie. «Intimo y caro. Un buen lugar para hablar de la boda». No pudo evitar estremecerse a pesar de que estaba decidida a anclarse a la realidad.

Entonces Cassie recordó otra obligación. Una obligación mensual que temía, pero que no podía evitar.

—Tendrá que ser más tarde, y tendré que encontrarme contigo allí. Hay algo que tengo que hacer primero.

—¿Tomar el primer tren para salir de la ciudad? —él hablaba como si estuviera bromeando, pero parecía muy serio.

—No voy a salir huyendo. Si es eso lo que te preocupa.

Ella ya había huido de los problemas en otra ocasión y había sido peor. Se negaba a volver a hacerlo. De algún modo, encontraría la manera de hacer lo correcto para su hijo sin tener en cuenta su propio deseo… el amor del doctor O'Connor.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por la luz que emanaba del televisor. El olor a tabaco y la hostilidad que flotaba en el ambiente hicieron que a Cassie le entraran ganas de darse la vuelta y de no regresar nunca más. Pero no lo haría. Siempre había regresado, a enfrentarse a los pecados del pasado y a los juicios de su padre.

Se acercó a la butaca donde dormitaba su padre, mientras se bebía una cerveza que tenía en la mesilla.

Coy Allen adoraba la cerveza… una de las pocas cosas que adoraba.

—¿Papá? —dijo ella con inseguridad.

Su padre abrió los ojos y la miró.

—Debe de ser martes —masculló.

—Sí, es martes —Cassie se sentó en el borde del sofá y dijo—: ¿Has ido al médico?

El se pasó la mano por el cabello.

—Me ha atendido.

—¿Qué te ha dicho?

—Lo de siempre. Que deje de fumar y que adelgace.

«Y no ha hecho ninguna de las dos cosas», pensó Cassie al ver un cenicero repleto de colillas.

—Es un buen consejo, teniendo en cuenta tu problema del

corazón.

Sin responder, él tomó la cerveza y le dio un trago, con la vista clavada en el televisor. Como de costumbre, Cassie era invisible para él. Ella no sabía por qué seguía intentando conectar con él, quizá por pura obligación, porque era su padre. Quizá porque era la única familia que tenía.

En el pasado, había habido momentos en los que él había bajado la guardia, pero habían sido pocos y espaciados. Aun así, Cassie se aferraba a la esperanza de que un día él dejaría de culparla porque su mujer lo hubiera abandonado y entonces mejoraría su relación, sobre todo ya que iba a tener un bebé.

Se armó de valor y decidió darle la noticia.

—Tengo algo que decirte, Papá.

El no contestó más que con un gruñido.

Cassie colocó su mano sobre el vientre como si así pudiera proteger a su hijo de la amargura de su padre.

—Vas a ser abuelo.

El dejó de mirar el televisor y miró a su hija. Pero ella no vio la felicidad en su rostro.

—¿Quién te ha dejado embarazada?

—Un hombre con el que llevo saliendo algún tiempo. Un buen hombre. Un médico estupendo —una vez más, hablaba como la niña desesperada que fue.

«¿Ves, Papá? Te he hecho un dibujo. ¿Ves, Papá? He sacado todo sobresaliente. ¿Sabes qué, Papá? Ya me he licenciado».

Nunca había sido suficiente.

—No me sorprende nada que estés embarazada —dijo él con la atención puesta en el partido de fútbol—. Creí que te quedarías embarazada mucho antes.

Cassie se estremeció al oír sus palabras condescendientes. No quería volver a convertirse en aquella adolescente solitaria y asustada, aquella qua cometió el error de buscar cariño en los brazos de un chico despreciable. Una atención que jamás había recibido por parte de su propia familia.

—Me ha pedido que me case con él —añadió con tono desafiante, como si a Coy Allen realmente le importara. A él no le

importaba nada más que estar solo con su miserable existencia.

—¿Y? Eso no significa que vaya a quedarse contigo después de que nazca tu hijo.

En ese momento, Cassie quería odiarlo. Pero, como siempre, no permitió que aflorara ese sentimiento. La tristeza causada por algo que había ocurrido años atrás lo había convertido en un hombre amargado. Y desde que se había jubilado se había vuelto aún peor. Pero no tenía a nadie más que a ella, a nadie que cuidara de él si su salud empeoraba.

Cassie toleraba su apatía porque si lo dejaba solo, y muriera, no se lo perdonaría jamás. Ella suponía que en cierto modo estaba muerto, al menos por dentro, gracias a su madre.

Hubo un largo silencio y al final él preguntó:

—¿Vas a casarte con él?

Era una buena pregunta. ¿Iba a casarse con Brendan? ¿Tendría razón su padre? ¿Se marcharía Brendan después de que naciera el bebé?

Pero Brendan no era su madre, y ella no era su padre. Por el bien del niño, ella se arriesgaría a que la relación con Brendan funcionara. Le demostraría a su padre que ya no era la niña imprudente de antes. Le demostraría que no todo el mundo huye de sus responsabilidades, de su vida. De su hijo.

Cassie se puso en pie y sintió mucha pena por el hombre que tenía delante y que la había abandonado mucho tiempo atrás, al menos emocionalmente. Quizá su padre no fuera feliz, pero ella haría todo lo posible para asegurarse de que su hijo sí lo fuera. Y, sobre todo, que se sintiera querido, aunque Cassie no lo sintiera.

—De hecho, Papá, sí, voy a casarme con él.

Brendan estaba sentado en una mesa preparada para dos personas, con las manos sudorosas y la cara caliente. Al menos no tenía los pies fríos. Todavía.

Por fortuna, aquella noche había poca gente en el restaurante y Cassie y él podrían disfrutar de cierta intimidad. Si era que ella aparecía. Miró el reloj una vez más. Eran las ocho y media. Ya llegaba cuarenta y cinco minutos tarde.

Quizá se lo había pensado mejor. Quizá había tomado un tren o un avión para salir de la ciudad. El no podía culparla si decidía abandonarlo después de lo que él le había hecho.

El sonido de una voz familiar llamó la atención de Brendan. Vio cómo Cassie hablaba con el camarero que estaba en la puerta y cómo después se dirigía hacia donde estaba él.

Brendan nunca la había visto vestida con tanta elegancia. Llevaba un vestido de raso negro y tacones. El vestido era de manga larga, pero tenía un escote que resaltaba sus senos redondeados y todas las curvas de su silueta. Su cabello rubio brillaba bajo la luz y hacía que resaltaran sus ojos oscuros, retocados con un poco de maquillaje.

A Brendan siempre le había gustado Cassie con la ropa de tenis y sin maquillar. Pero, sin duda, también sabía apreciarla así. Esa noche exudaba sensualidad. Sexo. Podría hacer que un hombre se arrodillara ante ella en menos de diez segundos. Por suerte, él todavía estaba sentado.

Se movía con gracia y seguridad. Pero cuando se acercó, Brendan notó que su mirada era cautelosa.

Se puso de pie, y retiró la silla.

—Hola.

—Hola. Siento llegar tarde.

Brendan la ayudó a sentarse y después regresó a su sitio.

—¿Has dejado todo en orden? —preguntó él.

Cassie agarró la carta para evitar su mirada.

—Sí. Lo mejor que he podido.

Brendan tenía curiosidad.

—Si no te importa decírmelo, ¿dónde has ido?

Ella lo miró un instante y volvió a mirar la carta.

—Tenía que ir a ver a mi padre.

—¿Sí? Nunca lo habías mencionado. No sabía que vivía en la ciudad.

Ella dejó la carta sobre la mesa.

—Sí, está aquí —dijo sin ilusión.

—¿Algún problema? —preguntó Brendan.

—Los habituales. Está mal de salud. Fuma dos paquetes al día, bebe cerveza y come fatal. No abandona la butaca a menos que tenga que ir a comprar.

Había algo en su forma de hablar que hizo que Brendan le preguntara algo más.

—¿Os lleváis bien?

Cassie sonrió con cinismo.

—Oh, sí. Siempre que no lo moleste más de una vez al mes. Nunca se ha preocupado de estar conmigo mucho tiempo.

—¿Y tu madre?

Cassie se encogió de hombros.

—Se largó de la ciudad a los tres días de que naciera yo. No la he visto desde entonces, y me he enterado de que murió hace dos años.

Brendan odiaba el dolor que había en su voz. Odiaba que Cassie hubiera tenido la mala suerte de no tener unos padres que la quisieran.

—Lo siento, Cassie. Eso tiene que ser muy duro.

—Me las arreglo como puedo —miró a su alrededor y sonrió, aunque su sonrisa no iluminó sus ojos—. Me encanta este sitio. Es muy elegante. Y es mucho mejor que la cafetería del hospital.

Apoyó la cara en la palma de su mano. El se fijó en sus dedos delicados y en las uñas pintadas de rojo. Recordaba bien esos dedos, y cómo ella lo había acariciado. Su reacción fue inmediata, rápida, inesperada.

Se movió en el asiento y agarró la carta.

—¿Qué te apetece? —él sabía muy bien qué le apetecía, y que no lo encontraría en la carta.

Ella se mordió el labio inferior y repasó la carta una vez más.

—Nada muy pesado. Ni muy picante.

Algo picante era lo que le apetecía a Brendan.

—El pescado relleno está bueno.

—Cierto. Lo he comido otras veces. Pero creo que prefiero pasta con nata.

—Yo voy a pedir un filete. En su punto. Cassie frunció la nariz.

—Yo no como ternera.

—¿Y qué más cosas no comes? Ella sonrió.

—¿No te gustaría averiguarlo?

Oh, sí, le gustaría averiguarlo. Y allí mismo. Necesitaba toda su fuerza para no olvidarse de la cena, sacar a Cassie de allí y besarla de forma apasionada. Mostrarle el placer que no le había mostrado aquella noche fatídica que los había llevado hasta ese punto.

El camarero se acercó e interrumpió el momento. El chico no podía dejar de mirar a Cassie, y eso molestó a Brendan. Les tomó nota y se marchó antes de que Brendan cediera ante el deseo de darle un puñetazo.

Mientras esperaban la comida hablaron de la hija de los Neely, de la frustración que sentía Cassie por tener demasiado trabajo, y de otras cosas, pero siempre evitando hablar de su futuro.

La comida no tardó mucho en llegar, y ambos comieron en silencio. Cuando terminaron, Brendan comenzó a sudar.

Cassie lo miró fijamente.

—¿Bueno?

—¿Bueno, qué?

—¿No tienes nada que preguntarme?—dijo ella.

Sí. Pero las palabras no salían de su boca. Brendan respiró hondo y ordenó sus pensamientos.

—¿Has tomado alguna decisión?

—Sí, la he tomado.

Brendan sintió que su pecho se tensaba por el miedo. El miedo a que ella dijera que sí, porque no estaba seguro de que pudiera ser el hombre que ella necesitaba. El miedo a que dijera que no, porque él sabía que casarse era lo correcto.

—¿Qué has decidido?

—He decidido que lo que dijiste es cierto. En la vida hay que correr riesgos. Nada está garantizado. Y además… —sonrió —… será mucho más divertido poder molestarte todos los días.

Brendan soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—¿Eso es un sí?

—Sí, es un sí. Me casaré contigo, Brendan O’Connor.

El trató de tomarle la mano, pero ella la retiró.

—Pero —dijo ella con seriedad—, tienes que prometerme que siempre seremos sinceros el uno con el otro.

—Siempre lo hemos sido —al menos con la mayor parte de las

cosas. Brendan tenía que contarle lo de su hijo. Algún día lo haría, cuando se sintiera preparado… después de que naciera el hijo de ambos, sano y salvo. Y, esta vez, haría todo lo posible para que sucediera así—. ¿Has terminado? —le preguntó.

—Sí, supongo que sí.

—Entonces, vámonos —se puso en pie y dejó un billete de cien dólares sobre la mesa.

Cassie miró el dinero y dijo:

—No creo que hayamos comido tanto, Brendan.

—El camarero se merece una propina por su rápido servicio. Se merece que le pongan un cinturón al cuello por no dejar de mirarte en toda la noche.

Cassie lo miró con una sonrisa.

—Está como un tren. Si te gustan los hombres pálidos y esqueléticos.

Brendan agarró la mano de Cassie y la guió fuera del restaurante, sorprendido por lo natural que le parecía la situación. Pero cuando llegaron al coche de Cassie, se quedaron mirándose en silencio.

Brendan no estaba seguro de qué hacer. El cambio que había sufrido su relación lo tenía desorientado. Unos meses atrás se habrían despedido con un simple adiós. Pero, esa noche, Brendan no quería solo un adiós. Quería a Cassie. Eso no podía negarlo, independientemente de lo que les deparara el futuro. Tampoco quería que Cassie pensara que era todo lo que quería de ella.

El siempre había sido capaz de contenerse con las mujeres, pero Cassie no se parecía en nada a otras mujeres que había conocido. Era una buena amiga, y pronto sería su esposa. La madre de su hijo.

Cassie lo miraba expectante. Finalmente, él dijo:

—He pasado una velada estupenda —como si comprometerse fuera algo rutinario.

—¿Entiendo que la velada ha terminado? —preguntó ella decepcionada.

—Bueno, creo que deberíamos hablar unos minutos acerca de nuestros planes.

Cassie se estremeció.

—Hace frío. ¿Te importa si hablamos dentro del coche?

—Claro que no —el coche les proporcionaría calor, algo que Brendan no necesitaba. Tenía que poner freno a sus deseos.

Ella abrió la puerta y se sentó en el lado del conductor mientras él se acomodaba en el del copiloto. El coche tenía bastantes años y era más grande que los demás. Tenía un asiento corrido en lugar de dos, pero Brendan se sentía como si tuviera las rodillas pegadas al pecho.

—¿Puedes echar el asiento hacia atrás? —preguntó él.

—Vale —tiró de la palanca que estaba debajo del asiento y este se desplazó con fuerza. Ella se rió—. ¿Te he hecho daño?

—Mi cuello está bien —algunas partes de su cuerpo no estaban tan bien con Cassie tan cerca y vestida de esa manera. Cielos, estaba embarazada. El no podía olvidarse de eso.

Cassie levantó el reposabrazos que había en el centro.

—¿Te importa si me acerco a ti?

Sí, le importaba. Si ella se acercaba, él perdería el control. Si le decía que no lo hiciera, podía herir sus sentimientos, así que le dijo:

—Claro que no. Ven.

Con una sonrisa de satisfacción, Cassie se acercó a él. Demasiado como para que Brendan estuviera cómodo. El colocó el brazo sobre el respaldo del asiento y se movió un poco hacia el lado.

—No estés tan serio, Brendan —dijo ella—. Casarse no es una sentencia de muerte. Tienes que relajarte.

¿Relajarse? No podía relajarse con ella tan cerca.

—Quizá deberíamos hablar sobre la boda —no era mala idea, aunque en esos momentos él solo podía pensar en la luna de miel.

—Vale. ¿Cuándo lo haremos?

—¿El qué?

—Casarnos.

Brendan sintió un nudo en el estómago.

—A partir de mañana trabajaré por las noches. Segovia se va de vacaciones tres semanas.

Cassie frunció el ceño.

—¿Tres semanas?

—Sí. Yo trabajaré turnos de doce horas. Albers lo sustituirá, pero como es el jefe, le toca el turno de día —se pasó la mano por la

barbilla—. Pero como estaré libre durante el día, podemos elegir una tarde de la próxima semana para ir al juzgado.

—Supongo que sí —dijo ella cabizbaja.

Brendan se sintió como un estúpido por no haber tenido en cuenta la opinión de Cassie.

—A menos que prefieras esperar y celebrar una gran boda para que venga tu familia.

Ella lo miró con tristeza.

—Aparte de mi padre, no tengo familia. ¿Y tú?

—Mis padres están jubilados. Viajan mucho. No estoy seguro de dónde están en estos momentos, en algún lugar de Europa. No regresarán hasta Navidad.

—No podemos esperar hasta Navidad. Para entonces ya se me notará el embarazo.

—Entonces, estaremos solos tú y yo.

—Y los Kempners —añadió ella—. He pensado en pedirles a Michelle y a Nick que vayan de testigos, si te parece bien. A menos que hayas pensado en alguien más.

—No. No conozco muy bien a Nick, pero parece un buen chico.

—Lo es —Cassie se mordió el labio inferior—. Así que ya está decidido. Nos casaremos una tarde de la próxima semana en el juzgado.

Brendan le sujetó la barbilla para que lo mirara.

—Lo siento, Cassie. Sé que probablemente no era esto lo que imaginabas cuando pensabas en casarte.

Ella se encogió de hombros.

—Rara vez pensé en casarme, así que estate tranquilo, no me has estropeado el cuento de hadas.

Brendan pensaba que estaba fracasando al ofrecerle lo que ella necesitaba. La rodeó con el brazo y ella apoyó la cabeza sobre su hombro. Al tenerla acurrucada contra su cuerpo volvió a sentir el deseo que no podía contener.

—También siento no haberte comprado un anillo. No estaba seguro de cuál iba a ser tu respuesta, y no había mucho tiempo.

Cassie levantó la cabeza y sonrió.

—No necesito un diamante, si es lo que estás pensando. Además,

me molestaría cuando jugamos al tenis.

—Ahora que estás embarazada, me parece que eso se va a terminar durante una temporada.

—¿Por qué?

—Porque tienes que cuidarte, a ti y al bebé.

Ella suspiró con frustración.

—Brendan, no soy tan delicada. Además, el ejercicio es bueno para el bebé.

—Hasta cierto punto.

—Hablaré con el médico acerca de ello.

—¿Has pedido cita?

—Sí. El doctor Anderson me verá dentro de dos semanas.

Para Brendan, eso no era bastante.

—Lo llamaré e intentaré que te reciba antes.

—¿Quieres dejar de preocuparte? En dos semanas no va a pasar nada. Ni siquiera he tenido náuseas por las mañanas.

Él sabía que probablemente Cassie tuviera razón, que no pasaría nada. Pero no conseguía dominar la ansiedad.

—Hazme caso, ¿vale?

—Si no queda más remedio. Veo que mi trabajo va a ser intentar evitar que te vuelvas loco durante los próximos seis meses.

Ella lo estaba volviendo loco en ese mismo momento. Cassie lo besó. Le dio un beso decidido en el que ella tomó la iniciativa y consiguió que Brendan ardiera de deseo.

Quería tenerla más cerca y le colocó las piernas sobre su regazo. La sujetó por la cadera y notó el frío de la tela del vestido contra el calor de su cuerpo.

Interrumpió el beso para recuperar la compostura, si no lo hacía, corría el peligro de incendiar el coche de Cassie. Pero no era capaz de retirar la mano de su cadera.

—¿Qué llevas debajo del vestido? —preguntó. Ella sonrió.

—Básicamente un hilo de corneta unido a un trozo de raso.

—Un tanga. Evita que se note la ropa interior.

«Y aumenta la libido», pensó Brendan.

—¿De veras? Parece interesante.

—Quizá. Si te gustan ese tipo de cosas.

Oh, claro que a él le gustaban. Demasiado.

Conteniéndose un poco, la besó. Tuvo que esforzarse para no tumbarla en el asiento. Su boca era suave, flexible. Igual que ella, que encajaba muy bien entre sus brazos. Suave, cálida, suya. Al menos por unos momentos.

Brendan le acarició el muslo despacio y encontró el lugar donde terminaba el vestido y comenzaba su piel. Continuó acariciándola por debajo de la costura, quería complacerla, y calmar el deseo que sentía por ella.

Brendan sabía que debía detenerse. Ya no era un niño, y Cassie se merecía algo mejor que el asiento de un coche.

Pero cuando intentó retirar la mano, ella separó las piernas, dejándole espacio para explorar. El se aprovechó de la situación y subió hasta su último destino.

Cassie oía campanas, y Brendan apenas la había tocado, al menos no como ella deseaba. Cuando oyó de nuevo el sonido, se percató de que era el timbre de un teléfono móvil. El teléfono de Brendan. Retiró las piernas de encima de él y apoyó la cabeza en el asiento para intentar recuperar la respiración.

Brendan gruñó y apoyó la frente en el salpicadero. Buscó el teléfono que llevaba colgado del cinturón y miró el número.

—¿Qué?

Cassie compadeció al receptor del enfado de Brendan. Aunque no podía culparlo, ya que ella también se sentía mal por la interrupción.

—Sí, soy el doctor O'Connor —se echó hacia atrás y cerró los ojos—. Vale. Estaré ahí dentro de diez minutos.

Colgó el teléfono y miró a Cassie.

—¿Estás bien?

No, no lo estaba. Estaba frustrada y excitada, preparada para enfrentarse a él y hacerle terminar lo que había comenzado.

—Estoy de maravilla —dijo ella entre dientes.

—Esto no estaba planeado —dijo él.

—Lo comprendo, Brendan. Cosas del trabajo.

—No me refiero a la llamada, sino a dejarme llevar. Creo que fue la conversación sobre tu ropa interior.

Un minuto más y él habría visto su ropa interior, y todo lo que guardaba debajo. Maldito hospital.

—Eso demuestra que las mejores cosas de la vida son las que no se planean.

Brendan se puso serio una vez más.

—Tengo que ir a la unidad.

Cassie se sentó derecha y se recolocó el vestido.

—Lo suponía. ¿Hay problemas?

—Trillizos.

—Uau.

El sonrió.

—Puedes decir eso otra vez. Yo no me imaginó tener que cuidar a más de uno, y mucho menos a tres.

—Supongo que hay gente mejor preparada para ello.

El le agarró la mano.

—Te llamaré mañana. Podemos arreglar los papeles a la hora de comer y casarnos el próximo martes. ¿Qué te parece?

Eso no le dejaba mucho tiempo para planear, pero después de todo sería una ceremonia sencilla. No necesitaba un vestido historiado. Solo era un acto para hacer oficial el matrimonio. Y eso la entristecía un poco.

—Me parece bien.

—Puesto que parece que voy a trabajar mucho, puede que no te vea demasiado hasta entonces. Va a ser una locura sin que esté Segovia.

Cassie se sintió decepcionada, pero no quería quejarse. Esa era la vida de los médicos, y ella estaba a punto de convertirse en la esposa de uno. Aunque tendría que acostumbrarse a los horarios raros, no significaba que tuviera que gustarle.

—De acuerdo. Pero llámame de vez en cuando, ¿vale?

—Vale —él se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Duerme un poco. Al menos uno de nosotros tiene que hacerlo.

Estaba segura de que no podría dormir, pero no pensaba

decírselo. Le sujetó la cara con las manos le dijo:

—Gracias, Brendan. Por todo.

El recuperó la sonrisa.

—La próxima vez, apagaré el teléfono —después se marchó, antes de que Cassie pudiera pestañear.

Mientras lo observaba caminar entre las sombras hacia su coche, Cassie recordó la promesa de la próxima vez. Deseaba que viera en otras circunstancias. Deseaba poder pasar toda la noche entre sus brazos y olvidarse del mundo. No tenía sentido pensar en algo que no era posible, de momento. Pero cuando se casaran, cualquier cosa sería posible. Al menos, él sería solo para ella, cuando no tuviera que compartirlo con el hospital.

Una cosa que Cassie sabía era que Brendan la deseaba, al menos en el plano físico. Para llamar su atención, lo único que tenía que hacer era animarlo un poco. Y quizá, solo quizá, eso fuera suficiente para convencerlo.

Quizá, si lo amara lo suficiente, conseguiría que él también la amara.

Capítulo 5

—¿Que vas a qué?

Cassie observó el rostro de sorpresa de Michelle Kempners y se preguntó qué debería contarle acerca de la repentina boda.

—He dicho que me voy a casar —repitió Cassie.

—Nos dijiste a Nick y a mí que no tenías ningún proyecto —Michelle levantó la mano para que Cassie no respondiera—. No, espera, deja que adivine. El novio no será ese atractivo doctor que se llama Brendan O'Connor, ¿no?

Cassie se quedó boquiabierta.

—¿Cómo lo sabes?

—Vamos, Cassie. Todo el mundo en el hospital sabe que sois muy buenos amigos. Vais juntos la mayor parte del tiempo. Coméis juntos en la cafetería. Siempre sospeché que había algo entre vosotros. Estoy dolida porque no me hayas contado nunca lo amigos que os habéis hecho.

«Si Michelle supiera», pensó Cassie.

El ruido de las ollas hizo que Michelle y Cassie miraran al suelo y vieran a la hija adoptiva de Michelle, que tenía cinco años, jugando con los cajones de la cocina.

—Kelsey, cariño —dijo Michelle—. ¿Quieres ver una película hasta que llegue papá?

Kelsey bostezó y se desperezó. Después asintió con la cabeza.

—¿Podemos ver esa del oso patinador?

Michelle se puso en pie y levantó a la pequeña del suelo.

—Vale, te pondré la del oso. Pero tendrás que verla tú sola durante un rato. Yo tengo que hablar con mi amiga.

Kelsey miró a Cassie con impaciencia, y después sonrió a Michelle.

—Vale, Shelly, puedes habla un ratito.

Michelle le acarició la punta de la nariz y sonrió.

—Gracias por darme permiso, señorita —tomó a la pequeña en brazos y le dijo a Cassie—: Volveré en un minuto. Es probable que se quede dormida.

—No tengo sueño —dijo Kelsey con decisión.

Cassie se quedó en la cocina tomándose el té y pensando en que le gustaría tener una niña como Kelsey. Aunque un niño tampoco estaría mal. Fuera lo que fuera, cuidaría a su hijo y le daría todo lo que necesitara. Su hijo nunca se sentiría como si fuera invisible e insignificante.

Michelle regresó y se sentó junto a ella.

—Dame más detalles.

Cassie miró hacia otro lado.

—Hemos pensado en celebrar la boda el martes próximo. En el juzgado —miró a Michelle—. Me gustaría que Nick y tú fuerais los testigos.

—Nos encantaría, si nos explicases por qué tenéis tanta prisa.

Cassie respiró hondo y dijo:

—Estoy embarazada.

—Bromeas.

Cassie pasó el dedo por el borde de la taza para evitar la mirada de Michelle.

—No, no bromeo.

—¿Y cómo ha sucedido?

—De la manera habitual.

Michelle se rió.

—Lo siento, estoy tan sorprendida. Pero supongo que nada es infalible, ¿no?

—Solo lo hemos hecho una vez.

—¿Una vez?

—Sí, solo una vez —y no había pasado nada más desde entonces.

Michelle miró a Cassie fijamente.

—Pareces triste. ¿Qué ocurre?

Cassie no estaba segura de qué debía de contar acerca de su relación con Brendan, pero la idea de que él no la quería la corroía por dentro.

—No pasa nada. Es solo que todo ha sucedido tan rápido. Y ahora hay un bebé por medio, y no sé cómo se siente Brendan con todo esto…

«Le he dado demasiada información», pensó Cassie.

—¿No sabes cómo se siente hacia el bebé o hacia ti? —preguntó Michelle.

Cassie podía confiar en que Michelle no iba a juzgarla.

—Qué siente por mí. Hasta ahora, solo habíamos sido buenos amigos. Una noche, Brendan estaba pasando un mal momento, tenía problemas en el trabajo, y entre una cosa y otra, yo me quedé embarazada.

Michelle le acarició el brazo.

—Estás enamorada de él.

—Sí, supongo que sí. Pero me temo que él no siente lo mismo por mí. O silo hace, nunca me lo ha dicho.

—¿Le has dicho tú cómo te sientes?

—No. Todavía no. No quiero asustarlo. Ya ha tenido bastante.

—Dale tiempo, Cassie. Sabes cómo son algunos hombres. Cuanto menos se hable, mejor se sienten. Algunos no son capaces de admitir esos sentimientos.

—¿Nick era así?

Michelle se mordisqueó el labio inferior. Parecía dudosa.

—De hecho, Nick me dijo que me quería antes de que yo se lo dijera. Pero cada uno es diferente.

Cassie no podía estar más de acuerdo. Brendan era distinto a todos los hombres que había conocido. Aun así, estaba preocupada porque él no sintiera nunca lo que ella sentía por él. Tendría que arriesgarse y confiar en que sus sentimientos cambiarían con el tiempo. No tenía más elección.

Cassie trató de sonreír.

—A pesar de lo que suceda entre Brendan y yo, nuestro hijo tendrá dos padres que lo quieran.

Michelle le dedicó una sonrisa cariñosa.

—No abandones, Cassie. A veces la fortaleza es tu mejor aliado.

Pero el carácter cauteloso de Brendan, ¿sería el peor enemigo de Cassie?

Había sido una boda tranquila, al menos para Cassie. Hacía cuatro horas que Brendan y ella habían salido del juzgado vestido de domingo, llevando una alianza de oro y un papel que proclamaba que

estaban casados. El juez de paz había celebrado la ceremonia a toda prisa, probablemente porque se acercaba la hora de comer. Michelle y Nick habían ido de testigos, pero Cassie tenía la sensación de que se sentían incómodos y lo habían hecho por obligación.

La pareja les había dado la enhorabuena justo después de que Brendan besara a Cassie, y ella se quedó pensando en si había hecho lo correcto.

Cassie estaba en el salón de su casa mirando las cajas que Brendan sacaba del coche. Habían decidido que ambos vivirían en casa de ella, ya que el apartamento de Brendan solo tenía una habitación.

Cassie no podía evitar preguntarse si Brendan pensaba quedarse en la habitación de invitados hasta que naciera el bebé. El nunca se lo había dicho, pero ella estaba casi segura.

Se disponía a agarrar una caja que contenía ropa para llevarla a su dormitorio y dejarle claro a Brendan que estaba bienvenido allí cuando vio una prenda de ropa interior estampada con motivos animales.

Sacó la prenda y se alivió al ver que no era una prenda de mujer. No, eran unos calzoncillos. Muy diminutos para que los llevara un hombre. ¿Y Brendan?

Ella los agarró con dos dedos y soltó una risita.

—Me los regalaron.

Cassie levantó la vista y vio que Brendan estaba en la puerta con un televisor en las manos. No parecía muy contento de que ella se hubiera entrometido en su intimidad.

Ella no podía dejar de sonreír.

—Me han llamado la atención.

Brendan dejó el televisor en el suelo y se dirigió hacia donde estaba Cassie. Ella dio un paso atrás y movió los calzoncillos.

—Bueno, Tarzán, estoy impresionada. No sabía que tenías gustos tan exóticos.

—Dámelos, Cassie.

Ella dejó la caja en el suelo y sujetó los calzoncillos con las dos manos.

—Mmm… con motivos de leopardo. Creía que serías de los que prefieren al tigre.

El dio dos pasos adelante.

—Fue una broma.

Ella no consideraba que fuera algo gracioso, y menos con la imagen de Brendan vestido con ellos rondándole la cabeza.

—¿Y tienen valor sentimental?

—No. Simplemente no me he molestado en tirarlos —intentó quitárselos, pero ella se retiró con rapidez y se apoyó en la pared escondiendo los calzoncillos detrás suyo.

—Pídemelo por favor, doctor.

Sin decir palabra, él la rodeó con los brazos, y a ella le encantó.

—Hay que jugar limpio —dijo él, en voz baja—. Ahora te toca a ti enseñarme tu ropa interior.

La semana pasada había intentado enseñársela en el coche, pero no había tenido éxito. Pero quizá él estuviera dispuesto a echarle un vistazo con más detenimiento. Cassie miró sus pantalones de chándal, los únicos que le cabían puesto que los vaqueros ya le quedaban muy apretados.

—Tengo las manos ocupadas, pero tómate la libertad de explorar.

El la miró de arriba abajo despacio. Después la miró a los ojos.

—Parece una buena idea, pero tengo que irme al trabajo dentro de treinta minutos. ¿Quizá más tarde?

«Más tarde» significaba «quién sabe cuándo», y Cassie no estaba segura de poder esperar. Sacó el brazo de detrás suyo y le metió los calzoncillos en el bolsillo trasero del pantalón, después lo agarró de las trabillas del pantalón y lo atrajo hacia sí. Muy cerca. Tan cerca que podía sentir todo su cuerpo, incluso la parte dura que presionaba contra su vientre. Empezaba la luna de miel.

Cassie se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. Un beso suave, provocador. Por el fuego que había en la mirada de Brendan, Cassie supuso que estaba funcionando.

—Sabes que no necesitamos tanto tiempo —le agarró los brazos y le colocó las manos sobre la cintura. Levantó su camisa y le plantó un beso en el pecho. Cassie notó el sabor salado de su piel y su olor a colonia—. Estás seguro de que no te apetece hacerlo rapidito?

—No, claro que no estoy seguro. Pero no voy a cambiar de opinión. Quiero tomarme mi tiempo —le sujetó la cara para que lo

mirara—. Quiero hacerte el amor en una cama, no contra la pared.

La idea de hacer el amor contra la pared hizo que Cassie se estremeciera.

—¿Qué hay de malo en hacerlo contra la pared?

—En circunstancias normales, nada. Pero estás embarazada. No voy a hacer nada que pueda hacerte daño.

—Brendan, no seas ridículo. Las mujeres embarazadas hacen el amor todo el rato.

—Ya sé que lo hacen, y sé que eso es lo que tú quieres. Pero también sé que esta vez tengo que tener cuidado contigo.

Ella no quería que tuviera cuidado. Quería sexo caliente y apasionado. Era evidente que sus hormonas estaban alborotadas, O quizá solo era la idea de hacer el amor con Brendan. Hacer el amor de verdad.

Ignorando su preocupación, lo besó de nuevo, pero esta vez sin tanta delicadeza. Y él respondió con un gemido de deseo y aceptó lo que ella le daba. Metió la mano por debajo de la camiseta para acariciarle los pechos por encima de la ropa interior, ella le bajó la cremallera del pantalón. El deslizó la mano hasta la curva abultada de su vientre…

Y, de pronto, su mano ya no estaba allí. Cassie se sintió desnuda, y decepcionada.

Distanciándose un poco de ella, le susurró al oído.

—Vas a dejarme agotado.

Miró el reloj y se percató de que solo le quedaban unos minutos para dar los últimos retoques. Brendan le había prometido reunirse con ella para cenar en la cafetería sobre las ocho y media. Ella le había pedido al recepcionista que le dijera que lo esperaba en su despacho. Vaya sorpresa que se iba a llevar.

Cassie entró en el baño contiguo, se desvistió y se puso un picardías corto de seda de color melocotón y un batín a juego. Después de ponerse un poco de perfume, regresó descalza a su despacho, se sentó en el sofá y esperó.

Los diez minutos pasaban muy despacio. ¿Y si no le habían dado el mensaje? ¿Y si él había ido a la cafetería, y al ver que no estaba allí había regresado al trabajo? ¿Y si los empleados de la limpieza la

encontraban allí medio desnuda, sola y necesitada?

No debía de preocuparse por eso. Además, había planeado cerrar la puerta en cuanto Brendan entrara. Si era que llegaba.

Cassie empezaba a pensar que Brendan no aparecería cuando llamaron a la puerta. Se levantó con piernas temblorosas y se dirigió a abrir. Esperaba que fuera Brendan y no una secretaria haciendo horas extra.

—Siento llegar tarde, pero… —Brendan se calló al ver la ropa que llevaba Cassie.

Se quedó boquiabierto, así que ella tiró de él, cerró la puerta con llave y se apoyó en ella.

—Luna de miel sobre ruedas, a su servicio. Si esto funciona, puede que comience un negocio.

Brendan miró el despacho, y después la miró a ella.

—¿Cuánto tiempo llevas planeando esto?

—Desde ayer, cuando me percaté de que quizá nunca pudiéramos estar solos. Decidí improvisar.

Se fijó en la cama provisional que había sobre el suelo.

—Veo que has pensado en todo.

—Ajá. ¿Sorprendido?

—Sí. Lo estoy.

Cassie se acercó a él despacio y lo agarró de los hombros. Señalando el escritorio, dijo:

—He pedido tu plato favorito, ternera con verduras y rollitos de primavera.

Brendan miró la comida.

—Muy creativa, Cassie Allen.

—Cassie O’Connor, doctor.

El esbozó una sonrisa.

—Ah, sí. Me olvidaba.

Ella estaba dispuesta a recordarle eso, y muchas otras cosas, antes de que la tarde terminara.

Brendan miró el reloj.

—Tengo media hora antes de tener que regresar al trabajo.

«Tiempo de sobra», pensó Cassie. Sobre todo si se saltaban la cena. Brendan tenía otra idea.

—Vale —dijo él—, cenemos.

Resignada ante el hecho de que su plan tendría que esperar, Cassie se sentó frente a él en el escritorio. Sirvió la comida y un poco de soda en los vasos, pensando en todo momento que ella no quería la maldita comida. Estaba hambrienta, pero era un hambre que solo Brendan podía satisfacer.

—Lo siento por no tener vino —dijo ella, intentando parecer animada—. Pero como tú tienes que trabajar y yo estoy embarazada, he decidido que tendremos que pasar sin ese placer —enfatizó la palabra placer para dejarle claro que guardaba otras cosas placenteras para después.

Mientras cenaban, Brendan parecía preocupado, casi nervioso. No habló demasiado, solo respondió brevemente a las preguntas que Cassie le hizo acerca de cómo le había ido la tarde.

Al final, Cassie decidió abandonar la conversación y concentrarse en comer. Notó que, de vez en cuando, Brendan se fijaba en su boca, como si la encontrara fascinante. Y cuando el batín se le escurrió por el hombro, la mirada de Brendan descansó en su cuerpo. Ella no se molestó en recolocárselo, pensando que quizá él estuviera más que deseoso de jugar un rato después de cenar. Y pensaba aprovecharse de ello.

Cassie utilizó sus mejores técnicas de seducción, de vez en cuando se humedecía los labios, rozaba la mano de Brendan cuando agarraba una servilleta.., cualquier cosa para hacerle saber qué era lo que ella deseaba. Parecía que estaba teniendo éxito. Los ojos de Brendan comenzaron a oscurecerse, y él se movió en su silla más de una vez.

Al final de la cena, la tensión había aumentado de manera considerable. Brendan retiró su plato con la cena a medio comer.

—He terminado.

Cassie no había terminado aún, al menos, no con Brendan.

Agarró una galleta de la suerte y dijo:

—¿Quieres leer tu porvenir?

Él sonrió.

—Léelo tú por mí. Siempre lo haces.

Cassie quitó el envoltorio, partió la galleta en dos y sacó el

papel.

—«Quédese satisfecho en todo lo que emprenda» —leyó. Después miró a Brendan con una sonrisa—. Parece un buen consejo.

Se puso en pie y se acercó a Brendan.

—¿Por qué no tratamos de satisfacernos un rato? Sin darle oportunidad de responder, Cassie tiró de Brendan y lo llevó hasta el sofá. Lo sentó en el borde, permaneció de pie frente a él y se retiró el batín de los hombros quedándose solo con el picardías y una sonrisa.

Brendan la miró de arriba abajo y se detuvo en su vientre abultado. Ella contuvo el deseo de tapárselo con las dos manos.

Cuando Brendan continuó mirándola, Cassie comenzó a sentirse insegura.

—Lo sé. Estoy engordando.

El la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí. Después le besó el vientre.

—Creo que es estupendo.

Al menos a Brendan lo preocupaba su hijo, pero, ¿y ella le importaba? Cassie no quería pensar en eso. Y menos cuando le quedaba tan poco tiempo.

Brendan apoyó la frente en su vientre y la agarró de las caderas.

Ella apoyó las manos en la cabeza de Brendan, y después las deslizó hasta sus hombros y sintió que él estaba temblando.

—Estás temblando.

—Lo sé.

—¿Tienes frío?

—Ni una pizca.

Decidida a aumentar su calor, Cassie dio un paso atrás y se quitó los tirantes del camisón, dejando que escurriera hasta el suelo. Estaba completamente desnuda, y Brendan la miraba sin decir palabra. Cuando la miró a los ojos, ella notó cierto deseo en la mirada y supo que había conseguido atraer su atención, pero también vio que estaba dudoso.

—Brendan, sé que estás incómodo con todo esto, pero yo necesito…

—Sé lo que necesitas —dijo en un susurro.

Cuando la agarró de la mano para que se sentara a su lado,

Cassie se dispuso a tirar del cordón de sus pantalones y él la agarró de la muñeca para detenerla.

—Ahora no, Cassie —su tono de voz dejaba entrever que estaba conteniéndose.

Le colocó las piernas sobre su regazo, igual que había hecho en el coche, y le acarició el cuerpo desnudo con las manos y la boca. Jugueteó con la lengua sobre su pezón mientras le acariciaba las caderas, y después, la parte interna de los muslos. Sus caricias eran pausadas, suaves e insistentes, y poco a poco la preparaban para el momento de la rendición. Ella gimió cuando Brendan le acarició la parte más íntima de su cuerpo y escondió la cara contra su cuello para disfrutar de cada caricia. Nunca un hombre había tenido tanto cuidado para satisfacer sus deseos. Nunca se había entregado tan libremente a un hombre. Nunca había deseado tanto a un hombre.

Brendan continuó preparándola hasta que ella comenzó a jadear y se acercó más a él. Después, comenzó a temblar y él la abrazó más fuerte, diciéndole palabras sensuales al oído. Enseguida, la llevó al éxtasis y Cassie experimentó un grado de placer que jamás había conocido.

Brendan continuó abrazándola mientras le besaba el cuello, la barbilla, los labios… pero el deseo que Cassie sentía no desaparecía. Solo una cosa haría que ese momento fuera perfecto… y no era el ruido repentino que se oyó en el pasillo.

El zumbido de una aspiradora indicó que se acercaban los empleados de la limpieza. Cassie levantó la cabeza al sentir que Brendan se ponía tenso y que miraba hacia la puerta.

—Maldita sea —dijo él.

Cassie lo sujetó por la barbilla y le volvió el rostro hacia el de ella.

—Está cerrado —susurró.

El suspiró.

—Tienen una llave.

Cassie se percató de que probablemente era cierto, pero no estaba dispuesta a que el tiempo que tenía para estar a solas con Brendan terminara tan pronto. Al parecer, Brendan sí lo estaba.

La movió a un lado con cuidado y se puso en pie. Recogió su batín y se lo dio.

—Quizá quieras ponerte esto, por si acaso.

Ella obedeció con desgana. Quería llorar, pero, sin embargo, se puso en pie, sintiéndose fría y sola, aunque estaba tapada y Brendan seguía allí.

—¿Estás seguro de que no podemos continuar? —preguntó ella con un tono casi de súplica—. No llegarán a este despacho hasta dentro de quince minutos, al menos.

—No estoy dispuesto a arriesgarme. Además, tal y como me siento ahora, sería muy brusco contigo.

—Estoy embarazada, Brendan, no inválida.

—Ya lo sé, pero no quiero hacerte daño. Ya le estaba haciendo daño al dejarla sin la posibilidad de consumar el matrimonio.

Una vez más, Brendan miró el reloj.

—Tengo que irme, si no, voy a llegar tarde. Cassie trató de sonreír, pero tenía los labios tensos.

—Apenas has comido.

Llévalo a casa. Me lo tomaré de desayuno. A Cassie se le revolvió el estómago solo de pensarlo.

—Vale —se abrazó a sí misma—. Muchas gracias por la luna de miel.

Brendan la abrazó contra su pecho y le dio un beso en la frente.

—Lo siento, Cassie. Parece que últimamente nada me sale bien.

Ella se retiró y lo miró.

—No estoy de acuerdo. Hace un momento lo estabas haciendo todo bien.

El suspiró.

—No es suficiente. Esto no es justo para ti, tenemos muy poco tiempo para estar juntos. Y no veo que vaya a cambiar pronto.

—Estoy bien —dijo ella y al bajar la vista se fijó en que él era el que necesitaba atención—. Tú eres el que no estás bien.

—Sí lo estoy.

Cassie lo miró a los ojos.

—Estás mintiendo.

—Sí, bueno, he estado en peor estado otras veces.

Ella decidió no discutir. Era evidente que él no quería hablar de sus propios deseos.

—Por cierto —dijo ella—, me han llamado de la consulta del médico y me han cambiado la cita para mañana a las diez. Por casualidad, ¿tienes algo que ver con eso?

—Como ya te dije, no quería que esperaras tanto. La atención prenatal es muy importante —hablaba como un médico, no como un marido.

Cassie le hizo la siguiente pregunta arriesgándose a su negativa.

—¿Quieres acompañarme? Es decir, ya sé que estarás dormido, así que no tienes por qué…

—Puedo dormir un par de horas y encontrarme contigo allí.

Aliviada, Cassie dijo:

—Estupendo. Pondré el despertador antes de irme a trabajar.

—Ahora que está todo claro, tengo que regresar a la unidad.

Se dirigió al baño y dejó a Cassie sola con su decepción. Pero, al menos, había dicho que la acompañaría al médico. Eso era algo. Quizá el doctor Anderson lo convenciera de que hacer el amor durante el embarazo no era malo. Al menos, Cassie confiaba en que eso sería suficiente para que Brendan no la tratara como si fuera de porcelana.

Brendan salió del baño momentos más tarde. Tenía la frente mojada como si se hubiera lavado la cara. Ella forzó una sonrisa a pesar de que estaba molesta porque él se marchara tan rápido, aunque sabía que tenía que volver a trabajar.

El la abrazó, la besó en los labios y se dirigió a la puerta.

—Gracias por la cena. Te veré en casa.

Ella se despidió con la mano.

—Sí, supongo. Algún día.

Brendan dejó a Cassie con una débil sonrisa, comida china fría, y una cama improvisada sin utilizar que le recordaría el fracaso.

Aunque Brendan le había dado mucho placer, ella todavía no había recibido lo que necesitaba de él, tanto física como emocionalmente. Se preguntaba si alguna vez lo obtendría.

Había algo que hacía que Brendan se mantuviera alejado de ella. Algo personal que ocultaba tras una buena fachada.

Cassie tendría que averiguarlo, y pronto, si es que quería atravesar el muro que él se había construido para proteger su corazón. Entretanto, tendría que tener paciencia.

Una vez más, como casi siempre en su vida, Cassie se quedó con la soledad como única compañera, y con la esperanza como único apoyo.

Capítulo 6

Brendan decidió que no había estado tan frustrado en años. Lo que le había dicho a Cassie unas horas antes era completamente cierto. Si hubieran continuado, a él le habría resultado muy difícil tener cuidado con ella. Y tenía que tener cuidado. Mucho cuidado. No quería hacer nada que pudiera hacer daño a ella o al bebé.

Por desgracia, había herido a Cassie en más de una ocasión, y él odiaba no poder ofrecerle todo lo que ella deseaba. Pero tenía que dejar de pensar en ello, y en todo lo que podría haber sido. Si no lo hacía, no le haría bien a nadie. Especialmente, a los pacientes que lo esperaban al final del pasillo.

—Doctor O'Connor, ¿te encuentras bien?

Brendan levantó la vista y vio que Millie Myers había entrado en la sala de descanso. Ella llevaba veinte años trabajando allí y tenía mucha mano con los bebés enfermos, también tenía tendencia a cuidar de los doctores más jóvenes, y Brendan no era una excepción. En esos momentos no era una madre lo que necesitaba, pero le daba la sensación de que era lo que iba a tener, quisiera o no.

Millie tenía cara de cansada y sus ojos azules reflejaban preocupación. Teniendo en cuenta que habían tenido una noche muy agitada en el hospital, todo el mundo tenía derecho a estar agotado. Y todavía les quedaban otras ocho horas de trabajo.

Brendan se echó hacia delante, colocó las manos detrás de la nuca y se estiró.

—Estoy bien, Millie. Solo estaba descansando un poco. ¿Qué ocurre?

—Están a punto de traernos al bebé con hidrocefalia.

—¿Cómo se llama?

—No estoy segura.

La ira se apoderó de Brendan a pesar de su agotamiento. Todos los niños tenían una identidad. Todos los niños incluso aquellos que no tienen oportunidad de sobrevivir.

—Tiene un nombre, Millie. No es solo el bebé con hidrocefalia.

Millie frunció el ceño.

—Cálmate, ¿vale? Me enteraré de cómo se llama antes de que llegue a la unidad.

El bajó el tono de voz y la miró con cara de disculpa.

—Lo siento. Estoy agotado. ¿Cuánto tardará en llegar?

—Han dicho que unos quince minutos.

Quince minutos no serían suficientes para que le hicieran efecto los dos cafés que se había tomado. Era cierto que Brendan no necesitaba más estimulantes. Cassie le había proporcionado una buena dosis con su cena inesperada y todavía no había conseguido que su excitación disminuyera.

Millie se acercó a la mesa, sacó una silla y se dejó caer.

—Por cierto, quería darte la enhorabuena por la boda. Cassie es una chica estupenda.

Brendan lo sabía muy bien.

—Sí. Es la mejor.

En silencio, Millie continuó mirando a Brendan, hasta que por fin, harto de que lo observara, él preguntó:

—¿Hay algún problema, Millie?

—Yo no tengo ningún problema, ¿Y tú?

Brendan apoyó los codos sobre la mesa y se pasó los dedos por el pelo.

—Nada que unas horas de sueño no pueda curar.

—¿O quizá un poco de actividad entre las sábanas?

Brendan no pudo contener una irónica sonrisa, aunque no tenía ganas de sonreír.

—Eres una mujer malvada, Millie Beth.

Ella respondió con una sonrisa burlona.

—Y también una mujer astuta, no lo olvides. Llevo casada treinta años con el mismo hombre, y reconozco esa mirada cuando la veo. Esa que dice, tómame ahora, estoy a punto de estallar.

Brendan rezongó. No estaba dispuesto a admitir que ella tenía razón. Agarró la taza de café y la miró para evitar la mirada de Millie.

—Lo que tú digas, Millie.

—También creo que deberías tomarte unos días libres para estar con tu bella esposa.

—Ahora no puedo. Hay poco personal.

—Tonterías. ¿He de recordarte que la vida es muy corta?

Nadie tenía que recordarle eso. Todos los días se enfrentaba a la realidad.

—Hay que regresar al trabajo.

—Solo una pregunta más. Sé que no es asunto mío, pero…

—Entonces, no me la hagas —le advirtió Brendan.

—¿Hay alguna posibilidad de que el motivo por el que te has casado sea que vas a ser papá?

Brendan miró a Millie.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Recuerda, también he tenido cuatro hijos.

Ayer vi a Cassie. O se ha metido un almohadón bajo la blusa, o tiene un hijo en el vientre.

El también se había fijado en que Cassie había engordado, sobre todo esa noche, cuando ella se quitó el picardías y se quedó completamente desnuda para recordarle que llevaba a su hijo en el vientre. Para recordarle lo mucho que él la había deseado. Y lo mucho que aún la deseaba.

Brendan trató de borrar esas imágenes de su cabeza. Lo mejor era que fuera sincero con Millie. Era probable que pudiera detectar las mentiras con facilidad.

—Sí, está embarazada.

Millie le dio una palmadita en la mano.

—Eso es estupendo, doctor. Si hay alguien que se merece ser padre, ese eres tú.

Brendan tenía serias dudas acerca de eso, pero las ocultó tras una sonrisa.

—Gracias. Y te agradecería si no se lo contaras a nadie, todavía.

—Mis labios están sellados, pero puesto que tu esposa trabaja en el hospital, y puesto que ya se le nota, no faltará mucho para que todo el mundo se entere.

—Sí, eso es lo que me preocupa.

—¿Por qué? ¿Porque os acabáis de casar? Que se jorobe todo el mundo. ¿A quién le importa cuándo os hayáis casado? Al menos os habéis casado. Además, cuando dos personas se quieren, tener un bebé es lo normal.

«Cuando dos personas se quieren…»

Las palabras de Millie resonaron despacio en la cabeza de Brendan mientras se levantaba de la mesa. A él le importaba mucho Cassie, más de lo que nunca le había importado nadie, ni siquiera Jill. Pero el amor era algo que él rehuía. Había amado a su hijo, pero no había sido suficiente para salvarlo. En un momento dado, había amado a Jill, pero también le había fallado, a causa de la ambición. Ese sentimiento era demasiado doloroso para admitirlo, por muy fácil de amar que fuera Cassie. Y por mucho que él la deseara.

Cassie necesitaba a Brendan más que nunca.

Estaba sentada en el borde de la camilla agarrando la sábana con fuerza, y al ver que el doctor Anderson ponía cara de preocupación, el miedo comenzó a apoderarse de ella.

—¿Hay algo mal, doctor? —preguntó con voz temblorosa.

—Yo no diría que hay algo mal. Solo quiero hacerte el ultrasonido para saber cuándo llegará el bebé.

—Me dijo que el uno de julio.

—Según lo que tú me dijiste, y eso debe de ser cierto. Pero tienes el útero más grande de lo que debiera estar. Quiero averiguar si hay algún motivo en concreto.

Cassie sintió más miedo.

—¿Qué motivo puede haber?

—Puede ser por muchas cosas. Puede que seas una de esas mujeres que dilatan muy rápido. O podríamos estar hablando de un parto múltiple.

—¿Quieres decir gemelos?

—A veces pasa.

Pero, ¿cómo podía pasarle a ella? ¿Qué pensaría Brendan si fuera cierto? ¿Y dónde diablos estaba? Ella le había puesto el despertador, y ya llevaba allí más de una hora. Era evidente que había cambiado de idea acerca de acompañarla, y ni siquiera se había molestado en llamar.

El doctor le hizo un gesto a la enfermera para que acercara la máquina.

—Túmbate para que podamos ver lo que hay —Cassie obedeció, él le destapó el vientre y después colocó un taburete junto a la camilla.

Le aplicó un gel sobre el abdomen y le pasó varias veces el

aparato.

—En un par de minutos podremos ver al bebé.

—O a la carnada —murmuró ella, provocando la risa de la enfermera y del médico.

Cassie no lo encontraba gracioso. Por mucho que deseara al bebé, por mucho que le hiciera ilusión tener gemelos, no podía imaginarse lo que eso significaba, ni cómo reaccionaría Brendan ante la noticia.

—Enhorabuena, tienes una pareja —dijo el doctor Anderson al cabo de unos instantes.

Cassie cerró los ojos con fuerza, después los abrió y miró la pantalla. Se fijó en las manchas oscuras que aparecían en ella. Eran sus hijos. Suyos y de Brendan.

Cassie no pudo contener las lágrimas cuando el médico señaló dónde se veían los pequeños corazones. El corazón de Cassie también latía con fuerza, debido al profundo amor maternal que sentía.

Cuando terminó la prueba, el doctor Anderson ayudó a Cassie a incorporarse.

—¿Alguna pregunta?

—¿Hay algo que no pueda hacer?

—No a estas alturas. Come bien y descansa mucho. Hay posibilidad de que tengas un parto prematuro, así que es probable que te dé la baja de maternidad a partir del octavo mes, o antes.

—¿Y hasta entonces, qué tipo de actividades puedo hacer?

—Mientras no tengas ningún problema, no sangres o no tengas contracciones, puedes continuar con tus actividades habituales.

—¿Y jugar al tenis?

—Siempre y cuando te apetezca. El ejercicio es bueno. No te excedas —sonrió—. Y no te pongas a escalar, ¿vale?

Ella solo tenía que escalar una montaña, la preocupación de Brendan.

—¿Y puedo hacer el amor?

—Te digo lo mismo, no hay ningún problema siempre que te encuentres bien. Mi regla de oro es, si te resulta incómodo, no lo hagas. Pero mientras no tengas dolor, o manches, puedes continuar como siempre.

—De acuerdo. Entonces seguiré como siempre.

El le dio una palmadita en la espalda.

—Quiero verte dentro de tres semanas para ver cómo estás. Al salir te darán un folleto sobre el nacimiento de gemelos. Y dile a tu marido que me llame. Conociendo a Brendan, si es como la mayoría de los médicos, tendrá muchas preguntas.

Eso era un eufemismo. Ella sonrió con timidez.

—Lo haré —si era que volvía a hablar con él.

Después de vestirse y de concertar una cita para la siguiente revisión, Cassie regresó al hospital, que estaba junto a la consulta. Tenía suficiente trabajo como para mantener su cabeza ocupada y no pensar en que Brendan no se había molestado en aparecer. Pero no se encontraba de humor como para enfrentarse a él, ni para regresar al trabajo en el acto.

Se dirigió hasta el despacho de Michelle Kempner. En esos momentos, lo que necesitaba era una amiga. En un momento dado, ese hubiera sido Brendan, pero ya no lo era. Y eso la ponía muy triste.

Llamó a la puerta y oyó que Michelle le decía que entrara. Cassie entró en el despacho y cerró la puerta.

Michelle levantó la vista de su comida y sonrió.

—Eh, te he llamado hace un momento para ver si querías algo.

Cassie miró el sándwich que se estaba comiendo Michelle. Era de queso, carne y salsa de tomate. Su estómago comenzó a quejarse.

Michelle se limpió la boca con una servilleta y señaló la mitad que estaba sin tocar.

—Puedes comerte esta, si quieres. Yo ya he comido bastante.

Cassie sintió una náusea y se sentó en la silla que había junto al escritorio. Respiró varias veces hasta que se le pasó, y dijo:

—No, gracias.

—¿Estás segura? Tienes que comer por dos, ¿lo recuerdas?

—En realidad, por tres.

Michelle dejó de comer y puso el sándwich en el plato.

—¿Perdón?

Por mucho que Cassie apreciara la amistad que tenía con Michelle, no había pensado en contarle que iba a tener gemelos antes que a Brendan. Pero, una vez más, había hablado sin pensar.

—Acabo de llegar de la consulta del doctor Anderson. Me ha hecho un ultrasonido. Voy a tener gemelos.

Michelle sonrió, con los ojos brillantes por la emoción.

—¡Eso es fantástico! Algunos dirían el doble de problemas. Yo digo, el doble de bonito.

En circunstancias normales, Cassie habría estado de acuerdo. Pero su situación no era exactamente normal. Sí, tenía un marido para compartir la carga, pero que ya estaba demasiado preocupado por su embarazo. Uno que pasaba más tiempo en el hospital que en casa con ella. Tener gemelos solo serviría para que Brendan se preocupara aún más.

—Todavía estoy tratando de acostumbrarme a la idea —dijo Cassie, y dio un largo suspiro.

—¿Y que piensa el papá orgulloso de todo esto?

Cassie agarró un bolígrafo que estaba en la mesa y se puso a jugar con él.

—Todavía no lo sabe.

—¿Por qué?

—Porque no ha aparecido en la consulta. Se suponía que iba a ir, pero yo todavía no lo he visto.

Michelle se limpió las manos y dejó la servilleta a un lado.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? Tienes que subir a buscarlo.

—No está trabajando. Tiene turno de noche durante un par de semanas. Por lo que sé, estará en casa, profundamente dormido.

—Entonces, ve a casa y díselo.

—No puedo. Tengo mucho trabajo —la verdad era que aún no se lo quería decir a Brendan porque seguía dolida porque él no hubiera asistido a la consulta y porque tenía miedo de cómo iba a reaccionar.

—El trabajo puede esperar cuando hay algo así, Cassie. Piensas decírselo, ¿no?

—Por supuesto. Solo que todavía no he decidido cuando.

—¿Por qué? Creo que estará encantado. Sé que Nick lo estaría. Probablemente lo anunciaría por la megafonía.

—No estoy segura de cómo se lo tomará Brendan. Ya se comporta como una madre con esto del embarazo, así que cuando se

entere le va a dar un ataque. Todos los días atiende partos múltiples, y con sus conocimientos, es probable que se imagine todo lo malo.

Michelle se quedó pensativa.

—Eso pasa cuando una se ha casado con un médico. Saber lo que puede pasar hace que las cosas sean más difíciles. Nick intenta no ser demasiado protector con Kelsey, pero a veces no puede evitarlo. El otro día le echó la bronca por montar en triciclo por la acera sin llevar el casco. Cualquiera habría pensado que iba en una Harley en mitad de la hora punta de tina gran ciudad.

—Supongo que tienes razón. Los dos tendremos que asumirlo —se puso en pie—. Tengo que regresar al despacho. Ya he perdido toda la mañana.

Michelle se levantó y la acompañó hasta la puerta.

—Sabes, Cassie, os va a llevar un tiempo a que os acostumbréis a todo esto. El matrimonio, la noticia de los bebés. Tienes que tener paciencia.

A Cassie ya le quedaba poca paciencia, pero se negaba a perder a Brendan.

—Lo sé. Y lo intento.

—Es todo lo que puedes hacer.

Cassie abrió la puerta. Sentía la necesidad de estar a solas y quería llegar a su despacho.

—Dile hola a Nick. Ya nos veremos.

—Una cosa más. ¿Brendan trabaja mañana por la noche? —le preguntó Michelle.

—Probablemente. ¿Por qué?

—Bueno, las embarazadas también tienen que mantenerse en forma, así que podíamos quedar para ir al gimnasio.

Se suponía que Cassie iba a ir a ver a su padre, pero podía retrasarlo un par de días más. El no la echaría de menos.

—Me parece estupendo. ¿A las seis?

—Vale. Nos vemos mañana.

Cassie regresó a su despacho y, nada más verla, la recepcionista le dijo:

—Ha llamado tu marido. Dos veces. Quiere que lo llames.

—Gracias.

Cassie cerró la puerta y llamó a Brendan. Dejó que sonara hasta que saltó el contestador con el mensaje que ella había grabado:

«Ha llamado a casa de Cassie y Brendan O'Conflor. En estos momentos estamos ocupados y no podemos atenderle, por favor, deje su mensaje. Si es una urgencia médica, por favor, llame a San Antonio Memorial…».

Hablaba demasiado animada, como si intentara aparentar que eran una feliz pareja de recién casados. Algo muy lejos de la realidad.

Colgó sin dejar mensaje. Era evidente que Brendan seguía durmiendo. Mejor. Seguro que le preguntaba qué tal le había ido la cita, y ella no quería darle la noticia por teléfono. Pero, ¿cuándo se lo diría? ¿Dos semanas más tarde, cuando el regresara al turno de día? ¿Podría esperar tanto tiempo? ¿O se lo diría alguien antes que ella?

Quizá debería ir más tarde a trabajar al día siguiente y verlo antes de que él se fuera a dormir. Quizá debería quedar para cenar con él esa misma noche. No podía imaginarse teniendo esa conversación en la cafetería, y dudaba de que él quisiera ir a cenar a su despacho después de la chapucera luna de miel que le había preparado.

Confiaba en que él tuviera pronto un día libre y pudieran pasar juntos un buen rato.

Necesitaba pasar tiempo con Brendan. Necesitaba más que eso. «Paciencia», se recordó a sí misma. «Esto no puede durar para siempre». Al menos eso esperaba.

Brendan oyó el ruido de la puerta y sintió un nudo en el estómago. Su esposa había llegado a casa y él imaginaba que estaría de mal humor. Esperaba que Cassie pudiera comprender por qué él no había acudido a la cita con el médico. Si hubiera podido ir, habría ido. Pero cuidar a niños enfermos a veces tenía prioridad sobre su vida personal.

Al oír que ella se acercaba se preguntó si lo mejor sería arrodillarse y pedirle perdón allí mismo.

Cassie se quedó desconcertada al verlo en la cocina, sentado delante de un cuenco de palomitas de maíz y con el gato acurrucado en su regazo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Acabo de llegar.

—¿Del trabajo?

Oh, cielos, ella no sabía que él no había ido a casa desde la noche anterior.

—¿No recibiste mi mensaje?

Ella dejó el maletín sobre una silla y se sentó en otra.

—Intenté llamarte. Estaba el contestador.

—Me refiero al primer mensaje. Tenía que quedarme en la unidad toda la mañana.

—No, no lo he recibido. Estamos enseñando a una recepcionista nueva. Está claro que se olvidó de dármelo.

—Hemos tenido tres urgencias a la vez. No he podido ni ir a llamarte para decirte que no te vería en la consulta de Anderson. Cuando por fin he conseguido salir, llamé a su consulta, pero me dijeron que ya te habías ido.

Cassie se retiró el cabello de la cara, agarró una palomita de maíz y le dio vueltas con la mano.

—Pensé que te habías quedado dormido.

«No es verdad», pensó Brendan.

—Quizá pensaste que no me importabas lo suficiente como para ir.

—Eso no es cierto.

—¿Estás segura? Te tiembla la boca por un lado. Siempre te pasa cuando mientes.

—¡No es verdad!

—Sí, lo es.

Ella sonrió con desgana.

—De acuerdo, la idea se me pasó por la cabeza, pero solo durante un minuto. Serán las hormonas. Últimamente me siento un poco insegura.

Brendan suponía que él había contribuido bastante a que ella se sintiera insegura.

—Tienes muchos motivos para tener dudas, Cassie. Con el horario que tengo, apenas te he dedicado tiempo.

—Excepto anoche —dijo con una sonrisa más amplia.

Era maravilloso verla sonreír. Brendan se excitó al pensar en su

sonrisa, y en los recuerdos de la noche anterior, en cómo se había sentido, en su sabor… Estaba más que preparado para llevarla a la cama y terminar lo que habían comenzado. Pero tenía que hablar, al menos, un momento.

—Hemos tenido un bebé al que le han hecho una operación a corazón abierto, después otro par de gemelos prematuros.

—¿Gemelos?

Brendan suspiró.

—Sí.

—¿Y están bien? —preguntó ella, casi asustada.

—Uno está bien. El otro ha tenido algunos problemas. Me estaba ocupando de él cuando tú debías de estar en la consulta del doctor Anderson. Treinta y dos semanas. Pesa poco, pero va progresando —Brendan sonrió—. Se llama Montell Worthington Wilson. Un gran nombre para un niño tan pequeño.

Cassie sonrió también.

—Lo es. Y ya entiendo por qué no pudiste venir a la consulta. Ese bebé te necesitaba.

Pero Cassie también y, una vez más, Brendan la había decepcionado. Él le dio un trago al refresco y miró la lata.

—¿Qué tal te ha ido la cita? —preguntó al percatarse de que era un egoísta por no habérselo preguntado antes. Además, necesitaba saber que todo iba bien.

—Solo me ha dado consejos rutinarios.

El tono reservado de Cassie hizo que Brendan la mirara. La boca le temblaba de nuevo y, al verlo, Brendan sintió un miedo aterrador por algo que no había conseguido superar a pesar de los años.

—¿Qué ocurre, Cassie? Qué ha dicho el doctor Anderson? Si algo va mal, tienes que decírmelo.

Ella le tiró la palomita y le dijo:

—Por favor, Brendan. Me ha dicho que estoy embarazada y que me cuide. Lo normal.

—¿Eso es todo?

Ella sonrió y le agarró la mano.

—Todo está bien. Todo va a salir bien. ¿Quieres dejar de preocuparte?

Brendan se sintió aliviado y se relajó.

—Lo intentaré. Pero después de lo que veo cada día, tendrás que aguantarme.

—Eso es lo mismo que Michelle me ha dicho.

A Brendan no le gustó que Michelle Kempner supiera que él se preocupaba demasiado. Pero sabía que las mujeres hablaban de otras cosas además de deporte.

—¿Cuándo has visto a Michelle?

—Hoy después de la cita. Hemos comido juntas.

Al menos Michelle estaría con ella cuando él no pudiera estar.

—¿Y de qué más habéis hablado?

—No mucho más. Sobre Nick y de lo bueno que es con Kelsey. De cómo le gusta eso de ser padre.

Brendan se sintió mal aunque esa no fuera la intención de Cassie.

—No me extraña. Es un sentimiento maravilloso.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Yo también voy a tener un hijo. Uno que no va a tener que luchar por sobrevivir —rezaría para que fuera así.

—Ah, Brendan, hay algo más.

Como sospechaba, ella no se lo había contado todo.

—¿Qué?

—Bueno… —ella miró a otro lado—. ¿Tienes que trabajar esta noche?

—No. Estaré aquí hasta por la mañana, a menos que haya una urgencia.

—Entonces, ¿vamos a dormir toda la noche juntos, en la misma cama?

—Eso parece.

Sintió un tirón en el pantalón y pensó que era Mister, pero vio que seguía dormido en su regazo. Era Cassie la que le levantaba el pantalón con el pie para acariciarle la pierna. Y también se le levantaban otras cosas.

—Supongo que estarás muy cansado después de trabajar veinticuatro horas seguidas —dijo ella.

—No estoy tan cansado.

—Si tú lo dices.

—Lo digo yo.

Ella se levantó despacio, se arrodilló para recoger sus zapatos y se encaminó hacia el pasillo.

Brendan se volvió y la miró.

—¿Dónde vas?

—A darme una ducha, y después a la cama.

—¿No vas a ver la televisión?

La sonrisa de Cassie lo volvía loco.

—Hoy no.

—¿No vas a cenar?

—He comido tarde y me he tomado algo de camino a casa. Además, no estoy hambrienta… de comida.

La mirada de «vente conmigo» le explicó a Brendan de qué estaba hambrienta. Y él también lo estaba, como si hubiera vivido en un planeta sin mujeres durante años. Esperaba que el sándwich que se había comido le diera la energía suficiente para mantener el fuego que Cassie había encendido en él.

Decidido a calmar sus deseos, le hizo una pregunta fundamental. Una pregunta muy importante.

—¿Qué te ha dicho el doctor de…uhmm…?

—¿Hacer el amor? —Cassie comenzó a desabrocharse la chaqueta que apenas cubría su vientre—. Me ha dicho, si te apetece, hazlo.

—Parece un buen plan.

—Estoy de acuerdo, doctor. ¿Te apetece ducharte conmigo?

Sí que le apetecía, pero tenía que calmarse un poco. Aunque estaba deseando hacer el amor con Cassie, aunque ella le había asegurado que todo estaba bien, tenía que tratarla con mucho cuidado.

El gato se quejó cuando Brendan se puso en pie y se acercó a Cassie. Le costó mucho contenerse para no terminar de desvestirla y poseerla allí mismo, sobre el suelo. Le dio un beso rápido en los labios y le retiró el pelo de la cara.

—¿Sabes qué? —dijo él—. Te espero en la cama.

—Me prometes que no te irás a ningún otro sitio.

Brendan la agarró de las caderas y la atrajo hacia sí.

—Cariño, si me fuera a otro sitio en estas condiciones, rompería todas las leyes de la decencia. Ella se fijó en el bulto de su pantalón y después puso un dedo justo en el lugar donde había mirado.

—Oh, creo que tienes razón.

El le retiró la mano y le besó la palma.

—Métete en la ducha, Cassie. Deprisa.

Cassie se dio una ducha más larga de lo esperada, porque quería desprenderse de toda la tensión acumulada. Quería que Brendan se excitara igual que ella estaba en esos momentos.

Después de frotarse de los pies a la cabeza, se secó y salió de la ducha desnuda. Se miró en el espejo que había detrás de la puerta y observó su vientre abultado desde todos los ángulos. Estaba sorprendida por cómo había engordado en tan solo unas semanas. Tenía los pechos más grandes, pesados y sensibles. Se miró por detrás y se percató de que el trasero no lo tenía más grande… todavía. Suponía que todo su cuerpo cambiaría para facilitar el nacimiento de sus hijos.

Se acarició el vientre y pensó en los gemelos. Odiaba no haberle dado la noticia a Brendan, pero después de lo que le había contado acerca de los gemelos que había atendido en el hospital, no tenía el valor de decírselo, no quería disgustarlo más. Quizá después de demostrarle que era capaz de hacer el amor estando embarazada, se lo diría. Al menos, para entonces ya habrían consumado el matrimonio.

Agarró una toalla y se envolvió en ella. Respiró hondo y abrió la puerta.

La luz del baño iluminó a Brendan. Estaba tumbado boca abajo, con la cabeza mirando hacia el baño y un brazo extendido en el lugar reservado para ella. Mister estaba acurrucado encima de la almohada de Brendan.

Cassie agarró al gato y lo sacó de la habitación. Cuando cerró la puerta, se sentó en el borde de la cama y observó a su marido. Sus pestañas oscuras, su boca relajada… Estaba desnudo de cintura para arriba, y el resto del cuerpo lo tenía tapado con la sábana. Ella se fijó en cómo su espalda se movía al ritmo de la respiración, y se dio cuenta de que estaba profundamente dormido. Nada bueno para ella, a menos que lo despertara.

Dejó caer la toalla al suelo, levantó el brazo de Brendan y se acostó debajo. Nada. El ni se movió. Al cabo de un momento, respiró hondo y se dio la vuelta alejándose de ella.

La frustración estaba a punto de acabar con el buen humor que tenía Cassie. ¿Qué debía de hacer? ¿Agitarlo para que despertara? ¿Gritar para llamar su atención?

Miró por debajo de la sábana y vio que no llevaba nada de ropa. Una buena caricia y quizá lo despertara, dejándolo preparado para continuar.

No estaba dispuesta a hacerlo, por mucho que lo deseara. Brendan estaba agotado. Necesitaba dormir. Cassie lo deseaba a él, pero ¿de qué serviría excitarlo y que le hiciera el amor medio dormido?

Lo dejaría dormir. Quizá se despertara al cabo de unas horas y cumpliera su promesa. Quizá lo despertara ella, si él no lo hacía solo.

Se tumbó de lado, se acurrucó contra él y apoyó el brazo sobre su cadera. Acercó el rostro a su cuello e inhaló el aroma a jabón y saboreó su calor.

Apoyó la mano sobre su pecho cubierto de vello y sintió el palpitar de su corazón. Una ola de sentimientos inundó su pensamiento, una ola acompañada de un amor tan profundo e infinito, que Cassie no pudo contener las lágrimas. No podía contener las lágrimas, y tampoco podía dejar de amar al hombre que tenía tan cerca de su cuerpo… y de su corazón.

En el silencio de la habitación prometió que se aferraría a la esperanza de que, algún día, él también llegaría a amarla.

Con la seguridad de que Brendan todavía dormía, Cassie besó su cálida piel y susurró:

—Te quiero, Brendan O'Connor.

Capítulo 7

El estridente timbrazo hizo que Brendan se despertara sobresaltado. Buscó el teléfono en la mesita de noche, pero no estaba allí.

Desorientado, miró el otro lado de la cama, donde una persona se acurrucaba bajo las sábanas. Despacio, fue despertándose.

Apoyó los brazos en sus rodillas, agachó la cabeza y maldijo su apretado horario, su estupidez. Recordó que había esperado a que Cassie saliera de la ducha, y que él se sentía eufórico, casi relajado, de no ser por el ardiente deseo que tenía de hacer el amor con Cassie. Estaba tan relajado que se había quedado dormido.

El teléfono sonó de nuevo. Se levantó por encima de Cassie, agarró el inalámbrico de la mesilla y contestó malhumorado:

—Diga.

—¿Esta mañana no eres el chico del buen humor?

—¿Qué hora es?

—La hora de que vengas aquí. Albers te necesita para atender un parto prematuro. Hay un verdadero caos en la unidad.

Brendan miró el reloj. Eran las cuatro de la madrugada. Había dormido seis horas, pero se sentía como si solo hubieran sido veinte minutos.

Cassie se movió a su lado, se puso boca arriba y estiró las manos por encima de su cabeza. La sábana se cayó hacia un lado, dejando al descubierto la curva de sus pechos desnudos iluminados por la tenue luz que entraba por la ventana. La tentadora imagen hizo que el cuerpo de Brendan reaccionara, y que él maldijera una vez más por tener que ir al hospital.

—¿No puede hacerlo nadie más, Millie? —el tenía otras cosas que quería hacer.

—Según el doctor Albers, tienes veinte minutos para llegar hasta aquí o te perderás el parto y tendrás que enfrentarte a tu jefe.

Brendan apoyó la frente en sus rodillas.

—Vais a conseguir que muera de agotamiento.

—No me eches la culpa a mí. Solo soy la mensajera.

—De acuerdo. Iré lo más pronto posible.

Colgó el teléfono sin dar oportunidad a que Millie respondiera y

lo tiró a los pies de la cama.

Miró a Cassie, y después a otro lado. ¿Cuánto tiempo llevaba allí acurrucada a su lado? ¿Cómo había podido quedarse dormido sabiendo que ella iba a acostarse con él para satisfacer el deseo de ambos? ¿Y por qué no lo había despertado? Quizá lo había intentado. O quizá había cambiado de opinión.

—Deduzco que te tienes que ir —dijo Cassie medio dormida y decepcionada.

El la miró durante solo un instante, para no poner en peligro su trabajo.

—Sí, por desgracia me tengo que ir.

Cassie encendió la lámpara de la mesilla, se incorporó y se apoyó en el cabecero de la cama. Tenía el cabello enredado y estaba muy sexy. Tenía los pechos grandes y relajados, una imagen muy agradable para unos ojos cansados. Una imagen que sería el fin del trabajo de Brendan si él no apartaba la vista de ella.

Antes de que él pudiera moverse, ella le acarició el antebrazo.

—¿Cuánto tiempo tienes?

—No mucho si quiero llegar a tiempo.

Cassie continuó acariciándole el brazo y Brendan la imaginó acariciándole otras partes del cuerpo.

—¿Tienes que llegar a tiempo?

—Si no quiero que me despidan, sí.

Ella se colocó de lado y lo miró, retiró la sábana y le mostró su cuerpo desnudo… la curva de su cintura, la de sus caderas, la parte cubierta de vello entre sus piernas…

—¿Estás seguro de que no tienes unos minutos?

Brendan solo estaba seguro de una cosa. Estaba a punto de perder el control y no podía hacer nada para evitarlo.

Se tumbó y abrazó a Cassie. Sus cuerpos se rozaron en los lugares adecuados. El cuerpo de ella era cálido, suave, y olía a flores. El de él estaba duro, y dispuesto a ignorar sus responsabilidades. Se besaron con desesperación y de manera apasionada. Brendan la agarró de las caderas y la atrajo hacia sí con fuerza. Cassie lo abrazó y colocó una pierna sobre su cadera. Estaban tan cerca que solo una cosa podía aproximarlos más. El acarició la humedad de su cuerpo hasta que ella comenzó a gemir. Brendan estaba al límite de abandonarlo todo y

entregarse a ese momento de placer. El ruido del teléfono chocando contra el suelo, lo hizo regresar a la realidad.

La soltó a regañadientes y se sentó en el borde de la cama cubriéndose la cara con ambas manos.

—Brendan —gimió ella.

—Lo siento. Tengo que irme —últimamente lo único que hacía con ella era disculparse. Suponía que debía de estar aburrida de oír «lo siento», igual que él estaba aburrido de tener motivos para decirlo. Estaba dispuesto a poner fin a esa situación esa misma noche, aunque eso supusiera decir que estaba enfermo. En cierto modo, lo estaba… estaba enfermo y cansado de tanta interrupción.

Brendan se puso en pie y se dirigió al baño. Antes de que abriera la puerta, miró a Cassie y se alegró al ver que se había tapado de nuevo.

—Voy a cambiar el turno con alguno de los otros médicos y trabajar todo el día. Te prometo que estaré en casa esta noche, toda la noche. Vamos a terminar esto, aunque tengamos que cortar el cable del teléfono.

Ella sonrió.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —abrió la puerta y preguntó—: Por cierto, ¿por qué no me despertaste anoche?

Ella se encogió de hombros.

—Creo que podía haber tirado una granada en la cama y que tú no te habrías movido.

—Debiste insistir más para que me despertara.

—Lo hice esta mañana, y con bastante éxito —sonrió de nuevo y lanzó una mirada a lo evidente.

El miró hacia abajo y sonrió.

—Sí, pero no te preocupes. No creo que ninguna parte de mí vaya a dormirse pronto.

—Espero que no.

—Te lo garantizo. Y será mejor que te prepares, Cassie O'Connor.

Su rostro se iluminó de alegría. Brendan se sorprendió al ver que algo tan fácil como llamarla por el nombre de casada la complaciera

tanto. Pero estaba más sorprendido de ver que a él le hubiera salido ese nombre con tanta naturalidad. Esa noche le demostraría lo mucho que significaba para él que ella fuera su esposa.

Al final, Brendan podía haber hecho el amor con Cassie y todavía habría tenido una hora libre.

En ese caso, el parto prematuro era uno de treinta y seis semanas. El bebé se tomó su tiempo para nacer y pesó siete libras. A saber cuánto habría pesado si hubiese esperado las cuatro semanas que le faltaban para completar el embarazo. Brendan pensó que la madre había tenido suerte de que el niño no naciera más largo, ya que la mujer no era mucho más grande que Cassie.

Cassie.

Solo podía pensar en ella mientras reconocía al bebé que acababa de nacer y que parecía estar muy sano. Aunque el parto no había sido de riesgo, Brendan comprendía que había que tomar todas las precauciones y por eso no se arrepentía de haber acudido al parto. Sí que le había molestado un poco que nadie más hubiera podido atender el parto para que él pudiera haber atendido a su esposa.

Pasara lo que pasara, Brendan estaba decidido a terminar el turno y a regresar a casa para acabar lo que había comenzado esa mañana. Lo que habían empezado dos días antes en el despacho de Cassie. Lo que ella había comenzado la noche en que lo besó meses atrás.

Cuando trasladaron al bebé al área de maternidad, Brendan interrumpió al doctor Anderson, que había asistido el parto.

—¿Tienes un minuto, Jim?

El médico sonrió aunque tenía cara de cansado.

—¿Qué quieres?

Brendan quería hacerle varias preguntas acerca del embarazo de Cassie, pero aquel hombre parecía agotado.

—No importa. Te llamaré más tarde. Parece que has tenido una noche muy dura.

—Así es. Tres partos desde las seis de la tarde.

Me estoy haciendo viejo para esto. Estoy pensando en arrojar la toalla esta primavera, al menos, los partos.

—No puedes hacer eso, todavía. Todavía tienes que asistir el nacimiento de mi hijo.

El doctor Anderson se subió las gafas.

—Te aseguro que ese no me lo perderé, Brendan. No todos los días se traen gemelos al mundo.

«Está claro que el doctor ha confundido a Cassie con alguien más», pensó Brendan.

—Por lo que yo sé, Jim, solo voy a tener uno. Anderson puso cara de extrañado.

—¿No te lo ha dicho Cassie?

—¿Decirme qué?

Anderson se quitó el gorro de quirófano y miró al suelo.

—Lo siento, Brendan. Suponía que ya sabías lo de los bebés.

Brendan no era capaz de articular palabra.

—¿Bebés?

—Sí. Dos. Ayer le hice la prueba de ultrasonido para confirmarlo.

Brendan se sintió traicionado, pero buscó una excusa para darle al desconcertado doctor.

—He trabajado durante casi dos días seguidos. Estoy seguro de que Cassie ha planeado algo especial para decírmelo esta noche —o quizá no había pensado en decírselo nunca. Esa idea hizo que Brendan se enfadara.

Anderson parecía aliviado.

—Probablemente tengas razón. De todos modos, si todo va bien, y no hay motivos para pensar lo contrario, los bebés estarán bien.

—Eso espero.

—Intenta no preocuparte demasiado, Brendan. Los dos sabemos que la mayoría de los partos múltiples, sobre todo los de gemelos, terminan bien. Además, todavía estás de luna de miel. Disfruta de la compañía de tu esposa. Cuando nazcan tus hijos, no vais a tener mucho tiempo de estar tranquilos.

—Sí, tienes razón. Pero no quiero hacer nada que pueda ponerla en peligro.

—No le harás ningún daño por hacerle el amor, si eso es lo que te preocupa —Anderson se rió—. Disfruta de eso también, mientras puedas. Este trabajo nos hace viejos antes de tiempo.

En esos momentos, Brendan se sentía mucho más viejo que de

treinta y tres.

—Gracias. Te dejo para que regreses al trabajo. Yo también tengo mucho que hacer.

Tenía que escapar y digerir la noticia que le acababan de dar.

Después de despedirse, Brendan se fue por el pasillo. Su ira aumentaba a cada paso. Su pasado se repetía, al menos en lo que a las mujeres se refería. Jill no le había dicho que estaba embarazada, y Cassie no se había molestado en decirle que iban a tener gemelos.

Más decidido que nunca a tener la noche libre, Brendan se dirigió al despacho de Albers para pedírsela. Tenía que llegar a casa a una hora decente para hablar con Cassie. Ella tenía muchas cosas que explicarle.

Cassie no esperaba que Brendan estuviera en casa cuando ella regresara del gimnasio.

Se había duchado después de entrenar, para que al llegar a casa le diera tiempo a preparar una cena especial, a maquillarse y a ponerse algo sexy antes de que llegara Brendan. Era evidente que Brendan había salido antes de lo esperado. Quizá estaba deseando verla, igual que ella a él. Quizá, la cena podía ser una pizza y mientras esperaban a que se la llevaran podían comerse el postre.

Cassie encontró la puerta abierta y a Brendan sentado en una butaca con una cerveza en la mano y la cara muy seria. «Ha debido de tener un mal día>», pensó ella. Ningún problema. Estaba dispuesta a hacerle olvidar todos sus problemas de manera muy creativa.

Después de dejar la bolsa sobre el sofá, Cassie se retiró el pelo mojado de la cara y sonrió.

—Eh, no esperaba verte hasta dentro de una hora.

Brendan permaneció sentado, y no sonrió al verla. Miró la bolsa del gimnasio y después la miró a los ojos.

—¿Dónde has estado? —preguntó enfadado.

—He ido al gimnasio con Michelle. Hemos entrenado un poco. El doctor Anderson me dijo que el ejercicio era bueno.

Brendan se echó hacia delante y colocó la cerveza entre sus piernas.

—No me dijiste adónde ibas.

—Creí que no hacía falta. Además, pensaba que llegaría a casa antes que tú.

—Qué más no me has contado, Cassie?

—Oh, por favor, Brendan. He corrido un rato en la cinta y he nadado unos largos. No me he excedido.

—Hoy he hablado con Anderson.

Cassie se quedó sin respiración, pero intentó sonreír.

—¿Sobre qué?

—Ya sabes sobre qué. Me has mentido.

El sabía lo de los gemelos. El temor y el arrepentimiento se apoderaron de Cassie. Sintió que le flojeaban las piernas y se apoyó en el sofá.

—Brendan, no te he mentido. Yo solo…

—¿No te has molestado en decírmelo? ¿Cuándo pensabas hacerlo? ¿Cuando nacieran?

Nunca había visto a Brendan tan enfadado. El fuego que desprendía su mirada y la ira de su tono de voz asustaron a Cassie. ¿Por qué había esperado tanto para decírselo? El retraso iba a estropear su noche y, quizá, lo estropearía todo.

—Pensaba decírtelo anoche, en la cama, pero te quedaste dormido.

El dejó la lata de cerveza en la mesa y miró a Cassie durante largo rato.

—Debías de habérmelo dicho en el momento en que te enteraste.

—Cómo se supone que iba a hacerlo, Brendan? No fuiste a la cita.

—Tenías que haberme llamado.

—¿Cómo? Ni siquiera te molestaste en decirle a alguien que me llamara para decirme dónde estabas. Es lo menos que podías haber hecho.

—Estaba trabajando, maldita sea. Ganándome la vida.

—Cuidando de todos los que te necesitan. De todos menos de mí.

El se levantó con brusquedad, con los puños cerrados a ambos lados.

—Eso no es justo, Cassie. Es mi trabajo. No tengo elección.

—Tienes muchas opciones. Solo que te da miedo escoger. Tienes miedo de que alguien, aparte de tus pacientes, te necesite porque te preocupa darte cuenta de que tú también necesitas a alguien. ¿Y eso te asusta, verdad?

Brendan puso una expresión que Cassie no supo identificar. Quizá era de culpabilidad. Cassie rió lo sabía, pero no le importaba. En esos momentos solo quería conseguir que él la comprendiera.

—Ponte en mi lugar, Brendan. Después de lo que me has contado durante los meses pasados acerca de tus pacientes, y de cómo me has tratado desde que te dije que estaba embarazada, no sabía cómo decírtelo para que no te preocuparas.

—No soy tan débil. Podía haber encajado la noticia.

Ella se arriesgó y se acercó un poco a él.

—¿Tú crees? Parece que no la estás encajando tan bien.

El dio un paso atrás.

—Me hiciste prometer que siempre seríamos sinceros el uno con el otro, Cassie.

—Yo lo intento, pero tú no. Te ocurre algo, Brendan. Algo que has enterrado tan hondo que no permites que nadie lo vea. Quiero saber qué es lo que hace que te entregues por completo a tus pacientes. ¿Qué es lo que te impide tener una relación con alguien más?

—Quizá ya no quede nada.

—No quiero creer eso.

—Bueno, te diré lo que quiero. Quiero… —miró a otro lado y se frotó la barbilla.

—¿Qué es lo que quieres, Brendan?

—Ya no lo sé.

Cassie se abrazó para intentar que el dolor que sentía no alcanzara su corazón.

—Te diré una cosa que es evidente. Tú no me quieres.

Cassie se alejó por el pasillo y entró en el dormitorio. Se quitó las zapatillas de deporte y las metió en el armario. Se detuvo y miró cómo la ropa de Brendan colgaba al lado de la suya. Para cualquiera, la imagen sería la de una pareja normal. Pero todo era falso, igual que aquel matrimonio.

—Lo siento, Cassie.

Cassie se sorprendió al oír la repentina disculpa de Brendan y al sentir que él la abrazaba. Él acercó la boca a su oído y susurró:

—Tienes razón. No puedo culparte por no habérmelo dicho —le dio un beso en la mejilla—. Pero te equivocaste en una cosa. Sí que te deseo —le acarició la oreja con la punta de la lengua—. No importa dónde esté, ni qué hora sea, solo pienso en hacer el amor contigo, en estar dentro de ti otra vez. Me estás volviendo loco.

Brendan la arrulló con sus palabras sensuales, pero ella seguía teniendo sus dudas y no pensaba ceder hasta que no estuviera convencida de que sus palabras no solo eran producto del deseo. Otros hombres la habían deseado antes que Brendan, pero solo desde un punto de vista físico. Ella había cometido el error de creer que cediendo ante la intimidad se podía cultivar el amor. No era cierto.

Cassie deseaba a Brendan en todos los aspectos. También deseaba más. Lo deseaba todo, incluso su corazón, su amor.

Cassie suspiró.

—Hacer el amor no hará que todo funcione entre nosotros, Brendan.

—Lo sé, pero es un comienzo.

Cassie quería creer que aquello podía ser cierto, que podía ser el comienzo. Que por hacer el amor tendrían una mejor relación emocional. Sin duda, eso le pasaría a ella, pero ¿y a Brendan? ¿Debía de arriesgarse para decepcionarse más tarde?

Brendan le acarició la barbilla con los nudillos.

—¿No podemos olvidarnos de todo esta noche? ¿No podemos solo estar juntos?

Era una idea tentadora. Después él le acarició los pechos y la atrajo hacia sí. Ella no podía resistirse, no podía resistirse a correr el riesgo.., si el abandonara la idea de que ella era tan frágil.

—Solo si me tratas como a una amante y no como a la madre de tus hijos.

—Quiero que seas mi amante. Te deseo, Cassie. Tanto que siento dolor.

—Entonces, demuéstralo.

La giró, le agarró la mano y, despacio, se la apoyó sobre el pecho, deslizándola después por el abdomen, hasta llegar al bulto de

su pantalón.

—¿Es esto una prueba suficiente?

Cassie lo acarició con el pulgar una y otra vez, y disfrutó al ver que Brendan comenzaba a perder el control, entornaba los ojos y separaba los labios. Ella se retiró y cerró la puerta del armario, después se apoyó en ella.

—Es una buena prueba, doctor. Ahora, ¿qué piensas hacer con ella?

Con los ojos oscurecidos por el deseo, Brendan recorrió el poco espacio que los separaba y se bajó la cremallera en el camino. Cassie pensó que iba a poseerla allí mismo, pero no fue así. El le quitó la sudadera y la volvió hacia la puerta. Después de desabrocharle el sujetador, ella se lo quitó, pero antes de que pudiera volverse para mirarlo, él la detuvo retirándole el pelo mojado de la espalda y besándosela. Le bajó los pantalones y la ropa interior y se los retiró de sus piernas temblorosas.

Después, la giró de nuevo y la besó de forma tan apasionada que consiguió que Cassie olvidara todas sus preocupaciones.

Brendan dejó de besarla y la tomó de la mano. La llevó hasta la cama y la sentó en el borde. Comenzó a desvestirse mientras ella lo miraba. Se quitó la camiseta y dejó su musculoso pecho al descubierto, mostrando el suave vello oscuro que se extendía entre sus pezones. Cassie observó cómo se quitaba los vaqueros y la ropa interior. Tenía las caderas estrechas, los muslos fuertes y cubiertos de vello masculino. Y, encima de ellos, la prueba absoluta de que la deseaba con locura.

Brendan se arrodilló ante ella. La besó en el cuello, en la barbilla y en los senos. Jugueteó con la lengua sobre sus pezones hasta que comenzó a gemir y su cuerpo le mostraba su deseo.

El se enderezó y puso una sonrisa sensual.

—¿Era eso lo que deseabas, Cassandra?

Ella asintió y contestó con un gemido.

Entonces, Brendan agachó la cabeza y comenzó a acariciarle los muslos con la lengua. Apoyó los labios sobre su vientre desnudo durante un largo rato, y cuando Cassie empezaba a pensar que él iba a cambiar de opinión, él murmuró:

—Túmbate.

Cuando ella obedeció, él le acercó las caderas al borde de la

cama y le separó las piernas para despertar sus deseos con el roce de su lengua y un beso íntimo.

A pesar de que Cassie intentó contenerse, no pudo evitar alcanzar el éxtasis. Comenzó a agitarse de forma incontrolada y se agarró al edredón.

Entonces, Brendan la agarró con sus fuertes brazos y la sujetó contra su cuerpo. La colocó frente a él y, tras ponerle la pierna sobre su cadera, la penetró con suavidad.

Ambos suspiraban y se movían a la vez. El la trataba con tanto cuidado, con tanta ternura, que Cassie tuvo que reprimir las lágrimas de felicidad.

Nunca se había sentido tan valorada, tan cerca de tener un hogar, tan cerca de ser alguien que le importaba a los demás… al hombre que amaba con todo su ser.

Brendan continuó acariciándola despacio, provocándole sensaciones que ella no sabía que existían. Ella quería sentirlo más cerca, entre sus brazos, contra su corazón.

Lo colocó encima suyo y contempló sus ojos llenos de preocupación.

—Cassie, peso demasiado.

Ella le cubrió los labios con un dedo para que se callara.

—Quiero sentirme más cerca de ti, Brendan. Quiero notar cada parte de tu cuerpo. No vas a hacerme daño, te lo prometo.

Cassie le atrapó la cintura con las piernas y, a cambio, liberó algo increíble y salvaje en el cuerpo de Brendan. Cada vez se movía con más fuerza, sus caricias eran más insistentes, sus besos más apasionados…

De pronto, Cassie sintió que se desbordaba y se convertía en fuego líquido. Brendan la siguió poco después, susurrando su nombre mientras llegaba al orgasmo.

Con Brendan entres sus brazos, ella cerró los ojos y permitió que las lágrimas rodaran por su rostro hasta llegar a donde se juntaban sus mejillas.

El la miró con preocupación.

—¿Te he hecho daño, verdad?

Ella sonrió.

—Al contrario, jamás en mi vida me había sentido tan bien.

Como si no la hubiese creído, Brendan se separó de ella y la abrazó contra su pecho.

—Nunca me perdonaré si he hecho algo que pudiera hacerte daño, a ti o a los bebés.

—No lo has hecho, así que deja de preocuparte. Solo estoy un poco sensible, eso es todo.

El le dio un beso en la frente.

—No me sorprende. Tienes doble dosis de hormonas.

Cassie no sabía que su repentina sensibilidad tuviera que ver con las hormonas, pero sí con el amor que sentía por él.

Se preguntaba cómo reaccionaría Brendan si se lo dijera, si le contara lo que sentía por él. Pero antes de que pudiera confesarle sus sentimientos, Brendan habló primero.

—Hay algo que quiero decirte, Cassie.

Su corazón se llenó de esperanzas, pero se desvanecieron cuando levantó la cabeza y vio que Brendan estaba tenso.

—¿Qué es?

—Se llamaba Blake William O'Connor —dijo él con un largo suspiro.

Capítulo 8

Brendan se enfrentó al repentino dolor que sentía, a la necesidad de escapar de los recuerdos. Pero no podía ocultarlo más tiempo. No sería justo. Cassie se merecía saberlo todo.

«Aquí no», pensó él. «En la cama no, con ella tan cerca». Le resultaría muy fácil hacerle el amor para olvidarlo todo, en lugar de enfrentarse al pasado. No podía hacer eso. Cassie debía de saber la verdad.

Retiró el brazo de debajo de ella y se levantó de la cama.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—Necesito beber algo —descolgó el batín de Cassie de detrás de la puerta del baño y le dijo—: Póntelo y acompáñame.

Brendan se puso los vaqueros y ella se puso el albornoz y lo siguió a la cocina. El se preparó un café solo y se sentó en la mesa frente a ella. Agarró la taza para intentar absorber su calor, pero no lo ayudó. Estaba helado hasta la médula, helado por los recuerdos que no quería revivir.

Cassie se cruzó de brazos y lo miró con expectación.

Brendan no sabía por dónde empezar, ni cómo decírselo. Se armó de valor y le dijo:

—Ocurrió hace trece años. Creía que lo había superado, pero cuando el bebé de los Neely estuvo a punto de morir me di cuenta de que no era así. Esa noche fui a tu casa, era el aniversario de la muerte de mi hijo. Murió cuando apenas tenía unas horas de vida.

Ella suspiró.

—Oh, Brendan, ojalá me lo hubieras dicho.

—No estaba preparado. Tampoco lo estoy ahora, pero ya es hora de que lo sepas.

Cassie le acarició el brazo.

—Tómate el tiempo que necesites.

Tenía todo el tiempo del mundo, y mucho que decir.

—No sabía que iba a tener un hijo hasta que Hado.

—¿Por qué no?

Brendan dio un largo trago de café.

—Su madre era mi novia cuando íbamos al instituto. Nos

separamos cuando yo estaba en el segundo curso de preparación a la carrera de medicina. La noche que yo le dije que lo nuestro se acababa, Jill estaba desesperada, y yo cedí. Un gran error. No utilizamos protección, como un par de idiotas.

—Erais unos críos, Brendan. Pero comprendo cómo debías sentirte por no saber lo de tu hijo. ¿Ella te explicó sus motivos?

—Probablemente eran los mismos motivos por los que tú no me dijiste lo de los gemelos. Yo puedo comportarme como un cretino, Cassie.

—Te equivocas, Brendan. Estás entregado a tus pacientes. No hay nada de malo en ello.

El la miró incrédulo.

—Considerando todo lo que te he hecho pasar, no sé cómo puedes decir eso. Entonces, la carrera era mi prioridad. Sacar buenas notas. Ahora es mi trabajo en la unidad. Nada ha cambiado.

—Han cambiado muchas cosas. Ahora eres un adulto.

El soltó una carcajada.

—¿Y qué excusa tengo? Sigo cometiendo los mismos errores. Tengo que salvar a los bebés, aunque no siempre pueda hacerlo. Pero para mí es muy importante lo que hago.

Cassie lo miró a los ojos.

—A lo mejor es porque nunca has llorado la muerte de tu hijo, y cada niño enfermo que tratas te lo recuerda. Has pasado por algunas etapas del luto, pero nunca has aceptado su muerte. Lo que pasó con Mónica Neely, el día del aniversario, sirvió de reactivo, Y mi embarazo solo ha servido para añadir leña al fuego.

—Eso lo entiendo, pero no hace que me resulte más fácil.

—Ya lo sé —ella miró a otro lado y después volvió a mirar a Brendan—. ¿Lo viste?

El no estaba seguro de querer hablar de ello, pero los amargos recuerdos invadieron su memoria.

—Sí, lo vi. Nació en el séptimo mes de embarazo, y pesó dos libras. Jill llamó a mis padres para decírselo, y ellos me llamaron a mí. Fui allí lo más pronto posible, pocas horas después de que hubiera nacido.

Brendan abría y cerraba el puño mientras recordaba.

—Fue extraño. Parecía perfecto, sus manos, sus pies… pero era


tan pequeño. No me dejaron sostenerlo.

—¿Por qué?

—Estaba muy enfermo. Y los padres de Jill no querían que yo estuviera allí. Me echaban la culpa a mí, y es posible que tuvieran razón.

—No, no la tenían —dijo Cassie—. Tú no sabías nada.

Brendan sabía que eso era cierto, pero también sabía que él no se había molestado en llamar a Jill, al menos para ver cómo estaba. Quizá, si lo hubiera hecho, ella le habría dicho que estaba embarazada. Quizá no.

—Ahora ya no importa, Cassie. Ya ha pasado y no puedo cambiar nada. Solo deseo…

Ella le acarició la mano.

—¿Qué es lo que deseas?

Brendan sintió un nudo en la garganta.

—Solo deseo haber estado allí cuando él nació. Antes de que naciera. Jill no recibió ningún cuidado durante el embarazo.

—¿Y crees que tú eres el responsable de eso?

—Sí. Yo debía haber estado en contacto con ella. Decirle que lo sentía.

—¿La… la querías?

—En un momento dado creí que la quería. Pero una vez que nos separamos, me di cuenta de que era más el capricho de un adolescente que verdadero amor. Eso es lo que nos metió en problemas.

Cassie sacó una servilleta y comenzó a doblarla.

—Por eso fuiste tan duro con los Kinsey.

—Sí. Es muy duro ver que unos críos cometen el mismo error que yo cometí. A veces, me gustaría poder retroceder en el tiempo, empezar de nuevo, pero sé que no puedo.

—No, no puedes. Lo que está hecho, hecho está —ella lo miró con tranquilidad. Brendan reconoció que estaba desempeñando su trabajo como consejera.

—Todo es muy irónico. Estuve con él cuando respiró por última vez, pero no estuve la primera vez que respiró, y he tenido que vivir con ello durante trece años.

Cassie le agarró la mano y se la besó. El la miró y vio que las

lágrimas inundaban sus ojos.

—Lo siento, Brendan. Pero me alegro de que me lo hayas contado.

—Quizá no haya sido buena idea. Ahora te has puesto triste.

—Por supuesto que estoy triste. Si a ti te entristece, a mí me entristece.

—No es tu problema, Cassie. Es el mío.

Ella le soltó la mano y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Pero afecta a nuestra relación. Ha afectado a todo lo que tú has hecho. Por eso elegiste esa carrera, por eso tienes miedo de que les pase algo a nuestros hijos… Pero vas a tener que superarlo.

Ojalá pudiera hacerlo. Pero no podría superarlo hasta que no viera que sus hijos nacían sanos.

—Lo intento, pero tienes que comprenderlo. Estás en una situación de alto riesgo. El embarazo puede ir mal.

—¿Y no podría ir todo bien?

—Sí, es posible. Es lo más seguro. Pero no puedo evitar preocuparme. Quizá tener gemelos sea mi castigo.

—¿Castigo? —Cassie alzó la voz enfadada—. Siento mucho que consideres que nuestros hijos son un castigo.

Cielos, él odiaba no poder controlar sus palabras.

—No quería decir lo que he dicho.

Cassie retiró la silla y se puso en pie.

—Vamos a dejar una cosa clara. Yo no te he atrapado como hizo tu novia adolescente, Brendan. Yo no quería que esto sucediera, pero ha ocurrido, y me alegro. Quiero a los niños que llevo en el vientre con todo mi corazón, y sé que nuestros hijos no podrán reemplazar al tuyo. Pero no importa a cuántos niños salves, no podrás revivir a tu hijo.

—Eso ya lo sé, maldita sea.

—¿Sabes lo que yo sé? Que soy tan culpable como tú, en lo que se refiere al pasado. He vivido con un padre que me culpabiliza porque mi madre lo abandonara. Toda mi vida he intentado complacerlo, demostrarle que me merezco su amor. ¿Y sabes qué? Estoy cansada de intentar convencer a todos los hombres de mi vida de que yo también tengo carencias.

Brendan se estremeció al oír que Cassie lo comparaba con su padre, un hombre que no había conseguido darle a Cassie lo que necesitaba en su infancia. Lo mismo que él estaba haciendo, fracasar a la hora de ofrecerle lo que ella necesitaba.

Cassie colocó una mano sobre su vientre.

—No considero que este embarazo sea un castigo, Brendan. Lo considero un regalo, y espero que algún día tú lo veas de la misma manera, a pesar de lo que suceda entre nosotros.

Con esas palabras, se dio la vuelta y se dirigió a su habitación, dejando a Brendan a solas con su remordimiento.

Por el amor de Dios, ella era su esposa. Aquella noche se había convertido en su esposa de verdad, en todos los sentidos. Pero, a cambio, había perdido a su mejor amiga.

Brendan apoyó la cara sobre sus manos y luchó contra la ola de sentimientos que lo invadían y contra las lágrimas que nunca había derramado por la muerte de su hijo. Pero no permitió que salieran, por miedo a que silo hacía no pudiera parar de llorar jamás.

Cassie no podía dejar de pensar en lo que Brendan le había contado, a pesar de que tenía suficiente trabajo como para estar entretenida. Se sentía triste por muchos motivos. Se lamentaba por la muerte del hijo de Brendan, por el hombre maravilloso que vivía en una prisión que él mismo se había construido, por las pocas esperanzas que le quedaban de que su matrimonio sobreviviera.

La noche anterior, él no había regresado a la cama. Por la mañana, ella lo encontró dormido en el sofá y decidió no despertarlo. No quería oír sus disculpas, quería que se comprometiera en su matrimonio. Y ella empezaba a pensar que quizá eso no sucedería nunca.

Cassie se había prometido no abandonar, ¿pero cómo podía cumplirlo si él mismo había abandonado? ¿No sabía lo mucho que lo apreciaban en el hospital? ¿Lo mucho que ella lo apreciaba? ¿No se daba cuenta de lo mucho que lo amaba?

Había estado a punto de decírselo, y se arrepentía de no haberlo hecho. No porque hubieran cambiado las cosas. No importaba lo mucho que ella lo amara, Brendan tenía que quererse a sí mismo. Ella no quería tirar la toalla, pero tampoco quería permanecer alejada del corazón de Brendan, igual que lo había estado del de su padre. Tampoco podía soportar la idea de vivir sin él, pero a veces pensaba que era su último recurso.

Quizá si ella no estuviera disponible, él se daría cuenta de que

merecía la pena luchar por lo que tenía. Quizá entonces la echaría de menos lo bastante como para querer que regresara. O quizá no.

A pesar de que había tomado la decisión de hacer que Brendan reaccionara, Cassie contestó el teléfono en cuanto sonó, deseando que fuera él.

—Señora O'Connor?

No podía negar su desilusión al oír la voz de una mujer.

—¿Sí?

—Soy Nancy, del área de urgencias. Han ingresado a su padre, es probable que sea por infarto de miocardio.

Un ataque al corazón. Cassie agarró el auricular con fuerza y trató de contener las náuseas.

—¿Es grave?

—Todavía no lo sabemos. Van a hacerle pruebas para ver en qué grado le ha dañado el corazón. El doctor Granger está con él.

—Voy para allá.

Cassie salió de su despacho y se dirigió a Urgencias. Si alguna vez había necesitado a Brendan, era en esos momentos. Pero no iba a llamarlo. Se ocuparía de su padre ella sola. Y se ocuparía de Brendan más tarde.

Brendan le dio la gráfica a Millie y movió los hombros para tratar de relajarse. Estaba preocupado por el nivel de oxígeno en sangre de uno de sus pacientes.

—¿Cuál es el nivel del bebé de los Rosenfield?

—Ochenta y nueve.

—Tómale una muestra de sangre. Van a traer a un bebé nuevo. Asegúrate de que le hayan hecho análisis de hematocritos, la madre es diabética. Y dile a Albers que me voy a tomar un descanso o no le haré bien a nadie.

Brendan se dirigió a la sala de descanso. Tenía que llamar a Cassie, ver si se encontraba bien. Ver si todavía hablaba con él después de lo que había sucedido la noche anterior. El había ido a trabajar al mediodía, y había estado a punto de pasar por su despacho. Pero había decidido no hacerlo. No quería disgustarla mientras estaba en el trabajo. Al menos podría ver si estaba enfadada por teléfono, y a lo mejor ella accedía a quedarse por allí hasta que él pudiera salir a la hora de cenar. Tenían mucho de qué hablar, y él ya sabía lo que tenía

que hacer si quería solucionar las cosas.

Entró en la sala de descanso, descolgó el teléfono y marcó su extensión. No tuvo suerte, la operadora le pasó la llamada a la recepcionista del área de servicios sociales.

—Quiero dejarle un mensaje a Cassie O'Connor.

—Ella no regresará esta tarde.

Brendan miró su reloj. Eran las cinco de la tarde y Cassie nunca se marchaba antes de las seis.

—¿Se ha ido a casa?

—No.

—¿Mire, soy su marido. Le ha dicho adónde iba?

—Oh, doctor O'Connor —dijo ella—. ¿No lo sabe? Cassie está en el área de urgencias. Está…

Brendan colgó el teléfono, salió corriendo y entró en el ascensor justo antes de que se cerraran las puertas. Apretó el botón para ir a la primera planta y sintió que el pánico se apoderaba de él. A Cassie le había pasado algo, y él no podía evitar pensar que había sido su culpa. Una vez más.

—¿Está mi mujer aquí? —le preguntó al enfermero de la recepción.

—¿Quién es usted?

—Soy el doctor O'Connor. Mi esposa es Cassandra. Cassandra O'Connor.

El enfermero se giró en la silla y miró el tablón:

—No tengo a ninguna O'Connor en la lista.

—Está embarazada. Quizá la han enviado a la planta de obstetricia.

—No hemos hecho ninguna admisión para esa planta. Y llevo aquí desde las tres.

Nada tenía sentido.

—Trabaja aquí como trabajadora social. En su despacho me dijeron que estaba en Urgencias, así que mire otra vez.

—Ah, ya recuerdo. Debe de estar en la sexta planta. Han ingresado a su padre, Coy Allen.

Brendan suspiró aliviado.

—Gracias.

Se dio la vuelta y se dirigió al ascensor una vez más. Su preocupación había disminuido un poco al saber que Cassie estaba bien, pero seguía preocupado por si el hecho de que su padre estuviera enfermo la afectaba.

¿Por qué diablos no lo había llamado? El sabía la respuesta a esa pregunta. Era probable que no quisiera verlo. Mala suerte. Tenía intención de hacerle ver que iba a estar cerca de ella, quisiera o no.

Una vez que llegó a la planta de cardiología, buscó a Cassie y la vio hablando con Jared Granger.

Se acercó a ellos y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

Cassie se sorprendió al verlo.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Lo he averiguado después de preguntar en varios sitios —miró a Jared y le tendió la mano—. ¿Te ocupas tú del padre de Cassie?

Jared le estrechó la mano.

—Sí. Ha sufrido un infarto. Ahora está estable. Le estaba diciendo a Cassie que quiero hacerle un bypass. Tiene bastante obstruidas las cuatro arterias. Quiero ocuparme de ello antes de que sufra otro infarto.

—¿Vas a hacerlo esta noche?

—Sí. Estoy a punto de entrar en quirófano. El estará preparado enseguida.

—¿Puedo verlo primero? —preguntó Cassie.

—Está bastante desorientado, pero puedes entrar unos minutos —dijo Jared.

—No estaré mucho tiempo. Solo quiero verlo por si… —miró a otro lado.

Jared le dio una palmadita en el brazo y Brendan la miró. Deseaba abrazarla y decirle que todo iba bien. Pero no era cierto. Ella parecía cansada, nerviosa, y más que enfadada porque Brendan hubiera aparecido allí.

—En cualquier operación existe un riesgo, Cassie —dijo Jared—. Pero, si todo va bien, no pasará nada. Mandaré a alguien para que te informe de cómo van las cosas. Espera allí —estrechó de nuevo la

mano de Brendan y se marchó.

Cassie tenía el rostro tenso y la mirada cansada. Brendan sabía que todo ese estrés la afectaba no solo físicamente, sino también emocionalmente.

—¿Por qué no te sientas un momento? —dijo él.

Ella le echó una mirada fulminante.

—Estoy bien, Brendan. Puedes regresar a tu trabajo.

Tenía que regresar. Las enfermeras estaban esperando las instrucciones para tratar a varios pacientes. Nadie sabía adónde se había ido. Pero no quería dejar a Cassie hasta que no se asegurara de que todo estaba bien, de que ella estaba bien.

—Esa operación va a llevar varias horas. ¿Por qué no te vas a casa un rato y descansas? Te mantendré en contacto con quirófano.

—No voy a ir a ningún sitio. No me marcharé hasta que salga de la operación.

—Eso puede ser pasada medianoche. Dudo que anoche durmieras mucho. Tienes que descansar.

—Tengo que ver a mi padre. Tengo que hablar con él.

Brendan no pudo contener su frustración.

—Necesitas cuidar de ti misma, Cassie. Es probable que él no recuerde que has estado aquí.

—No importa. Lo hago por mí, igual que por él.

—¿Por qué? ¿Crees que lo que vas a decirle cambiará la forma en que él te trata?

—Quizá no, pero me sentiré mejor. Quiero que sepa que, a pesar de toda la basura que hay entre nosotros, sigo queriéndolo.

—¿Y crees que si lo quieres lo suficiente, conseguirás que te quiera él a ti?

Cassie se apoyó en el respaldo de una silla. Su expresión era más sombría que antes.

—De hecho, no creo nada de eso. Sé que eso no es cierto. También me he dado cuenta de que por mucho que yo te quiera, Brendan, y te quiero, tú no vas a quererme. Por eso he llegado a una conclusión acerca de este matrimonio.

Brendan se sentía como si le hubieran clavado un cuchillo en el estómago.

—¿Qué decisión?

—Quiero que te vayas de mi casa. Sé que no quieres estar conmigo y no quiero que sientas que yo te retengo. Eres libre para marcharte. No impediré que veas a tus hijos, pero no puedo continuar viviendo así.

—Pero…

—No hay nada más que decir. Ahora tengo que entrar a ver a mi padre —se volvió y se alejó por el pasillo.

Brendan se quedó de piedra al oír las palabras de Cassie, tanto por la declaración de amor como por su insistencia para que saliera de su vida. Pero, ¿qué podía esperar? No le había dado nada más que dolor. Ella se merecía algo mejor. El no se merecía su amor. Pero la idea de separarse de ella hacía que le doliera el pecho.

Se dejó caer en una silla y cerró los ojos para intentar borrar la imagen de Cassie de su cabeza. Sin embargo, recordó los momentos que habían compartido como buenos amigos, y como amantes. El no quería que lo amara. No se merecía esa clase de compromiso. Pero no podía imaginarse la vida sin Cassie, aunque probablemente había destruido la poca confianza que ella tenía en él. No era de extrañar, puesto que él no creía que pudiera convertirse en el hombre que ella necesitaba.

Aun así, tenía que convencerla de que no podía vivir sin ella. Tenía que encontrar la manera de decirle lo que sentía su corazón, si es que ella decidía darle otra oportunidad.

—¿Papá? —Cassie movió el brazo de su padre con cuidado. Él estaba tumbado en una camilla y tenía la piel colorada y los músculos flácidos. Estaba quieto, parecía indefenso, nada parecido al hombre fuerte con el que había crecido.

Abrió los ojos y arqueó las cejas al intentar centrar la vista en Cassie.

—¿Cassie?

—Sí, soy yo. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera pasado un camión por encima.

Intentó sentarse y ella lo detuvo.

—Quédate quieto. Están a punto de meterte en quirófano.

Sorprendentemente, él sonrió.

—Debe ser difícil para ti estar aquí jugando a las enfermeras con

tu padre.

—Estaba en el trabajo cuando me llamaron. He hablado con el médico. Me ha dicho que todo iba a salir bien.

—Puede ser, pero no apostaría nada.

—Tienes que pensar en positivo. Concéntrate en ponerte bien.

—Puede que no sea así.

—No digas eso.

—Piensa lo que quieras.

—Tienes que dejar de ser tan cabezota.

El soltó una carcajada.

—Es un poco tarde para cambiar eso —tomó aire y lo soltó despacio—. Antes de que me operen, quiero decirte algo.

Cassie esperaba que le echara una bronca y decidió mantener la calma.

—Ahora no tienes que hablar. Tienes que descansar.

—Maldita seas, pequeña. Voy a decirte esto, y me vas a escuchar. Tengo que decírtelo por si no salgo vivo de esta.

—Vale, papi, no te sulfures.

—¿Qué has dicho?

—Qué no te disgustes.

—Quiero decir, ¿cómo me has llamado? Papi. ¿Sabes cuándo fue la última vez que me llamaste así?

Cassie negó con la cabeza. Por lo que ella recordaba, siempre lo había llamado papá.

Su padre cerró los ojos y los volvió a abrir despacio.

—Creo que tenías ocho años. Te compré la bici rosa que tanto me pedías, esa que tenía banderines colgando del manillar. Estuve toda la noche de Navidad montándotela. Y cuando la viste, me dijiste que ibas a ganar a todos los chicos de la manzana.

Cassie sonrió.

—De eso me acuerdo.

—Eras muy independiente. Incluso de bebé. Tenía que pasearte por la habitación toda la noche porque se te metió en la cabeza que no querías dormir. Creo que no dormiste una noche seguida hasta que no

tenías dos años. Tu tía Vida decía que dormías durante casi todo el día para estar despierta con tu padre cuando llegara a casa. Esa mujer estaba loca.

Cassie comenzó a darse cuenta de que su padre sí se había preocupado por ella, y de lo difícil que debió resultarle criar a una niña solo. ¿Dónde se habían torcido las cosas?

—Siento no haberte dejado dormir —dijo Cassie.

—Por aquel entonces me caías muy bien, antes de que decidieras que ya no querías que te sostuviera en brazos. Eras muy cabezota, igual que tu… —tomó aire y se puso la mano en el pecho.

El pánico se apoderó de Cassie.

—¿Estás bien, Papi?

—Me ha entrado otra vez el dolor.

—¿Quieres que llame a la enfermera?

—No. Ninguna operación me quitará este dolor. Mi madre siempre me decía que no había que marcharse de este mundo sin terminar las cosas, así que tengo que decirte esto —tomó aire y lo soltó despacio—. He sido muy duro contigo, Cassie, pero quiero que sepas que no se me da bien expresar mis sentimientos, y que esto me resulta muy difícil, pero tengo que hacerlo.

—Puedes hacerlo más tarde.

—Puede que no haya un más tarde —se incorporó un poco y la miró a los ojos—. Cuando tenía once años decidiste que va no me necesitabas, así que te dejé. Tenía miedo de estar muy unido a ti. Cuando tu madre me abandonó, casi me muero. No podía soportar la idea de perderte a ti también, así que me mantuve alejado de ti. Ahora sé que por eso te metiste en problemas con ese chico. Pero la cosa es… —miró a otro lado—. Eres la única persona que tengo en este mundo o, al menos, la única con la que puedo contar. Quizá sea demasiado tarde para decirte esto, y no te culparé si no me perdonas por ser tan canalla, pero yo… —se pasó la mano por los ojos y, de nuevo, miró a otro lado.

Cassie comenzó a llorar.

—Yo también te quiero, Papi.

Llegó una enfermera y les dijo que iban a llevarlo a quirófano. Cassie se secó las lágrimas con la manga de su chaqueta y esbozó una sonrisa para su padre, un hombre al que había querido odiar pero al que no odiaba. Un hombre al que todavía amaba, a pesar del daño que

le había causado.

—Ahora compórtate, Coy Allen. Nada de molestar a las enfermeras, ni de fumar en el quirófano. Cuando salgas, te estaré esperando.

Cassie se retiró de la cama, pero no antes de que su padre le agarrara la mano.

—Sabes conseguir lo que quieres, Cassie. Pero soy lo bastante cretino como para volver y causarte más dolor.

Ella se rió y las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos.

—Más te vale —se echó a un lado y permitió que los celadores se llevaran a su padre.

Cassie trató de seguirlos, pero una enfermera la detuvo en el pasillo.

—No puede pasar, así que, ¿por qué no se sienta en la sala de espera? El doctor Granger la mantendrá informada.

Cassie tuvo la sensación de que la habitación daba vueltas y, de pronto, se le nubló la vista.

—Creo que es una buena idea.

—¿Señora O'Connor, está usted bien?

—Estoy un poco mareada.

La enfermera la agarró y la acompañó hasta una silla.

—¿De cuántos meses está? ¿De cinco?

—Casi de cuatro. Voy a tener gemelos.

—¿Gemelos? Acompáñeme.

Cassie se levantó apoyándose en el brazo de la enfermera.

—¿Adónde vamos? —preguntó con las piernas temblorosas.

—A la sala de urgencias.

Capitulo 9

—¿Siente algún dolor?

Cassie miró al doctor y le pareció demasiado joven para ser un especialista en obstetricia. Tenía el pelo oscuro y recogido en una coleta y un aro dorado en una de las orejas. Vestía camisa y vaqueros, y por encima llevaba la bata del hospital que contrastaba con su piel morena y sus ojos color topacio. Hasta su nombre era exótico, se llamaba Río Madrid.

Lo había llamado el doctor Anderson personalmente, así que Cassie confiaba en que sabía lo que hacía.

—Estoy un poco mareada, eso es todo.

—Normal. Tiene la tensión alta.

Cassie tragó saliva para deshacer el nudo que sentía en la garganta.

—¿Están bien los bebés?

—No tengo motivos para pensar que no lo estén. No tiene ningún síntoma que pueda indicar lo contrario, pero tengo que hacerle más pruebas para asegurarme. ¿Ha tenido hipertensión alguna otra vez?

—No, nunca. Será de los nervios. A mi padre le están haciendo una operación a corazón abierto en estos momentos —«le he dicho a mi marido que me deje en paz», pensó Cassie, y continuó hablando—. Estoy segura de que en cuanto él esté bien me bajará la tensión.

—Puede ser, pero no se va a ir a ningún sitio hasta que no le hagan unos análisis de sangre y un ultrasonido.

—Tengo que regresar a…

—Tiene que quedarse tumbada en la cama durante un rato hasta que nos aseguremos de que todo va bien.

Cassie no pudo contener las lágrimas. Se sentía frustrada, tenía miedo y estaba sola.

El doctor Madrid estaba a los pies de la camilla y tenía su historial en la mano.

—Trate de tranquilizarse, si puede. Es mejor que no se disguste, por el bien de los bebés.

—Lo siento, doctor, pero estoy preocupada por mi padre y mis hijos —preocupada por Brendan. Iba a ponerse muy nervioso cuando se enterara de lo que había pasado.

—He llamado a su marido a la unidad de neonatología.

—¡No! —Cassie no podía enfrentarse a Brendan en esos momentos. Con solo mirar sus bonitos ojos verdes, no podría evitar pedirle que volviera. No podía hacerlo, al menos no en esos momentos. No hasta que hubiera tenido tiempo para pensar—. Quiero decir, no hay que preocuparlo.

—Ya está de camino.

—No quiero verlo.

El doctor entornó los ojos y la miró con curiosidad.

—¿Problemas?

—Suponga que sí.

—De acuerdo, es su decisión. Si cree que va a ponerse más nerviosa al verlo, entonces no dejaré que entre hasta que usted me diga lo contrario.

Ella se secó las lágrimas con una mano. Odiaba llorar en momentos como ese, pero, sobre todo, odiaba desear de todo corazón que Brendan estuviera allí, sabiendo que era mejor que se mantuviera alejado de ella, al menos, de momento.

—Gracias.

—Entretanto, intente relajarse. Enviaré a alguien para que le saque sangre.

En ese momento, una enfermera se asomó por la puerta.

—El doctor O’Connor está aquí, doctor Madrid. Creo que es mejor que salga a hablar con él.

—Ahora salgo —dijo, y le dio una palmadita en el hombro a Cassie—. Descanse un rato. Yo me ocuparé de su marido.

—Buena suerte.

Cassie tenía la sensación de que el doctor iba a necesitar mucha suerte. Pero, claro, ella también. Si le ocurriera algo a los bebés… Decidió no pensar en ello. No quería pensar en que aquella noche podía suceder más de una fatalidad. Sus hijos estaban bien. Ella no perdería la esperanza, aunque ya había perdido la esperanza de que Brendan llegara a amarla.

Brendan buscó a Cassie por la sala de urgencias. Cuando llegó al tercer cubículo, un hombre que no conocía salió a su encuentro.

—¿Es usted Brendan O’Connor?

—Sí.

El chico era más bajo que Brendan, pero consiguió bloquearle el paso.

—Me llamo Rio Madrid.

Brendan no estaba de humor para ser amable, pero le estrechó la mano.

—Estoy buscando a mi esposa.

—Yo me ocupo de ella.

—¿Es usted médico de urgencias?

—No. Soy especialista en obstetricia.

—Jim Anderson es el especialista que trata a mi mujer.

—Y yo soy el nuevo colega de Jim Anderson. Comencé a trabajar ayer. Esta noche estoy de guardia.

El chico parecía más un ciclista que un doctor. ¿Y qué clase de nombre era eso de Rio Madrid? Parecía un complejo turístico.

—Anderson lleva el seguimiento de su embarazo. Si ocurre algo malo…

—Tiene un poco de hipertensión, pero no tiene edema, ni nada que pudiera indicar preclampsia. Estoy esperando el resultado de un análisis. Quiero dejarla en observación durante unas horas. Si todo va bien, mañana podrá irse a casa.

Brendan se sintió un poco aliviado, pero no se quedaría convencido hasta que no viera a Cassie.

—¿Dónde está?

El médico señaló hacia atrás.

—En la sala de observación. Dentro de poco la trasladaré a maternidad.

—Quiero verla.

—Me temo que no podrá verla. Está muy nerviosa.

—Claro que tiene que estarlo. Su padre está enfermo.

—También me ha dicho que no quiere verlo.

Brendan sintió una mezcla de enfado y remordimiento.

—Cambiará de opinión.

—Si lo hace, lo avisaré.

—No puede prohibirme que esté con ella.

—Claro que puedo —Madrid le echó una mirada fulminante—. Escuche, amigo, está en mi territorio, así que hará lo que yo le diga. Su esposa no quiere verlo, de momento, así que puede regresar al trabajo o quedarse en la sala de espera hasta que ella cambie de opinión, si es que lo hace. ¿Comprende?

«Maldita sea», pensó Brendan.

—Necesito estar con ella.

—Lo comprendo, pero no quiero que ella se disguste más. Yo la cuidaré bien.

Resignado ante el hecho de que aquella noche no vería a Cassie, Brendan se dio la vuelta para marcharse. Tenía que salir de allí.

—O'Connor —Madrid lo llamó antes de que saliera.

—¿Sí?

—No es asunto mío, pero pase lo que pase entre ustedes dos, será mejor que lo solucionen pronto, por el bien de su esposa y sus hijos.

Brendan tuvo que contener su enfado. Aquel hombre no le decía nada que él no supiera. Pero, ¿cómo iba a solucionarlo si Cassie no quería verlo?

Al ver que Brendan no contestaba, Madrid añadió:

—No es tan malo perder el orgullo como perder a alguien que se ama. Me da la sensación de que su esposa es alguien que merece la pena —después se dio la vuelta y se marchó por el pasillo.

«Es una tontería ponerse celoso en un momento así», pensó Brendan, pero no podía evitarlo. También sabía que el consejo que le había dado Madrid era cierto. Tenía que olvidarse del orgullo, del miedo, y decirle a Cassie todo lo que sentía por ella. Dejar de evitarla. Pero no podría hacerlo si ella continuaba evitándolo a él.

Brendan no sabía qué hacer, ni qué pensar, así que regresó al lugar donde se sentía mejor, con los pacientes que lo necesitaban, ya que su esposa creía que ya no lo necesitaba.

Brendan se detuvo en la sala donde ingresaban los bebés que habían salido de la unidad de cuidados intensivos. Millie estaba junto a una cuna, hablando con otra enfermera. Ella lo miró y le dijo:

—Doctor O'Connor, Albers ha cubierto su puesto. No tenía por qué regresar.

—Lo sé, pero está todo bien —mintió.

—Entonces, ¿Cassie está bien?

—Tiene la tensión alta, pero es a causa de los nervios. Van a dejarla en observación durante la noche, y puesto que yo no voy a marcharme, será mejor que haga algo útil.

Millie señaló a un bebé que no paraba de llorar.

—Quizá podría hablar con la pequeña Mónica. No está muy contenta. Creo que va a poner algunas quejas antes de marcharse mañana. Quiere asegurarse de que no la olvidaremos.

Brendan no iba a olvidar a la pequeña. Habían pasado muchos sufrimientos juntos. Se acercó a la cuna y puso la mano sobre su pecho.

—Hola, pequeña, ¿qué te pasa? —ella dejó de llorar un momento y después comenzó de nuevo.

—Quiere que la tomes en brazos —dijo Millie—. Su madre no tiene que venir a darle de mamar hasta dentro de media hora. Y no le gusta el chupete.

—No me extraña —dijo Brendan al ver el chupete de goma.

—¿Por qué no lo haces?

—Meterme un chupete en la boca no es lo que más me apetece.

—Me refería a tomarla en brazos. Como un hombre, no como un doctor. Siéntate en la mecedora de la sala y haz de papá. Además tienes que practicar.

Brendan miró al bebé, tenía la cara roja de tanto llorar. El también sintió ganas de llorar, pero no lo haría. No podía hacerlo.

Agarró a la pequeña y la llevó junto a su hombro. Dándole palmaditas en la espalda, la llevó hasta la zona reservada para madres y se sentó en una mecedora.

Colocó a la pequeña en el hueco de su brazo, y comenzó a hablar. La pequeña se calló enseguida.

—Sí, sé lo que estás pensando, aquí llega el señor este con el equipo de tortura. Te prometo que no tengo ni agujas ni nada. Puedes registrarme si quieres.

La niña gimoteó un momento pero continuó mirándolo. Brendan siguió meciéndola y ella cerró los ojos. La colocó de nuevo sobre su hombro, echó la cabeza hacia atrás y también cerró los ojos, disfrutando del cálido aroma a bebé que emanaba de la pequeña.

Recordó otro tiempo, otro momento, otro niño. Un niño tan pequeño que entraba en la palma de su mano. Un niño con el pelo igual de oscuro que el suyo. Un niño al que solo había podido mantener en su corazón.

Brendan trató de imaginar lo que habría sentido al tomar en brazos a su propio hijo. Si al menos le hubieran dado la oportunidad de despedirse de él.

Entonces, pensó en Cassie, en todo lo que ella le había aportado en su vida, en cómo se había asustado cuando se enteró de que ella estaba en urgencias, jamás se había asustado tanto en su vida. Más que la noche en la que perdió a su hijo. Si a Cassie le sucediera algo, él nunca podría vivir en paz. No podía imaginar la vida sin ella.

Lo cierto era que temía más perderla a ella que la posibilidad de perder de nuevo a sus hijos. Sin Cassie, nada tendría sentido. Nada de lo que él hacía en el trabajo serviría sin su amistad, sin su risa… sin su amor.

Brendan se sentía completamente solo, a pesar de que tenía al bebé entre sus brazos. Lo inundó un sentimiento de amargura, sentía un profundo dolor, y por primera vez en trece años, sus ojos se llenaron de lágrimas y él no trató de contenerlas, sino que permitió que fluyeran con libertad.

En el silencio de la sala, Brendan lloró la muerte dé su hijo. Lloró por la posibilidad de perder a Cassie. No sabía qué podía hacer. Cassie lo era todo en su vida, pero él había tenido miedo de decírselo. Y quizá, ya era demasiado tarde.

Al oír las voces de alguien que se acercaba, Brendan se secó las lágrimas. Al moverse, el bebé lloriqueó.

—¿Doctor O'Connor?

Brendan levantó la vista y vio a la señora Neely sonriendo.

—Debe ser la hora de darle de mamar —dijo Brendan.

—Sí, lo es —la señora Neely se acercó a él despacio—. La enfermera me ha dicho que Monica ha estado un poco llorona.

Brendan esbozó una sonrisa.

—Creo que solo quiere compañía.

Igual que él deseaba la compañía de su esposa.

—La sujetaba con mucha soltura —dijo la señora Neely—. Millie me dijo que estaba practicando para cuando sea papá.

—Sí. Espero que no le importe.

—Para nada. Y enhorabuena. ¿Será su primer hijo?

Despacio, Brendan le dio el bebé. En cierto modo, sería su primer hijo. Sus primeros hijos con Cassie, la primera vez que podría ser un padre de verdad, el primer intento de ser un buen marido, si Cassie le diera otra oportunidad.

Pero había otro hijo del que casi nunca hablaba. Un hijo que guardaba en su memoria y en su corazón. Había guardado esos amargos recuerdos tras una muralla de remordimiento y de culpabilidad.

—No, no es el primero. Perdí un hijo hace muchos años. Murió solo con unas horas de vida.

La señora Neely lo miró con comprensión.

—Siento oír eso. Supongo que no hay nada peor. Pero estoy segura de que esta vez todo saldrá bien, igual que nos ha salido a nosotros.

—Eso espero.

—Mire a esta pequeñita. Es la prueba de que los milagros existen. Solo hay que creer en ellos —dijo la señora Neely mirando a su hija.

—Dios sabe que veo que suceden todos los días —algo que tendría que tener en cuenta más a menudo… los milagros, y no los fracasos. Prometió hacerlo a partir de entonces.

—Y a usted se le da muy bien, ayudar a que los bebés se recuperen. Tiene un don especial. Así que, aunque recuerde al hijo que perdió, no se olvide de que pronto tendrá su propio milagro. Nunca se olvide de los vivos.

En ese instante, Brendan se percató de que estaba preparado para decir el adiós definitivo a su hijo.

Nunca lo olvidaría, pero podría seguir adelante con su vida. Una vida que no tendría sentido si Cassie no formase parte de ella. Y maldita fuera, él iba a asegurarse de que Cassie formara parte de su vida. No estaba seguro de cómo iba a hacerlo, pero estaba decidido a intentarlo. Decidido a probarlo todo para que ella comprendiera lo mucho que significaba para él. Lo mucho que él la amaba.

La señora Neely se sentó junto a él. Brendan decidió marcharse para que tuviera intimidad, pero ella lo detuvo antes de que pudiera salir de allí.

—Doctor O'Connor, cuando la llevemos a casa mañana, ¿hay algo especial que tenga que hacer?

Aparte del monitor que llevaría con ella, y de las instrucciones que le darían al salir, a Brendan solo se le ocurrió una cosa.

—Solo llevarla a casa y darle todo su amor, señora Neely.

—Eso puedo hacerlo —dijo ella con una gran sonrisa—. Y muchas gracias por todo. Nunca podremos pagarle por todo lo que ha hecho.

—No me deben nada. Solo mándenme una foto de vez en cuando para mi colección —era lo que les decía a todos los padres, y su colección era cada vez mayor. Pero él no quedaría satisfecho hasta que no tuviera fotos de sus propios hijos en el álbum, junto a una de su bella esposa.

Brendan se fijó en el rostro del hombre que estaba en la unidad de cardiología. Intentó encontrar el parecido entre Cassie y Coy Allen, pero no veía ninguno, hasta que el hombre abrió los ojos. Eran oscuros, como los de Cassie, pero no tenían la misma vida.

—¿Quién es usted?

—Soy Brendan O'Connor, el marido de Cassie.

—¿Es médico del corazón?

—No. Me ocupo de los bebés enfermos.

—Oh —cerró los ojos, y los abrió de golpe—. ¿Dónde está mi hija?

Brendan pensó que sería mejor no decirle que Cassie estaba en una cama del área de maternidad.

—Está durmiendo. Necesita descansar.

—Sí. Es tan cabezota que me sorprende… —se humedeció los labios—. Esperaba encontrarla aquí diciéndome lo que tengo que hacer.

—Por eso he venido yo, para ver cómo está. Para decirle a ella cómo se encuentra. Parece que se encuentra bien.

—Contento de estar despierto. De estar vivo.

Brendan miró el monitor y vio que todo iba bien.

—Bueno, ya ha pasado la peor parte. Ahora tiene que centrarse en recuperarse.

—Habla como Cassie.

Brendan se percató de que ella le había enseñado muchas cosas.

—Solo intento ayudar. Cassie lo necesita.

—Ahora lo tiene a usted.

«Si ella me quisiera», pensó Brendan.

—Ella no va a abandonarlo.

—No —dijo el hombre con ojos humedecidos—. Nunca lo ha hecho, y sé que ha tenido que soportar mucho conmigo. Pero voy a tratarla mucho mejor cuando salga de aquí.

—Estoy seguro de que lo hará —Brendan miró hacia la salida—. Tengo que irme. Si necesita algo, dígale a la enfermera que me llame. Estoy seguro de que Cassie vendrá en cuanto pueda.

Coy cerró los ojos un instante. Después los abrió.

—Eh, doctor, una cosa más antes de que se vaya.

—Por supuesto.

—Sea bueno con mi hija. Ya sabe, su madre se marchó cuando Cassie era un bebé. Y conmigo, tal y como soy… ella nunca lo ha tenido fácil —se aclaró la garganta—. Lo que intento decirle es que la quiera. Se lo merece. Es una buena chica.

«Una mujer excepcional», pensó Brendan, «y se merece lo mejor».

—Lo intentaré. Ahora descanse un rato.

Coy cerró los ojos y murmuró algo acerca de una bicicleta. Brendan pensó que quizá más tarde ni siquiera recordaría la conversación que habían mantenido, pero con suerte tendría más tiempo para conocer mejor a su suegro.

Primero tenía que reconciliarse con su mujer, empezar de nuevo, hacerle comprender que estaban hechos el uno para el Otro.

Tenía que demostrarle que quería que el matrimonio funcionara. Tenía que hacerlo con cuidado, empezando esa misma noche.

—¿Cómo se encuentra, señora O'Connor? Cassie se despertó al oír la voz del doctor Madrid. Quería volverse a dormir, puesto que apenas había dormido unas horas, pero se obligó a despertar para enfrentarse a un nuevo día, sola.

—Estoy bien, supongo.

—Tiene la tensión compensada, así que creo que solo era estrés.

De pronto, Cassie recordó el motivo por el que ella había


terminado ingresada.

—¿Cómo está mi padre?

—Está bien, según ha dicho su marido.

—¿Mi marido?

—Sí. Me dijo que le dijera que su padre ha salido bien de la operación y que habló con él cuando fue a verlo. Está en la unidad de cuidados intensivos del área de cardiología.

—¿Brendan ha ido a verlo?

—Eso parece.

—¿Brendan, está aquí?

—Estuvo antes —señaló una bolsa que había sobre una silla—. Le trajo algo de ropa y se marchó.

—¿Dijo adónde iba?

—Sí. Dijo algo de que tenía que trasladar algunas cosas, y me dijo que le dijera que lo siente. Le dije que se quedara para decírselo en persona, pero dijo que tenía que marcharse.

A Cassie le dio un vuelco el corazón.

—Supongo que no regresará.

—Quizá está esperando a que se lo pida.

¡Oh, cómo deseaba hacerlo! Pero era evidente que Brendan había decidido marcharse, eso era lo que ella le había pedido. Quizá todavía pudiera detenerlo, decirle que había cambiado de opinión.

Cassie se incorporó en la cama y trató de contener las lágrimas.

—¿Cuándo puedo irme de aquí?

—Quiero que se quede hasta esta tarde. Que descanse un poco. Si su tensión continua estable, entonces dejaré que se vaya.

Cassie no quería quedarse ni un minuto más en el hospital, pero odiaba la idea de regresar a una casa vacía sin su mando.

—¿Y no puedo irme antes?

—Vendré a verla después de comer. Entonces, veremos.

Para entonces quizá sería demasiado tarde, pero no tenía elección. Quería asegurarse de que todo estaba bien, de que sus hijos estaban bien. Después de todo, ellos serían lo único que le quedara de Brendan, aparte de los recuerdos.

Al ver que no podía contener las lágrimas, Cassie volvió la cara y miró hacia la ventana.

—Con amor hay siempre sitio para el perdón.

Cassie se secó las lágrimas y miró a Rio Madrid.

—¿Perdón?

El sonrió.

—Mi madre siempre me lo decía. Piense en ello —le dijo, y se marchó.

Cassie pensó en sus palabras durante largo rato. Su padre no había perdonado a su madre, pero sí había intentado reconciliarse con Cassie. Cassie estaba dispuesta a perdonar a su padre, a olvidar el pasado, a comenzar de nuevo. Estaba dispuesta a hacer lo mismo por Brendan, si pudiera asegurarse de que él algún día llegaría a amarla. Estaba dispuesta a decirle lo mucho que lo amaba, que no podría vivir sin él. Que había cometido un error al pedirle que se fuera. Pero, al parecer, no tendría la oportunidad. Al menos no en ese momento.

O quizá nunca la tuviera.

—Sal de esa cama, Cassie O'Connor. El tiempo pasa.

Cassie levantó la vista de la revista que estaba leyendo y vio a Michelle Kempner en la puerta de la habitación del hospital.

—¿Qué haces aquí?

Michelle se colocó a los pies de la cama y sonrió.

—Vengo a recogerte. El doctor Madrid dice que te puedes ir a casa, y te voy a llevar yo.

Cassie se sentó en el borde de la cama.

—¿Cómo es que tienes el honor?

—Brendan me llamó y me contó lo que le había pasado a tu padre, y que te había subido la tensión. Me pidió que te llevara a casa.

Cassie tragó saliva.

—Pensé que a lo mejor él se ofrecía a hacerlo.

—Tenía cosas que hacer, o eso me dijo.

—Marcharse de mi casa, supongo —murmuró Cassie.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque le pedí que lo hiciera, por eso.

Michelle frunció el ceño.

—¿Y cómo fue eso?

—Porque en esos momentos me pareció una buena idea —Cassie suspiró—. Es una historia muy larga, Michelle.

—Comprendo que no quieras hablar de ello ahora. Ya has pasado bastante. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—No, no creo que nadie pueda hacer nada.

—Eso no me lo creo. Brendan y tú estáis hechos el uno para el otro. Cuando hablé con él antes, estaba fatal. Dudo que quiera que vuestro matrimonio se acabe.

—Si eso es cierto, ¿por qué no está aquí?

—¿Crees que puede ser porque crea que tú no quieres verlo?

Cassie sabía que Michelle tenía razón. Brendan solo había hecho lo que ella le había pedido. No podía culparlo.

—Tienes razón. Le dije al doctor Madrid que no quería verlo. Ahora lo he estropeado todo.

—Quizá no, Cassie. Todavía hay tiempo. Si te das prisa, y te vistes, quizá lo pilles en casa antes de que se marche.

Cassie se bajó de la cama con decisión.

—Tienes razón. Ve por el coche y tráelo a la puerta. Yo me vestiré entretanto.

Michelle sonrió.

—Eso es lo que quería oír. T esperaré abajo. Cassie se acordó de pronto de su padre. Dudaba entre subir a ver cómo estaba o irse a casa corriendo para ver si podía evitar que Brendan se marchara.

—Michelle, tengo que subir a ver a mi padre antes de irme.

—De acuerdo. Tómate el tiempo que necesites. Esperaré abajo hasta que salgas.

Cuando Michelle se marchó, Cassie se vistió y firmó los papeles del alta que le llevó la enfermera. Cuando dobló la copia del papel para guardarla, se fijó en las instrucciones que el doctor Madrid había anotado.

La paciente puede reincorporarse al trabajo dentro de dos días y realizar las actividades normales de la vida diaria, sobre todo aquellas que ayudan a disminuir el estrés, incluido hacer el amor:

Cassie guardó el papel y sonrió. El doctor Madrid era un hombre

curioso. Si pudiera tener la oportunidad de obedecer sus consejos.

Deseaba demasiado.

Capítulo 10

A medida que se acercaban a la casa, Cassie se iba poniendo más nerviosa. Estaba convencida de que Brendan ya no estaría allí. Había tenido mucho tiempo para hacer la mudanza, y salir de su vida.

Ella había ido un momento a ver a su padre, y después había llamado a Brendan desde su despacho. Millie le dijo que él no estaba allí y que tenía tres días libres. Estaba extrañada porque ella no lo supiera.

Cassie le había mentido y le había dicho que sí que lo sabía, pero que pensaba que, a lo mejor, él había pasado por la unidad antes de irse a casa. Millie le dijo que no lo había visto desde la noche anterior, le preguntó a Cassie que cómo se encontraba y le dijo que se cuidara.

Cassie colgó y se marchó del hospital con el corazón lleno de tristeza.

El sol ya se había ocultado cuando Michelle aparcó el coche frente a la casa. Cassie agarró la bolsa del asiento trasero y dudó un instante. No quería entrar sola en la casa vacía.

—¿Quieres entrar un momento? —preguntó.

—No, Nick me está esperando y, además, tres es multitud.

—Al gato no le importará, Michelle —dijo Cassie tratando de no perder el sentido del humor a pesar de que tenía ganas de llorar—. No hace falta que te quedes mucho rato. Te tomas un té, y luego te vas.

Michelle miró hacia la entrada.

—Perdona si me equivoco, pero, ¿no es ese el coche de Brendan?

Cassie se fijó en el coche que estaba aparcado junto al de ella. Era evidente que él le había llevado su coche a la casa, y que todavía no se había marchado.

—Sí, ese es su coche.

—Entonces, creo que no estarás sola.

Cassie no se movió, no podía moverse. Estaba paralizada por el miedo.

—No sé si podré enfrentarme a él.

—Claro que puedes —dijo Michelle—. Es tu oportunidad. Tenéis que hablar.

—¿Y si él no quiere hablar?

—Me temo que ha estado esperando a que llegaras a casa.

Si Cassie pudiera creer que él la estaba esperando, en lugar de que estaba allí porque aún no había terminado de recoger sus cosas… No podía huir. Tenía que enfrentarse a él, aunque solo fuera para decirle adiós.

Abrió la puerta y salió del coche.

—Gracias Michelle. Deséame suerte —le dijo tratando de sonreír.

Michelle sonrió.

—No hace falta que confíes en la suerte, Cassie. Tienes que confiar en el amor. Llámame por la mañana.

Cassie le prometió que lo haría, pensando en que necesitaría un hombro sobre el que llorar. Después se acercó a la casa con las piernas temblorosas. Se alegró de que estuviera abierta, porque no tenía llaves, y al no tener que llamar al timbre, tendría un momento más para prepararse antes de ver a Brendan.

Una vez dentro, no vio a Brendan por ningún sitio. En el comedor había algunas cajas apiladas. Como sospechaba, lo había pillado en mitad de la mudanza, y su corazón comenzó a latir deprisa. Qué tonta había sido al pensar que quizá Brendan había cambiado de opinión.

Dejó la bolsa sobre el sofá y se dirigió a la cocina. Mister la recibió restregándose en sus piernas. Al menos, alguien la había echado de menos. Agarró al gato y lo abrazó contra su pecho. Lo acarició, y mientras tocaba su suave piel, sintió ganas de llorar. No quería hacerlo. No hasta que Brendan se hubiera marchado.

—¿Cómo te encuentras?

Cassie se volvió al oír la voz del hombre que más deseaba en el mundo.

Brendan estaba en la puerta, vestido con una camiseta y unos vaqueros. Tenía los ojos enrojecidos, y parecía agotado pero tranquilo.

«¿Por qué no iba a estarlo?», pensó Cassie, si ella le había dado lo que él quería.

Cassie dejó al gato en el suelo y se cruzó de brazos.

—Estoy bien —dijo con tono áspero.

Se hizo un gran silencio, y Cassie aprovechó para pensar lo que quería decirle. ¿Qué le podía decir? ¿Que no quería que se marchara?

¿Que lo amaba y que quería comenzar de nuevo? Su orgullo le impedía hacerlo.

—Brendan, yo…

—No digas nada todavía, Cassie —él le tendió la mano—. Primero quiero enseñarte algo.

Cassie le dio la mano y él la guió por el pasillo. Se detuvo frente al cuarto de invitados y la miró.

—Cierra los ojos —le dijo.

Cassie obedeció. Brendan abrió la puerta, la agarró de los hombros y la guío al interior de la habitación.

—Vale. Ya puedes abrirlos.

Cassie los abrió despacio y se quedó asombrada. Las paredes ya no eran blancas, sino que estaban pintadas de rojo, azul y verde. El techo estaba lleno de globos de colores de los que colgaban osos, jirafas y otros animales de peluche. En una esquina, había dos cunas iguales con un edredón y un móvil en cada una. La cama grande estaba al otro lado, y había dos mecedoras junto a ella.

Cassie se llevó la mano al corazón y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Oh, Brendan. Es precioso.

—¿Estás segura? Podemos cambiarlo si no te gusta.

Ella se acercó a una cuna y pasó la mano por la barandilla.

—No, es perfecto —lo miró—. ¿Cómo has hecho todo esto en un día?

Brendan se sentó en el borde de la cama.

—Está mañana moví los muebles mientras esperaba a que abrieran las tiendas. Nick vino a ayudarme a montar las cunas. Michelle también nos ayudó. Entonces, le pedí que fuera a recogerte.

—Así que ella lo sabía todo.

—Sí, pero me prometió que guardaría el secreto.

—Y lo hizo. ¿Te ayudó ella a elegir las cunas?

—No, las elegí yo solo —dijo él con orgullo, y dio una palmadita en la cama—. Siéntate.

Cassie se acercó a la cama y se sentó en el borde, dejando cierta distancia entre Brendan y ella, a pesar de que lo que quería era lanzarse a sus brazos. Pero el detalle de que Brendan hubiera

preparado aquella habitación era para los bebés. No tenía nada que ver con la relación que mantenían, aparte de que compartieran los hijos.

Brendan se pasó las manos por la cara.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos?

Cassie asintió. Recordaba todos los detalles de aquel día.

—Yo lo recuerdo muy bien —dijo él—. Entré en la cafetería y te vi. Tenías una mancha de zumo de uva en la camisa. Pensé que te habías chocado con alguien.

Cassie sonrió entre lágrimas.

—Fue un médico.

—Sí, y yo te di mi servilleta y tú me dijiste algo acerca de que intentabas no vestirte de blanco excepto cuando jugabas al tenis.

—Y entonces tú me dijiste que también jugabas al tenis, y al día siguiente jugamos nuestro primer partido.

—Después nos tomamos una cerveza en Malone's, y tú me preguntaste que qué haría si tuviera la oportunidad de hacer algo que nunca hubiera hecho. Y yo te dije…

—Dormir bien toda una noche.

Brendan sonrió más y sus ojos verdes brillaron como el día en que Cassie y él se conocieron.

El día en que ella se había enamorado de él.

—Tú me dijiste que querías montar en un globo aerostático —él señaló los globos que colgaban del techo—. Por eso me decidí por esta decoración.

Cassie recordaba haberle dicho eso, recordaba haberlo mirado durante toda la noche pensando lo guapo que era, lo amable que parecía.

—No puedo creer que te hayas acordado.

—Recuerdo muchas cosas sobre ti. Recuerdo tu sonrisa, lo mucho que he disfrutado estando a tu lado desde aquella noche. Recuerdo lo mucho que te he deseado, en todos los aspectos.

—¿De veras?

—Sí, y mucho. Pero desde el principio me di cuenta de que eras diferente a todas las mujeres que había conocido antes, y en aquellos momentos, necesitaba una amiga, y no una amante. Pero no sabes la

de veces que he deseado llevarte a casa y hacerte el amor. Pero no lo hacía porque tenía miedo de estropearlo todo.

Cassie miró a otro lado. Se preguntaba adónde la llevaría todo aquello. ¿Estaba admitiendo que al convertirse en amantes habían estropeado la posibilidad de tener una relación más profunda? ¿Era una manera de decir adiós?

—Supongo que siempre pensé que la amistad era una buena base para llegar a una relación más profunda.

—Lo es —admitió él—. Antes de conocerte, no lo sabía. Nunca había tenido amigas. Esta vez deseaba algo más. Sigo deseando algo más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cassie.

El le agarró las manos y la miró con preocupación.

—Anoche, cuando me enteré de que estabas mal, casi me muero.

—Nuestros hijos están bien, Brendan —dijo ella, y le apretó las manos.

—No solo era por los gemelos. Era la idea de que pudiera pasarte algo. De que quizá ya no formaras parte de mi vida. Quiero a esos niños, Cassie, pero si te perdiera a ti… bueno…

El miró al techo un instante y después la miró a ella.

—No sé cuántas veces hemos hablado de lo que deseábamos, rodeando los temas importantes. Y tenerte como esposa es lo más importante para mí. Así que, Cassie, ¿hay alguna posibilidad de que lo intentemos de nuevo?

Oh, ¡cómo deseaba gritar que sí! Deseaba abrazarlo, decirle que nada la haría más feliz, pero primero tenía que decirle cómo se sentía y qué era lo que esperaba de él.

—Te quiero, Brendan. Desde hace meses. Por eso, esto ha sido tan difícil. Quiero intentarlo otra vez, y tratar de que funcione, pero quiero saber que te importo más allá de nuestra amistad. Que no voy a continuar siendo invisible en tu vida. Ya he vivido con eso antes, y no quiero volver a hacerlo.

El apoyó la frente contra la de ella.

—Cuando he oído que la puerta se abría, he tenido que contenerme para no arrodillarme y suplicarte que me dejaras quedarme. Ya no tengo orgullo, Cassie. Pero hay una cosa que sé con toda seguridad —la besó en la frente y la miró a los ojos—. No me avergüenzo de admitir que, si me echas, no me iré tranquilamente y

que día tras día vendré a tu puerta a suplicarte que cambies de opinión. Tampoco me avergüenzo de decirte que te quiero más que a nadie en el mundo y que nunca pensé que se podía querer así a alguien. No solo como a una amiga, sino como mi amante y mi esposa.

Cassie no pudo contener las lágrimas de felicidad, ni el amor que sentía por el hombre que le había dado, no solo una familia, sino la promesa de un futuro común.

—Yo también te quiero, Brendan. Y mucho.

—¿Entonces, quieres que me quede?

—Sí. Siempre que sea para el resto de nuestras vidas.

—Así será.

La besó con delicadeza y mostrándole todo el amor que sentía por ella. Cassie sintió que el corazón se le inundaba de felicidad y de deseo. Sin dejar de abrazarlo, lo tumbó en la cama y Brendan se quejó. Dejó de besarla, pero no la soltó.

—Estoy dispuesto a seguir adelante, Cassie, pero estoy hecho un desastre. Necesito una ducha.

—Yo también.

—Bien, entonces quizá será mejor que nos duchemos juntos para ahorrar agua, puesto que hoy ya nos hemos gastado bastante dinero en nuestros hijos.

—Supongo que esto es solo el principio.

—Me temo que tienes razón —le dijo—. ¿Estás segura de que te sientes bien?

—No podría estar mejor.

—Quiero hacer el amor contigo, pero solo si te apetece.

—Claro que me apetece —lo abrazó—. Y a ti también.

—Eso no puedo discutírtelo.

—Primero, quiero enseñarte una cosa para que te tranquilices —tiró de él para que se levantara y lo llevó hasta el salón. Buscó el papel que le había dado Rio Madrid y se lo enseñó—. Me parece que el médico nos ha dado permiso para hacer lo que queramos.

Brendan puso una pícara sonrisa.

—Para ser sincero; te diré que le pedí que lo hiciera, por si acaso. El me dijo que hiciera todo lo que pudiera para mantenerte en la cama durante los dos próximos días.

Cassie le quitó el papel de las manos, lo enrolló y le pegó con él en el brazo.

—Muy optimista, doctor O'Connor.

—Yo diría que muy listo.

La tomó en brazos y la llevó al baño. Se desnudaron y entraron juntos en la ducha. Se turnaron para enjabonarse, y acariciarse, excitándose mutuamente hasta que ninguno pudo esperar más.

Se secaron con rapidez, y sin dejar de acariciarse. Al final, Brendan tomó a Cassie en brazos otra vez y la llevó a la cama.

Le acarició todo el cuerpo, con las manos, y con la boca. Después, ella hizo lo mismo. Brendan se movió despacio, y con suavidad la poseyó. Susurrándole palabras de amor.

Cassie llegó primero al orgasmo, dejándose llevar por el placer. Brendan la siguió después, pronunciando su nombre en un susurro.

Cuando terminaron, se abrazaron en silencio, hasta que Brendan habló de nuevo.

—Creo que tengo que darle las gracias a ese hombre.

—¿Al doctor Madrid?

—No. Al que te hizo tirar el zumo de uva.

—Es un neurólogo. Se llama Lane algo.

—Billings. El vaquero neurocirujano.

—Sí, ese fue —Cassie le dio un beso en la mejilla—. Si lo veo, le daré las gracias.

—De ninguna manera —dijo Brendan—. Está soltero. Y no quiero que crea que mi esposa le está haciendo proposiciones.

Cassie se rió.

—Estás celoso, doctor?

—Sí. De hecho, lo estoy.

—Bueno, al menos tendremos una historia para contar a nuestros hijos.

Brendan la abrazó aún más.

—Sí, quién habría pensado que el destino venía en forma de zumo de uva.

El destino.

Cassie admitía que el destino había jugado un papel en su relación. Pero lo más importante era que los había llevado hasta el amor. Un amor que los llevaría a ver el nacimiento de sus dos hijos y a un matrimonio que sería igual de fuerte que el hombre que la abrazaba.

—Te quiero, Brendan —dijo ella, feliz por poder expresar sus sentimientos en voz alta.

—Yo también te quiero —se apoyó en un codo y sonrió—. Bueno, ¿qué te parece si comemos algo? Vas a necesitar mucha energía.

—Una idea estupenda. Tengo antojo.

—Deja que adivine. Helado de moca y almendras.

—No. Zumo de uva.

Brendan soltó una carcajada desde lo más profundo del corazón. Cassie se alegró al oírlo. Brendan había regresado, solo que esta vez era mejor. Tranquilo, relajado… enamorado de ella.

—Es estupendo oírte reír otra vez, doctor O'Connor.

—Es bueno reír. Es bueno tener un motivo para reír. Tú haces que me alegre de estar vivo.

Cassie le rodeó el cuello con los brazos e hizo que se tumbara para abrazarlo de nuevo.

—Tú también me haces feliz. Es lo que cualquiera desearía darle a alguien que ama.

—Tú me has dado mucho más de lo que nunca habría imaginado.

Llevó la cabeza sobre el vientre de Cassie y besó el lugar que protegía a sus queridos hijos.

—Este es el mejor regalo de todos.

Fin